

EL AMIGO
DE LOS
NIÑOS

LEON 1846

JT 91

Es de

Guillermo

Monica

4.1155464

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

ESCRITO

POR EL ABATE SABATIER,

Y

TRADUCIDO AL CASTELLANO

Y ADICIONADO.



LEON:

IMPRESA DE PEDRO MIÑON.

1846.

EL AMIGO

DE LOS NIÑOS

ESCRITO

EN EL AÑO DE 1887

TRABAJADO EN EL CAMPESINATO

Y



PROLOGO.

Los hombres mas sábios, los mayores
fos y los mas famosos legisladores, tuv
siempre á la educacion de la juventud p
mas seguro manantial de la prosperidad n
lo de las familias, si tambien de las nacio
Y en efecto: ¿no es la buena educacion la q
nos pone á todos en estado de cumplir d
namente con nuestros diferentes empleos
obligaciones? ¿No es evidente que de la ju
ventud salen los padres de familia, los ma
gistrados, los ministros, y en fin, todas las
personas constituidas en autoridad y digni
dad? Si esto es cierto, como no cabe duda,
puede asegurarse que lo bueno ó lo vicioso
que haya en la educacion de los que un dia
ocuparán los destinos de la Nacion, debe in
fluir en gran manera en todo el cuerpo de
Estado.

Por otra parte si bien las leyes son el f
damento de los imperios; para hacer que
tas se observen, menester es inculcar en
niños el respeto á ellas, sin lo cual se
débil barrera contra las pasiones de los h
bres.

presente obrita tiene por objeto dirigir
hermosa porcion del género humano
camino de la sana virtud y de la mo-
conocimiento de sus deberes y obliga-
En ella adquieren el convencimiento
la existencia que han recibido del Ser
como deben consagrarla en su servicio y
de la patria, si quieren merecer el
bre de ciudadanos honrados. Se les po-
de manifiesto con la mayor sencillez y
ridad la senda que deben seguir; se les
enseña con ejemplos y fábulas puestos al al-
ance de su corta comprension, los funestos
efectos de las pasiones: se les hace irreconci-
liables con la mentira y amantes de la ver-
dad: se les inspira la modestia y recato, el
amor al estudio y al trabajo: se les acostum-
bra á la mas puntual obediencia; á huir de
las malas compañías; y se les forma, en fin,
hombres de bien. Este es el principal objeto
del autor; objeto laudable y digno de que el
cielo premie sus buenos deseos. ¡Ojalá se
puedan cumplidos los que animan al traductor,
que no son otros que el bien de sus conci-
danos!





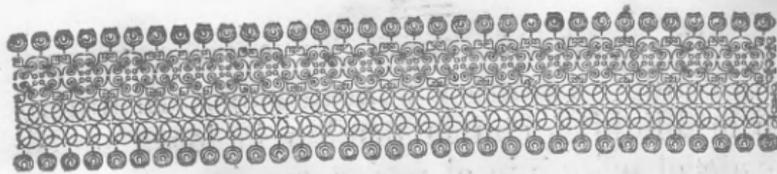
INVOCACION.

¡Oh Dios eterno y omnipotente! Dios de bondad infinita! A tí, mi Soberano, mi Juez y mi Criador; á tí recurre esta tu mas humilde criatura tan persuadida de su pequenez como de tu infinita grandeza. A tí, que con un *fiat* convertiste el caos en una máquina tan admirable; que dijiste «quiero que la luz sea» y en el mismo instante apareció el astro luminoso que nos alumbra y vivifica. ¡Oh Dios poderoso! ¿Será posible que el hombre, hechura tuya, y á quien dotaste con un destello de tu Divinidad, se atreva á dudar de tu

existencia , cuando toda la naturaleza publica tu suprema sabiduría y poder infinito? Desde que mi razon empezó á desenvolverse ; desde que contemplé la inmensidad de este globo, que es un pequeño grano de arena ; un punto matemático comparado con el firmamento, mi alma te adoró y quiso desprenderse de la materia para contemplarte. ¡Dichoso el mortal que consiga un dia hallarse en tu Divina presencia ocupando el sitio que tienes destinado para los justos.

Dignaos , Dios mio , iluminar nuestro entendimiento , ilustrar nuestra razon , á fin de que protegiéndonos mientras que sea tu voluntad permanezcamos en este valle de miserias , no nos domine el vicio y las malas pasiones ; cumplamos con nuestra mision , y disfrutando una vida pacífica y arreglada , caminemos por la senda que conduce á la gloria eterna.





EL AMIGO DE LOS NIÑOS.



INTRODUCCION.

DE CUANTA IMPORTANCIA ES ACOSTUMBRARSE
DESDE LOS PRIMEROS AÑOS A LA VIRTUD.



Has llegado por fin amado Teótimo á la edad dichosa en que la razon comienza á desenvolverse, y á manifestar sus primeros resplandores. Libre ya de las tinieblas de los primeros años, vas á entrar en una nueva senda, y empiezas á vivir. Feliz situacion para tí; pero al mismo tiempo delicadísima, y que por consiguiente requiere de tu parte las mayores precauciones, persuadiéndote de que todo el discurso de tu vida depende de los primeros pasos.

Sí, amado Teótimo, te has de considerar

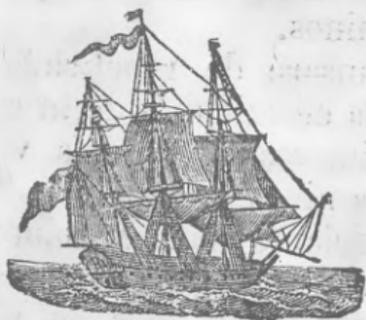
en este momento como un caminante que emprende un largo y penoso viage. Si uniendo la felicidad con la prudencia logra tomar desde el principio el mejor camino, llega facilmente al término; pero si tiene la desgracia de equivocarse escogiendo alguna senda estraviada, anda mucho, y adelanta poco; ó por mejor decir, cuanto mas se adelanta, mas se aparta del término; se pierde y se embosca entre espesas selvas, ó va á parar á horribles precipicios, de donde muchas veces no puede salir á pesar de todos sus esfuerzos.

Esta es justamente la situación en que te hallas. Estás, por decirlo así, á las puertas de la vida. Se presentan á tus ojos dos caminos bien distintos, el del vicio, y el de la virtud. ¡Desgraciado de tí, si tomas el primero! Confuso en tal caso, descaminado, darás tantas caídas como pasos; te verás precipitado de abismo en abismo, para terminar al fin en un funesto paradero, que será el cúmulo de todas tus desgracias. Si emprendes al contrario el segundo, alégrate anticipadamente de la feliz suerte que te espera. Caminarás por él sin temor y sin peligro á la luz pura de la razon y de la religion. Gozarás una vida dulce y tranquila, y afianzarás los premios que Dios tiene destinados á las almas virtuosas. Reflexiona pues cuánto te importa la elec-

cion entre estos dos caminos, que tienen tan distintos términos.

No me cansaré de repetírtelo. Todo depende de esta elección, y de tu conducta durante los primeros años de la vida. Porque así como los niños criados con buena leche logran en adelante salud y robusted, así los que en su edad temprana toman el gusto á la virtud, lo conservan toda su vida, y son, por decirlo así, naturalmente virtuosos. Les sucede con poca diferencia lo que á un arbolito tierno, que bien dirigido desde el principio, cuidado con esmero desde que empieza á medrar y á estenderse, continúa despues sin auxilio alguno siempre recto, prosiguiendo las ramas por sí solas en crecer con la misma simetría. Cierta poeta antiguo propone un simil muy del caso, para dar á conocer la importancia de estos primeros pasos. Cualquier vasija nueva, dice, conserva largo tiempo el olor de aquel licor que primero se echó en ella. Lo mismo pasa en nuestro corazon. Casi siempre duran en él las primeras impresiones de su juventud, y los primeros hábitos que ha contraído.

La siguiente fábula te hará palpable esta verdad, y te dará á conocer aun con mas claridad, que todo depende de los principios.



FABULA I.

LOS DOS BARQUEROS.

Siguiendo la corriente arrebatada
De un río, por las lluvias aumentada,
En dos barcas bajaban dos barqueros,
Unidos como buenos compañeros:
El uno jovencillo en el oficio,
Totalmente novicio,
Aun del río las burlas ignoraba;
El otro, perro viejo y muy machucho,
Estaba en sus revueltas ya tan ducho,
Que el camino del puerto nunca erraba.
Llevados de la rápida corriente,
Al principio viajaban felizmente,
Sin hallar en el río dilatado
Tropiezo que les diese algún cuidado:
Mas he aquí que á lo lejos ven un puente
Sobre firmes estrivos construido,

Por cuyos arcos, necesariamente,
Habian de hallar paso:
Era en verdad apretadillo el caso.
El viejo marrullero, persuadido
De la dificultad, y receloso
De la poca destreza del mozuelo
Para salir del lance peligroso,
Le grita: «Camarada, no seas lelo,
Enfila desde luego la corriente,
Si no darás de hocicos contra el puente,
Y el barco y tú os hareis dos mil pedazos;
Ni aun yo confio en mi destreza y brazos;
Asi ojo alerta, mira como guio:
No me hagas llevar luto antes de tiempo.»
«¡Qué cobarde es el tío!
(Responde el desbarbado)
¡Cuán de lejos anuncia el contratiempo!
Si tanto teme de morir calzado,
Prevéngase desde ahora,
Que cuando sea hora,
Sabré del gran peligro libertarme.»
»Válgame Dios! (esclama el viejo) dudo
Que haya un hombre en el mundo mas tozudo
Ya verás, si no quieres escucharme
Y enfile la corriente desde luego,
Lo que te pasa.» El jóven con sosiego
Deja que grite el viejo
Sin hacer cuenta de su buen consejo,
Y al viento y á las aguas entregado,
Se burla de sus voces descuidado.
Llega el temido lance finalmente
De ir á pasar aquel tremendo puente:

Ya al remo, ya al timon su vida fia,
Mas es tarde; á pesar de su porfia,
A dar contra un estrivo va derecho:
Al impulso violento
Queda el barco deshecho,
Y él va á ser de los peces alimento.

El niño que no cuida con esmero,
Desde el principio de vencer el vicio,
La corriente fatal, como el barquero,
Irá á dar sin remedio al precipicio.

La esperiencia confirma siempre esta verdad. Rara vez vemos que se corrijan los que desde niños han sido mal inclinados; la edad, lejos de disminuir el amor al vicio, lo aumenta, y del estado de niños viciosos, pasan al de hombres impíos y abandonados. Esto se verificó completamente en la persona de Juliano Apóstata. Desde su mas tierna edad dió á conocer lo que habia de ser con el tiempo. San Gregorio y San Basilio concólegas suyos en los estudios de Atenas, pronosticaron bien pronto por su fisonomía y su traza el desorden de su ánimo. Tenia los ojos vivos, pero atravesados; el modo de mirar furioso; el gesto desdeñoso é insolente. Movia la cabeza, y hacia de continuo ademanes ridiculos sin venir al caso; se reia sin moderacion y daba grandes carcajadas, proponia cuestiones im-

pertinentes, y respondia con oscuridad y confusion á los que le preguntaban. El deseo de adelantar en la filosofia gentilica era su passion dominante, cuidando muy poco de instruirse en la religion cristiana y gastando el tiempo en estudiar la astrologia, la magia y todas las vanas supersticiones del gentilismo. Junto todo esto con otras faltas que no podia disimular, aunque procuraba cubrirse con el velo de la hipocresia, fue bastante para que San Gregorio anunciase que el imperio romano alimentaba en su seno un monstruo. La serie del tiempo dió á conocer la verdad de esta conjetura y la puntualidad del pronóstico. Las malas inclinaciones que se habian notado en Juliano durante su juventud, prorrumpieron con el tiempo á vista de todo el mundo. Llegó á ser el enemigo mas declarado y mas irreconciliable de la religion cristiana, y tan impío, que espidió un edicto general para que se abriesen los templos gentilicos, y ejercitó por sí mismo todos los oficios de Sumo Pontífice de los ídolos con todas las ceremonias acostumbradas, esforzándose, cuanto pudo, en borrar el carácter de su bautismo con la sangre de los sacrificios profanos.

Debes, pues, mirar tu conducta, durante la juventud, como un pronóstico casi infalible de la que has de tener en todo el discurs-

so de tu vida. Si desde ahora abrazas la virtud; si gobernado por la prudencia plantas en tu corazon el amor á la piedad, á la inocencia y al estudio, ¿qué no puedes esperar en adelante? Pero al contrario, si te dejas vencer de las malas inclinaciones; si te pierdes en las erradas sendas del vicio, precipitadó de uno en otro estravio, serás toda tu vida el infeliz juguete de tus desordenadas pasiones.

Procura, pues, reprimirlas desde luego. Hasta ahora no son mas que chispas que pueden apagarse con facilidad. Son pequeñas fieras que pueden aun facilmente domarse y domesticarse. Pero Dios te libre de que crezcan, pues escitarán en tu corazon un funesto incendio, ó lo despedazarán. Te dominarán, te sujetarán, y te será casi imposible recobrar el imperio que ahora tienes sobre ellas.

Sus progresos son como los de la mayor parte de nuestras enfermedades. Al principio no consisten mas que en una indisposicion ligera y fácil de remediar; pero si no hacemos caso de esta mala levadura, y si la dejamos fermentar y corromper la masa de la sangre, vanamente recurrimos á los socorros del arte; llegan tarde los remedios, y son totalmente inútiles, de modo que venimos á ser victimas de un mal, que sin trabajo, se hubiera remediado tirándole á cortar desde el principio.

Quiera Dios, amado Teótimo, que no se verifique en tí la descripción que acabo de hacer: tu naturaleza, como la de todos, está inficionada de un sutil veneno, que infaliblemente la corromperá si no lo destruyes antes que tome cuerpo y esplaye su actividad. Este consiste en las inclinaciones viciosas que naturalmente tendrás. Examina, pues, si eres inclinado á la cólera, al deleite, á la soberbia, al regalo &c. Y si descubrieres en tu corazon algunas de estas inclinaciones perversas, míralas como á otros tantos enemigos, que debes temer sumamente, y dedícate á destruirlas mientras que aun son endebles. Este consejo nos dá un antiguo poeta, y quisiera yo verle gravado en tu corazon con caracteres indelebles.

**Es fácil de sofocar
El vicio recién-nacido,
Mas despues que ya ha crecido
No se puede remediar.**

Para hacerte mas sensible esta verdad vaya esta juiciosa leccion que daba un padre á su hijo, y aplicatela á tí mismo.

FABULA II.

EL ROBLE VIEJO Y EL ARBOLITO.

Despues de haber gastado la mañana,
No de muy buena gana,
En hojear á Nebrija y Calepino,
Un hijo con su padre se paseaba
Por un jardín ameno; y muy contento
El trabajo pasado desquitaban.
Hallan en esto al lado del camino
Un arbolito, que al furioso viento
Hizo, por no reñir, tal cortesía,
Que inclinado hasta el suelo se veía.
Reparólo al instante el sabio anciano,
Y por dar á su amado jovencillo,
Con un símil sencillo,
Un consejo muy sano,
«Vé, le dice, hijo mio, y endereza
De ese árbol tan torcido la cabeza,
Hasta dejarlo recto enteramente:»
El niño al punto lleno de alegría
Le pone como el padre lo quería.
«Muy bien, dijo el Mentor (1), pues igualmente
Aquel antiguo roble, que hacía un lado

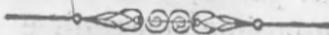
(1) *Mentor, nombre del famoso ayo de Telémaco, hijo del rey Ulises, que se suele aplicar por alabanza al que ejerce bien dicho encargo.*

Desde pequeño está tan inclinado,
Necesita del vicio corregirse;
Haz hijo, lo que hicistes al primero,"
Se echa á reir el jóven, y responde:
«¿Usted se burla, padre, ó se le esconde
Que eso fuera imposible conseguirse
Aunque de Sanson mismo el brazo fiero
Tomase por su cuenta enderezarlo?
De este vicio, cuando era tan pequeño
Como el otro, era fácil libertarlo,
Yo solo me obligaba al desempeño;
Pero ahora, que es tan viejo endurecido,
Ya no puedé dejar de estar torcido»
«Dices muy bien, replica el buen anciano,
Todo esfuerzo al presente fuera vano.
Pues lo mismo sucede
En todos los humanos corazones:
Fácilmente se puede
Dar direccion á sus inclinaciones
Cuando son tiernas: mas si incautamente
Las dejamos crecer mal dirigidas,
Por la costumbre y el tiempo endurecidas,
No hay fuerza á enderezarlas suficiente.»



CAPITULO PRIMERO.

DE LA PIEDAD Y CULTO DE DIOS.



No dudo, amado Teótimo, que las sábias instrucciones de tus padres y de tus maestros te habrán hecho concebir la mas alta idea de la piedad cristiana. Con todo, como este es el asunto mas importante de todos los que he de tratar, y el cimiento sobre el cual todos ellos deben fundarse, he juzgado conveniente comenzar, poniéndote á la vista todo lo concerniente á tan sagrada obligacion, para que creciendo tu estimacion y concepto respecto de ella, te animes á trabajar con total fidelidad en cumplirla.

Reflexiona que Dios no te ha colocado en el mundo sino para servirle; ni te ha dado el corazon que tienes sino para amarle; y por consiguiente es justo que le consagres sus primicias. Te tendrias por el mas malvado hijo, si no amases á los autores de tu nacimiento. Tendrias razon; merecen tu amor por todos títulos. Pues repara, hijo mio, que tienes en el cielo otro Padre infinitamente mas digno de tu amor. Este tierno y perfec-

tísimo Padre es Dios, que, aunque tan grande y poderoso, no se desdena de este título. Al contrario, lo exige, y sobre todo aprecia los cultos de un corazón nuevo que aun conserva la pureza y castidad. Por esta razón, queriendo un día los Apóstoles apartar los niños que se acercaban á Jesucristo, *dejad*, dijo este divino Maestro, *dejad que los niños se acerquen á mí*. Recibo gustoso los testimonios de su amor, y con igual gusto les doy señales del mio.

Acércate, pues, al Señor por medio de una tierna y sincera piedad. Esta es nuestra primera obligacion, y en esto consiste nuestro verdadero mérito. Todos esos bienes que tanto aprécian los hombres, el nacimiento, el talento, las riquezas, deben reputarse por nada si no tienen á Dios por principio y por fin. Solo la piedad es la que nos hace agradable á sus ojos, y atrae sobre nosotros sus gracias. Por medio de ella mereció el jóven David trocar el estado de pastor con el de rey, y subir á un brillante trono desde una humilde cabaña.

Habiendo resuelto Dios dar un nuevo rey á su pueblo en lugar de Saul, á quien habia reprobado, mandó á Samuel que pasase á la casa de Isai para ungir en ella como rey á aquel que entre sus hijos juzgase mas digno

de su eleccion. Obedeció el Profeta. Presentó Isai delante de él á su hijo mayor Eliab, que por su majestuosa presencia y su hermosura parecia nacido para el trono. Asi lo creyó el Profeta; pero no tardó Dios en desengañarle: lo mismo sucedió con los seis siguientes. Al paso que se presentaban daba el Señor á entender al Profeta que ninguno de ellos era el escogido. Llamaron en fin á David, que aun era muy jóven, y estaba guardando un rebaño. Apenas se presentó, cuando el Señor habló á Samuel, y le dijo: *Levántate, y derrama el óleo santo sobre su cabeza, porque este jóven es el que he escogido para reinar sobre mi pueblo.* ¿Y por qué piensas que entre tantos que parecian mas propios para el trono fue David el preferido? El mismo Dios satisfizo sobre esto á su Profeta cuando quiso escojer á Eliab: *los hombres, le dijo, no ven mas que lo exterior, pero Dios ve lo que pasa en los corazones.* No juzgan en efecto los hombres del mérito de cada uno sino por las acciones exteriores; pero Dios por las inclinaciones del corazon, y solo la piedad puede conseguir su complacencia.

Aunque tengas el mas perspicaz talento; aunque lluevan sobre tí bienes y honores, si la piedad no habita en tu corazon nada eres á los ojos de Dios. Pero al contrario, si esta

sola prenda posees, aunque carezcas de todos los dones de naturaleza y fortuna, eres á los ojos de Dios mayor que todos aquellos famosos héroes que el universo admira, pero que el Señor reprueba cuando no es la piedad el fundamento de su heroísmo. Asi, aunque desearé con todas veras que logres cuanto pueda contribuir á tu bienestar, mas querria verte privado de la ciencia, de las riquezas y de todas las demas ventajas naturales, que falto de piedad. Esta seria la mayor pesadumbre que pudieses causarme, y para ti la mayor desgracia.

Procura estar intimamente persuadido de que no hay felicidad alguna fuera del servicio de Dios. La inquietud y el remordimiento son los compañeros inseparables del vicio. *No hay paz para los impios*, como nos lo asegura el Espiritu Santo. Siempre son tristes victimas de su impiedad. Testigo de esta verdad es aquel hijo pródigo de quien nos habla el Evangelio. Se determinó á abandonar la casa de su padre. Se lisonjeó de hallar completa felicidad, haciendo una vida vagabunda y disoluta. Para conseguirla hizo que su padre le entregase toda su legítima; fue á vivir á un pais apartado para quedar sin freno alguno: ¿y en qué paró? Despues de haber consumido cuanto tenia en disolu-

ciones y en convites, se vió precisado á vender él mismo su propia libertad, de que estaba tan hechizado; experimentó los caprichos y mal trato de un amo cruel y bárbaro, y se vió reducido á envidiar el alimento de los mas viles animales.

Tal es la triste suerte de todos aquellos que se apartan de Dios, que es nuestro verdadero Padre, para entregarse á sus desordenados deseos. Esperan hallar la dicha, sumergiéndose en el centro de los placeres y de la libertad; pero no hallan otra cosa que inquietudes y amarguras. La piedad únicamente puede hacernos felices. Asi nos lo declara Salomon despues de haberlo reconocido por una larga experiencia. Este Rey fue el mas rico, el mas poderoso de cuantos le precedieron ó vivieron en su tiempo. Desde las estremidades de la tierra acudian las gentes á contemplar los prodigios de su sabiduría. Vivía querido y respetado, no solo de sus vasallos, sino de todas las naciones y reyes de la tierra. Todo lo abrazaba su ciencia. Habia penetrado todos los secretos de la naturaleza. Reboaban de oro y plata sus palacios. Con todo, aunque rodeado de tantos bienes, se vió precisado á exclamar: *No hay cosa fuera del amor, el temor y el servicio de Dios, que no sea vanidad y afliccion del ánimo.*

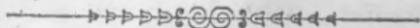
Sea, pues, la piedad el principal objeto de tus deseos, ya que es la primera de nuestras obligaciones y el único manantial de nuestra felicidad.

Dedicate á servir al Señor, y á tener una vida cristiana con preferencia á todas las demas cosas. No te desanimes aunque encuentres para esto dificultades que vencer. Aunque la piedad exige penosos sacrificios, ninguno de ellos con todo sobrepuja á tus fuerzas. Hemos visto niños de tu edad que han practicado todas las obligaciones que trae consigo, con la mas exacta fidelidad. Tal fue el jóven Tobías, que desde su niñez no conció otra ambicion que la de servir al Señor, y de ir á ofrecerle sus adoraciones en su santo templo, cuando los demas iban á postrarse delante de los ídolos. Tal fué el jóven Samuel, que trasladado al templo desde sus primeros años, llegó á ser tan agradable á Dios por sus virtudes y su piedad, que á la edad de doce años mereció verse elevado á la sublime dignidad de Profeta. Tales fueron tambien en la ley nueva San Bernardino de Sena, San Pedro de Luxemburgo y otros mil santos jóvenes que, siendo de tu misma edad, no tenian mayor deleite que el de conversar con Dios por medio de la oracion, y darle en todas ocasiones las mas vivas señales de su

amor y su piedad. ¿Pues por qué no has de poder tú hacer con el auxilio de la gracia lo mismo que ellos han hecho? No estás tú menos obligado que ellos á la piedad. Tanto derecho tiene Dios á tu corazón, como á los de aquellos virtuosos niños. Trabaja, pues, para que halle en tí la misma fidelidad, y veamos revivir en tu persona las virtudes que en ellos se admiraron.

CAPITULO II. *24*

DE LOS VARIOS EJERCICIOS DE PIEDAD.



La habilidad en las ciencias no se consigue sino á fuerza de estudiarlas. No se logra la perfeccion en las artes sino á puro de ejercitarse en ellas: y del mismo modo, no se puede conseguir una piedad eminente sino practicando con esmero los ejercicios correspondientes. A estos ejercicios, pues, te has de aplicar principalmente si quieres hacer algun progreso en ella.

El mas esencial y necesario es el de la oracion; por su medio ofrecemos á Dios uno de los mas agradables cultos que podemos tributarle. Glorificamos su poder y su bondad,

reconocemos humildemente que él solo es el manantial de todos los bienes, y que sin él nada podemos. Pero este culto que damos á Dios no es estéril para nosotros. La oracion nos trae los beneficios de este supremo Señor. Es una especie de conducto por donde nos comunica sus gracias y sus favores. Orando logró santa Mónica la conversion del jóven Agustino su hijo. A la oracion debió tambien Salomon aquella sabiduría extraordinaria que admiró el universo. Por medio de la oracion, que San Agustin llama llave del cielo, conseguiremos nosotros igualmente todos los auxilios que necesitemos, pues Jesucristo mismo se ha obligado á condescender con nuestros ruegos.

Si fuera posible, debiéramos, como aconseja San Pablo, orar incesantemente. En ninguna otra cosa podemos emplear mejor el tiempo. Los ángeles en el cielo no tienen otra ocupacion que la de alabar y bendecir al Señor. ¿Y qué mayor felicidad podemos apetecer que la de imitarlos en la tierra? Pero ya que no puedas consagrar á la oracion la mayor parte del tiempo, no dejes cuando menos, de emplear en ella los primeros y últimos instantes del dia; y en estas oraciones de mañana y tarde, carga sobre todo la mano en dar gracias á Dios de los innumerables beneficios

que te ha hecho ; en pedirle las gracias que necesitas ; en ofrecerle tus acciones ; y en rogarle que te llene de bendiciones , y que no permita que caigas por medio de algun pecado , en desgracia suya. Tus oraciones sobre este pie jamás pueden dejar de agradar á Dios y de serte útiles ; y asi vemos regularmente que los que son exactos en estas santas prácticas , reciben muchas mas gracias , y hacen una vida mas regular que los que las omiten.

Pero ademas de estas oraciones , que por ninguna razon debemos omitir jamás , mira como una obligacion para tí el asistir todos los dias al santo sacrificio de la Misa. Jesucristo renueva en él el que ofreció á su Eterno Padre en el Calvario ; implora su misericordia á favor de los hombres , y derrama , por decirlo asi , á manos llenas sus gracias. El reconocimiento que le debes , tu propio interés , y la misma gloria del Señor , son motivos suficientes para que no faltes á este adorable sacrificio ; pero acuérdate de que no sirve que estés corporalmente presente , si tu ánimo no está atento á lo que allí se hace. No imites á la mayor parte de los niños que asisten á él sin modestia , sin respeto y sin atencion. Te guardarías muy bien de presentarte delante de un Monarca de la tierra

sin atencion y en postura indecente ; ¿pues cuánto mas respeto debes á Jesucristo , Rey del cielo , ante cuyo acatamiento se cubren con sus alas los Serafines para dar á conocer su profunda veneracion? La modestia de los mismos idólatras en las varias ceremonias de su falso culto debiera avergonzarte. Vé aqui un ejemplo de los mas extraordinarios.

Cuenta San Gregorio , que ofreciendo Alejandro Magno un sacrificio á sus falsas deidades , cayó en la manga de uno de sus pajes un ascua encendida. Sintió desde luego un dolor muy vivo , pero se dejó casi abrasar la mano , sin prorumpir siquiera en un gemido , por no turbar el sacrificio. *De este idólatra , concluye el Santo , debeis aprender hasta qué término ha de llegar vuestra modestia y vuestro respeto cuando asistis al santo Sacrificio del Altar.*

No te es menos necesaria la frecuencia de Sacramentos que la oracion. Los Sacramentos son para nuestra alma lo mismo que los alimentos para nuestro cuerpo ; la conservan , la fortifican y la alimentan. ¿Cuánto cuidado no tendrias de no dejar tu cuerpo muchos dias sin el alimento necesario? Temerias con razon que le faltasen las fuerzas , y que llegase totalmente á perecer. Pues el mismo has de tener de tu alma. Si la privases de la fre-

cuencia de Sacramentos caeria en la mayor flaqueza ; se iria debilitando cada dia , y perderia al fin todo su vigor. Mira , pues , como una de tus mas importantes obligaciones el frecuentar los Sacramentos , y llégate á lo menos una vez al mes al tribunal de la penitencia y á la sagrada Mesa ; pero jamás te aventures á esto sin que precedan las disposiciones necesarias. Debes saberlas muy bien. No debes ignorar que para hacer una buena confesion no basta decir sincera y exactamente todos los pecados cometidos , siendo absolutamente necesario añadir un vivo dolor de haber ofendido á Dios , y un propósito firme de jamás ofenderle. Debes estar igualmente persuadido de que para participar dignamente del adorable Sacramento de la Eucaristía , en que Dios se digna entregársenos , es menester que estemos en gracia suya y penetrados de los mas vivos impulsos de fé , de respeto , de amor y de humildad. No me quiero detener ahora en explicarte estas diferentes disposiciones ; pero sí en exhortarte á que no omitas la mas mínima , para participar de los frutos que saca de los Sacramentos todo aquel que los recibe dignamente , y para evitar las desgracias que se atraen los que no se acercan á ellos con las disposiciones necesarias. Porque asi como los Sacra-

mentos son alimentos saludables para aquellos que santamente los reciben, puede decirse que se convierten en veneno para los que los profanan. La confesion, por ejemplo, no produce otro efecto en el penitente mal dispuesto que hacerle mas culpado; y San Pablo nos advierte, que el que recibe indignamente el cuerpo de Jesucristo, se come su propia condenacion. Para conocer la severidad con que Dios acostumbra castigar á los que abusan de las cosas sagradas, no es menester mas que acordarse del modo con que trató á los que faltaron al respeto debido al Arca del Testamento. Oza no hizo mas que estender la mano para sostenerla, é inmediatamente fue herido de muerte. No cometieron otro delito los Betsamitas que el de mirarla con una curiosidad temeraria, y con todo al instante fueron exterminados. ¿Pues con qué rigor no castigará Dios á aquellos que se atrevan á profanar su cuerpo y sangre preciosísimos, de los cuales no fue el Arca mas que una imperfectísima figura? Con todo, estos ejemplares espantosos no te han de impedir que te llegues á ellos, sino solo moverte á que te dispongas con el mayor cuidado que puedas para recibirlos, seguro de que si santamente los recibes, serán para ti un manantial de gracias y de bendiciones.

20 Para disponerte á recibir con fruto los Sacramentos , y para conservar en tu ánimo la religion y la piedad , no hay cosa mas útil que la lección de buenos libros. Sus instrucciones saludables te pondrán á la vista tus obligaciones y te animarán á cumplirlas. Serán otros tantos predicadores que fortalecerán tu alma contra los atractivos de los vicios y de los malos ejemplos. San Agustin debió su conversion á los buenos libros que leía. Hallándose un dia en un huerto recostado al pie de una higuera , oyó una voz que repitió muchas veces estas dos palabras , *tolle lege* , esto es , *toma y lee*. Estaba á la sazón lleno de dudas y de confusiones , nacidas de la resistencia de su corazón para convertirse ; y acordándose al oír estas palabras de que San Antonio se habia convertido leyendo el Evangelio , tomó el libro de las Epístolas de San Pablo , que tenia allí mismo , leyó el primer capítulo que se le presentó , y tropezó precisamente con uno en que se reprendian sus desórdenes , y se le hacia patente la obligacion de vivir santa y cristianamente. Esto bastó para desvanecer todas sus incertidumbres ; sintióse inflamado de un extraordinario valor , y empezó desde aquel punto á renunciar al mundo y á sus pasiones para consagrarse totalmente al ser-

vicio de Dios. ¿Y en qué hubiera parado si hubiera resistido á la voz milagrosa que le hablaba? Quizá ¡ay Dios! hubiera quedado para siempre en el camino de la perdicion, y jamás se hubiera convertido. Haz, pues, cuenta de que la religion y la piedad te dirigen las mismas palabras que á San Agustín *tolle, lege*. Imita su docilidad; consagra á lo menos un cuarto de hora al dia en leer algun buen libro, y los frutos que este corto trabajo te producirá te convencerán mejor que todas mis ponderaciones de la utilidad de este santo ejercicio.

Otra piadosa práctica que quisiera yo inspirarte, y á la cual te debieras entregar con el mayor esmero, es la devocion á la Virgen Santísima. Esta Señora es Madre de Dios, y Madre de los hombres, y por consiguiente Madre tuya; y asi es muy justo que la henres, y singularmente implorés su poderosa proteccion. Todos los santos se han distinguido en tener para con esta Señora la mas tierna devocion, y han conseguido por su medio los mas señalados favores. Santo Tomás de Aquino aseguró al tiempo de morir, que jamás habia dejado de lograr cosa alguna que hubiese pedido á Dios por la intercesion de María. De Alberto el Grande se cuenta, que debió á esta misma devocion los rápidos pro-

gresos que hizo en las ciencias. Cansado de las dificultades que hallaba en el estudio, pensó en renunciar el estado religioso y volverse al mundo; pero la Virgen santísima, á quien singularmente veneraba, se le apareció en sueños, y prometiéndole que no hallaría en adelante su entendimiento los mismos obstáculos en el estudio de las ciencias, para hacerle ver que únicamente debía este favor á su intercesion, le anunció que llegaría algun dia á olvidar todo lo que hubiese aprendido: lo que se verificó al pie de la letra; pues dicho sabio, despues de haber brillado mucho tiempo por su erudicion, perdió de tal manera la memoria, que no le quedó el menor recuerdo de todo lo que había aprendido. Seria necesario un volúmen entero para manifestar las gracias particulares que han debido á María sus fieles devotos. Algunos ilustrados por su medio con celestiales luces han reconocido claramente el estado á que Dios los llamaba. Otros con su auxilio han conservado su inocencia en medio de las mas violentas tentaciones. Todos, en fin, á proporcion de sus necesidades, han experimentado los saludables efectos de su proteccion. ¿Y por qué no los has de experimentar tú igualmente? ¿Qué no debes esperar de una Madre tan tierna, si la invo-

cas con humilde confianza? Los niños son singularmente objetos de su predileccion; se complace en admitir sus rëndimientos, y en abrigar su inocencia bajo su poderoso amparo. Procura, pues, merecerlo con una fiel y continua devocion. No dejes pasar dia alguno sin honrar á Maria por medio de algunas particulares oraciones, y celebra todas sus fiestas con la mas tierna devocion. Jamás la invocarás en vano; y si te portas con esta Señora como un hijo obediente y celoso en servirla, encontrarás en ella el cariño de una tierna Madre.

El angel que Dios ha destinado para asistirte y para velar en tu conservacion y salvacion, debe tener tambien parte en tus cultos. Ya sabes lo que en otro tiempo hizo el Arcángel San Rafael con el jóven Tobías. Le guió en su largo viaje, le libertó del furor del monstruoso pez que iba á devorarle; le dió los mas prudentes consejos para que no cayese en los lazos que le armó el Angel de las tinieblas; por último le volvió sano y alegre á casa de sus padres. Pero Tobías por su parte lleno de agradecimiento miró como su primera obligacion, luego que estuvo en su casa, el corresponder á su santo conductor, y le ofreció inmediatamente la mitad de sus bienes. Tú tambien has recibido, aun-

que de un modo invisible, de tu Angel custodio los mismos favores que Tobías en otro tiempo. No he dejado un momento de protegerte y velar en beneficio tuyo. Mil veces te ha libertado de la cruel garganta del pecado, monstruo infinitamente mas funesto que el que acometió á Tobías. Mil veces, inspirándote saludables pensamientos, te ha hecho evitar los lazos del demonio, y siempre está dispuesto á hacerte experimentar los saludables efectos de su proteccion. Imita, pues, la juiciosa conducta de aquel piadoso Israelita, y profesa á tu Angel custodio el mismo reconocimiento y amor que él manifestó á su santo protector. No exige el santo Angel parte alguna de tus bienes; pero sí desea y merece tu reconocimiento, tu respeto, tu amor y tu confianza. No se los niegues, ni dejes de implorar su asistencia todos los dias, especialmente por la mañana y por la noche. No omitas, en fin, amado Teótimo, cosa alguna de las que puedan alimentar y aumentar tu piedad. Acuérdate que sin ella nada hay sólido, y que de ella depende tu felicidad en esta vida y en la otra.

CAPITULO III.

DE LA INOCENCIA.

No tengo otra cosa que encargarte con mas encarecimiento, oh amado Teótimo, despues de la piedad, cuya importancia y necesidad te he demostrado, que la conservacion de la inocencia. Esta virtud es el principal adorno del hombre, que le iguala de algun modo á los espíritus celestiales. Por ella mereció San Juan Evangelista ser el favorito de Jesucristo, y descansar sobre su pecho. En una palabra, en ella consiste nuestra gloria y nuestra felicidad. Nada son las ventajas mas preciosas en comparacion de este tesoro inestimable que posees. Asi, si fuese necesario, todo lo deberias perder por conservarlo. Mientras le poseas serás sobradamente rico; pero si le pierdes, lo perdiste todo.

Adán y Eva gozaron de la suerte mas feliz mientras se mantuvieron en el estado de inocencia. Libres de las pasiones, de las enfermedades y de la muerte, lograban la vida mas tranquila en un jardin delicioso y fertil, que sin necesidad de cultivo producía todo

género de frutos. No les incomodaba el calor del estío ni el frío del invierno. Gozaban de una primavera continua, y todos los animales estaban obedientes á su imperio; nada faltaba á sus deseos, nada se oponia á sus inclinaciones. Pero apenas perdieron la inocencia cuando fueron arrojados de aquel delicioso vergel, se esterilizó la tierra; experimentaron los rigores de todas las intemperies; se desenfrenaron sus pasiones para atormentarlos; quedaron sujetos á las enfermedades y á la muerte, y en lugar de su pasada felicidad, llovieron sobre ellos todos los males.

Vé aqui amado Teótimo, una descripción exacta de lo que te sucederá tambien si llegas á perder el precioso tesoro de tu inocencia. Te cerrarás tú mismo las puertas del cielo, quedarás privado de la vista de Dios y hecho esclavo del demonio y del pecado. Dios te libre de experimentar jamás tan funesta desgracia. Hijo mio, decia en otro tiempo la reina Blanca á San Luis cuando era de tierna edad, ya ves lo que te quiero, pues á pesar del amor con que te miro, mas querria verte espirar delante de mis ojos, que incurrir en un solo pecado mortal. No tengo reparo, amado Teótimo, en repetirte lo mismo; sí, por grande que sea la amistad que te profeso, mas quisiera verte privado de la vida

que de la inocencia: porque la pérdida de la vida interesa solamente al cuerpo, pero la de la inocencia interesa al alma y la espone á una desgracia eterna.

Por esta razon vemos que todos aquellos que han estado penetrados del verdadero amor á la religion y de temor de Dios, han preferido, cuando ha sido necesario, los suplicios y la muerte al pecado. Asi leemos que José mas quiso esponerse á ser calumniado, maltratado y encerrado en un oscuro calabozo, que cometer el delito que se le proponia. Una infinidad de jóvenes de ambos sexos le han imitado, y han padecido los mayores tormentos por no perder la amistad de Dios. En confirmación de esto me contentaré con citar-te el memorable ejemplo que dieron al mundo los siete hermanos Macabeos.

Queriendo obligarlos el impío Antíoco á comer de un manjar prohibido entonces por la ley de Dios, respondieron unánimes los generosos hermanos, que mas querian morir que ofender al supremo Dueño del universo. El tirano al oír esta respuesta mandó preparar todo género de instrumentos para atormentarlos; pero ni los potros, ni las ruedas, ni las calderas encendidas pudieron hacer titubear la constancia de los seis primeros, muriendo todos sucesivamente, gozándose de su

dichosa suerte. Quedó el mas jóven, y viendo Antíoco que no habian cedido los otros á los tormentos, se valió para con él de las caricias y de las mas lisonjeras promesas. Hizo venir al mismo tiempo á su madre para que le exhortase á obedecer sus órdenes; pero la virtuosa madre, en lugar de coadyuvar á las intenciones del tirano, no habló á su hijo sino para animarle á seguir el ejemplo de sus hermanos, y á morir como ellos en defensa de las sagradas leyes, mostrándole el cielo en donde antes de mucho habia de recibir el premio debido á su valor. No fue inútil la exhortacion; el piadoso jóven, mirando con igual desprecio promesas y amenazas, protestó sin rebozo que no obedeceria las órdenes de Antíoco, sino á la ley de Dios. Irritó esto de tal manera al impío Monarca, que soltando la rienda á todo su furor, mandó á los verdugos que agotasen su rabia sobre aquella tierna víctima, que sufrió la muerte con la mas heróica constancia.

Vé aqui lo que costó á aquellos jóvenes mártires la conservacion del precioso tesoro de la inocencia. Regularmente no tendrás tú que padecer tales combates, ni que hacer tan grandes sacrificios para conservar la tuya. Pero no debo disimularte que necesitarás del mayor cuidado para no perderla. Es esta vir-

tud una hermosa flor adornada de los mas vivos colores, y que esparce muy lejos el mas agradable olor; pero el menor vaho puede marchitarla, y el mas leve soplo basta para derribarla ó tronzarla. Una conversacion indecente, un mal ejemplo, una mala compañía son bastantes para despojarte de la preciosa túnica de tu inocencia. A pesar de esta delicadeza estás obligado á conservarla pura y sin mancha. Si Dios te ha revestido de ella ha sido con esta precisa condicion, y llegará el dia en que te pida cuenta de ella.

Despues que los hijos de Jacob vendieron á su hermano José á unos mercaderes Ismaelitas, para ocultar este delito á los ojos de su padre, que le amaba con particular cariño, se quedaron con su túnica, y manchándola con la sangre de un cordero, se la enviaron con un criado, diciéndole por su medio, *esta túnica hemos encontrado, mira si es la de tu hijo. ¡Triste de mi! exclamó el padre, ¡demasiado la reconozco! ¡pero en qué estado la veo! No hay remedio, José ha perecido, alguna fiera le ha devorado.* Interrumpieron los suspiros y sollozos estas tristes palabras, y no hubo medio de calmar el dolor del afligido padre.

Pues haz tú tambien cuenta, que llegará el dia en que los ángeles presenten la túnica de tu inocencia ante el tribunal del supremo

Juez, diciéndole como á Jacob: mirad, Señor, si es esta la túnica de vuestro hijo. ¿Y qué desgracia sería la tuya si la viese manchada y teñida en sangre? Serías perdido para siempre, porque en el reino de Dios no puede entrar cosa manchada, y para ser admitido en él es preciso haber conservado la inocencia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. Cuida, pues, de que no se diga de tí lo que de José, *alguna fiera le ha devorado*. El mónstruo cruel que puede devorarte es el pecado. Continuamente te rodea para sorprenderte. Huye de él con el mismo cuidado que de una serpiente venenosa; y usa para librarte de los dos medios que Jesucristo nos propone para conservarnos en la inocencia, esto es, de la oracion y vigilancia.

Como nada podemos sin el socorro de Dios, y á cada paso damos las mas crueles caidas si no nos sostiene su gracia, es preciso que la pidas continuamente, y no dejes pasar dia alguno sin rogar muchas veces al Señor, sobre todo por la mañana y por la noche, por medio de esta corta y adecuada oracion, de que continuamente usaba el jóven Ubaldino, muerto en opinion de santo á los diez y siete años de edad: *quitadme antes la vida, oh Dios mio, que permitir que pierda mi inocencia*. Añade la frecuencia de Sacramentos á

la oración. Todos los Santos Padres han mirado el Sacramento de la Eucaristía como uno de los medios mas eficaces para conservar la inocencia: este divino Sacramento, al paso que nos hace impenetrables al fuego de las tentaciones, obra en las almas de los que le reciben dignamente lo que obró en otro tiempo en el cuerpo de un niño, liberándole del furor de las llamas. Vé aqui como cuentan este suceso muchos historiadores eclesiásticos.

Era costumbre antigua de la Iglesia Griega el consagrar el sacratísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con pan fermentado, como el que comemos ordinariamente: y cuando despues de comulgar los fieles sobraban algunas partículas de este pan consagrado, llamaban á algunos niños pequeños de la escuela y se las hacian comer. Vino para este efecto un dia, entre los demás, un hijo de un vidriero judío. Este niño, que ignoraba nuestros santos misterios, despues de haber recibido como los demás en la Iglesia la sagrada Eucaristía, volvió á su casa. Preguntóle su padre por qué habia tardado tanto en volver, y el niño le contó sencillamente lo acaecido. Bastó esto para irritar al fanático judío de tal manera, que cogiendo enfurecido al niño, le arrojó en el horno encendido

que le servia para fabricar el vidrio. La madre, echando menos al hijo, ignorando lo que le habia sucedido, corrió toda la ciudad buscándole, derramando un rio de lágrimas é implorando el socorro del cielo con voces interrumpidas por sus sollozos: al tercer dia, desesperando ya de hallarlo, y encontrándose llena de dolor á la puerta de la vidriería de su marido, repetía continuamente el nombre de su hijo, que oyéndola, la respondió de dentro del horno. La pobre madre llena de gozo rompe la puerta, y viendo á su hijo sin la menor lesion encima de las ascuas, le pregunta cómo es que el fuego no le habia dañado, á lo que el niño, contándole el suceso, satisface diciendo: una muger vestida de púrpura ha venido á visitarme muchas veces; me ha dado agua para apagar las llamas que me rodeaban, y me ha traído de comer cuando lo he necesitado. Habiendo llegado este milagro á oídos del Emperador Justiniano, mandó que bautizasen á la madre y al hijo, que lo deseaban, é hizo castigar con pena de muerte al padre, que de ningun modo quiso hacerse cristiano.

Pero no basta orar ni frecuentar los Sacramentos. Dios no lo ha de hacer todo. Es menester que por tu parte veles sobre tí mismo, y guardes con especialidad tus sentidos para

no ver ni oír cosa alguna que pueda perjudicar á tu inocencia. Una mirada sola bastó para perder á David. Hasta entonces habia sido un modelo de inocencia y de piedad ; pero por desgracia suya se detuvo á considerar con atencion un objeto peligroso, y esta sola imprudencia fué suficiente para hacerle cometer dos delitos enormes. Y si este santo Rey se dejó seducir tan fácilmente, ¿qué no debes temer tú, si no haces, como Job, un pacto con tus ojos para no mirar cosa alguna que pueda inclinarte al pecado? Esta vigilancia es el único medio para libertarte de los tropiezos en que caen todos los dias tantos jóvenes, que apenas llegan al uso de la razon, cuando se sirven de ella para ofender á Dios.

No puedo persuadirme, amado Teótimo, que hasta ahora hayas incurrido en tal desgracia. Tengo demasiado buen concepto de tu religion y de tu virtud para creerlo ; pero si por desdicha hubieses manchado la preciosa túnica de tu inocencia con algun pecado grave, ya sabes que Dios en el Sacramento de la Penitencia nos ha dejado un remedio saludable para purificarnos y curarnos, y asi acude inmediatamente á él. Si vieras tu cuerpo acometido de alguna enfermedad peligrosa, ¿qué prisa no tendrias para llamar

el médico y tomar los remedios necesarios á fin de recobrar tu salud? ¿Pues cuánto mas debes apresurarte para remediar los daños de tu alma? La herida que en ella hace el pecado es mil veces mas peligrosa y funesta que todas las enfermedades del cuerpo. A cada instante estás espuesto á que te sorprenda la muerte; ¿y qué sería de tí si murieses en pecado?

Espero en el Señor que no experimentarás tan triste suerte, persuadido de que aun posees el precioso tesoro de la inocencia, ó que á lo menos si has tenido la desgracia de caer en pecado, habrás tenido cuidado de purificar tu alma por medio de una sincera penitencia. Asi, me contentaré con esforzarme á precaverte contra los escollos que estás espuesto á encontrar, y que puedan ser funestos á tu inocencia. Estos escollos son los amigos viciosos, y los malos libros. En los dos capítulos siguientes verás como debes pensar acerca de ellos.



CAPITULO IV.

DE LAS MALAS COMPAÑIAS.

El Espiritu Santo nos asegura que no hay tesoro, por precioso que sea, que pueda compararse á un amigo prudente y virtuoso. El que lo es, toma parte en nuestros trabajos, nos consuela en nuestras aflicciones, nos ilumina con prudentes consejos, y nos inclina á la virtud con su ejemplo. Tal era Jonatás respecto de David, y David para con Jonatás.

Pero si es tan útil la amistad con los buenos, no hay cosa mas perjudicial que la que se contrae con los malos.

Menos debes temer á un enemigo declarado que á un amigo vicioso. Del primero siquiera desconfiarías y tomarías precauciones para evitar sus asechanzas. Del segundo al contrario, no recelándote de él, y tratándole familiarmente, aprenderías insensiblemente las máximas mas perniciosas, imitarías su perverso ejemplo, y poco á poco te harías semejante á él. El ejemplar de Neron basta para hacernos palpable esta verdad.

Mientras este jóven Príncipe se gobernó

por los consejos de Burrho y Séneca, que estaban encargados de su educacion, fué admirado de todo el mundo por su mansedumbre y clemencia. Habiéndosele presentado un dia uno de sus ministros para que firmase una sentencia de muerte, dijo estas admirables palabras: *Ojalá no supiese escribir.* En otra ocasion escribió á uno de los gobernadores de sus provincias que habia aumentado considerablemente los impuestos, que era menester esquilar las ovejas, pero no desollarlas; dándole á entender con esto, que no era razon incomodar y arruinar los pueblos con contribuciones demasiado crecidas. Pero apenas empezó á dar oídos dicho Príncipe á los eortesanos aduladores y viciosos que le rodeaban, cuando, dejada á un lado la humanidad y clemencia, se convirtió en un leon furioso, que no podia alimentarse sino de sangre y de matanza. La nobleza, el pueblo y especialmente los cristianos, fueron sacrificados sucesivamente á su crueldad. Dió muerte, no solamente á Burrho y á Séneca, sino á su misma madre Agripina y Octavia su muger. Llegó al estremo de decir muchas veces, que deseaba que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza para tener el gusto de cortarla. Fue tal en fin su barbarie é inhumanidad, que hizo pegar fuego á Roma, para

tener el gusto de contemplar desde una alta torre el incendio, entreteniéndose en cantar un poema sobre la ruina de Troya mientras que las llamas devoraban la ciudad.

No fue menos funesto para Joas, rey de Judá, el trato con los malvados. Este jóven Príncipe gobernó con el mayor juicio mientras siguió los consejos de Joyada, que ademas de haberle libertado del furor de Atalia, le habia colocado en el trono. El trato con este hombre virtuoso le hizo tomar gusto á la piedad y á la virtud. Pero muerto Joyada tardó poco en mudar de conducta, y dió á conocer con su ejemplo, que somos buenos ó malos segun con quien tratamos: porque habiendo venido á hacerle la corte los grandes de su reino, se dejó seducir por sus viles adulaciones, y colocó á algunos de aquellos hombres viciosos en el número de sus amigos.

Esta fué la época de sus desórdenes. Abandonando desde entonces el culto del verdadero Dios se entregó al de los ídolos; y llegó á tal extremo su depravacion, que quitó la vida al hijo del mismo Joyada á quien debia la corona.

Estas mutaciones te parecerán quizás extraordinarias, pero no deben admirarte. Un amigo vicioso es como un hombre que adolece de una enfermedad pegajosa; contagia á

todos los que se le acercan; y así del mismo modo que huirías con la mayor precaución de cualquiera que padeciese una enfermedad epidémica, debes evitar el comercio y la amistad de los que tienen costumbres depravadas.

Este era el concepto que hacían de las malas compañías San Basilio y San Gregorio, cuando estudiaban en Atenas siendo de tu misma edad: *Huimos, dice San Gregorio, cuidadosamente de todo trato con aquellos compañeros que eran insolentes, violentos y de malas costumbres; y solo teníamos amistad con aquellos que por su modestia, su moderación y su juicio podían ayudarnos y mantenernos en los buenos propósitos que teníamos de hacer una vida arreglada; conocíamos muy bien que los malos ejemplos se comunican fácilmente como las enfermedades contagiosas.* ¿Quieres ver un simil palpable, que te haga conocer mejor el peligro de las malas compañías? Mezcla frutas sanas con otras corrompidas, verás como en todas se introduce la podredumbre, y quedan enteramente perdidas. Este fue el simil de que se valió un prudente padre para retraer á su hijo de las malas compañías. Vé aquí el suceso.

FABULA III.

LAS NARANJAS.

De la orilla del Tajo un buen vecino,
Tenia un hijo, en quien unió el destino,
Sin ejemplar, talento y hermosura,
Al candor, la inocencia y la dulzura:
Un fenix en su tiempo era el chiquillo;
Mas por desgracia suya habia dado
En tratar con algunos calaveras
De su edad, cuyo ejemplo depravado
Su corazon sencillo

Podia corromper muy facilmente.
El padre procuró con todas veras
Cortar esta amistad; mas vanamente,
Pues de su justo celo
Y sus sermones se burló el mozuelo.

«¿Por qué, le dijo un dia,
Me exhorta usted á dejar tal compañía?
Si usted á mis amigos conociera,
Para otros su consejo guardaría;
Son buenos, y aunque alguno no lo fuera,
Frecuentándome á mi se corrigiera.»
Asi hablaba el tontuelo

De una falsa confianza prevenido:

Su padre cada vez con mas recelo,
Al ver al niño en tal peligro puesto,
Hizo el desentendido,

Y buscó otra ocasion mas favorable
 Para darle el consejo saludable.
 Estando ausente el jóven, llenó un cesto
 De fruta delicada,
 Naranjas, que á la vista parecian —
 De oro puro, que en nada cederian
 A las que presentó la fabulosa
 Huerta de las (1) Hespérides famosa:
 Entre ellas dos ó tres puso el anciano
 Expofeso, que ya descoloridas,
 Mostraban estar dentro corrompidas,
 Y entregó el cesto al jóven: muy ufano
 De tal regalo, comenzó á mirarlas,
 Y viéndolas que ya iban á perderse,
 «Padre, exclamó, de sentimiento lleno,
 ¿Qué ha hecho usted? si estas van á corromperse
 Con esas buenas, ¿para qué mezclarlas?
 Asi se volverán todas veneno.

No, dijo el padre; tu temor es vano:
 Verás todas las malas componerse
 Con el suave aroma de las buenas.
 Al contrario, señor: lo que está sano
 Se podrirá, replica el desbarbado,
 Al lado de esas tres que están dañadas.»
 Redúcese por fin á duras penas
 A aguardar por un tiempo limitado;
 Coje el padre una llave, y bien cerradas

(1) *Huerta fabulosa colocada por los poetas en España, en la que dicen habia árboles que daban manzanas de oro.*

Las deja, hasta que el tiempo suficiente
Para lograr su intento haya pasado:
Parece un siglo al jóven impaciente;
Llega en fin el instante suspirado;
Dáale el padre la llave; él se apresura,
Apenas puede hallar la cerradura:
Abre por fin, y encuentra ¡oh vista horrible!
Todo hecho una confusa podredumbre.
Lleno de pesadumbre
Murmura de su padre, y se lamenta;
»¿No dije (esclama) á usted que era imposible
Que así quedase sana ni una sola?
Pero usted de mi dicho no hizo cuenta.»
El sábio padre, al ver tal bataola,
«Sosiégate, le dice, hijo de mi alma:
Tu sentimiento calma;
Si yo de tus prudentes reflexiones,
Tocante á las naranjas no hice aprecio,
Tú con igual desprecio
Trataste mis consejos y razones,
Cuando pronostiqué que llegaría
Tiempo en que tus amigos corrompiesen
Tu pureza, á no huir su compañía:
Esta fruta perdida es fácil cosa
Resarcirla con otra mas hermosa;
Mas si en tu corazon se introdujesen
Los vicios, y manchasen tu inocencia,
¡Cuál mi dolor sería!
¡Cómo desgracia tal remediaría!”
Esto bastó para que comprendiese
El jóven el enigma y la advertencia;
Y este lance instructivo

Fué antídoto y total preservativo
Para que de los malos siempre huyese.
El ejemplo á vosotros se dirige,
¡Oh jóvenes! grabad esta importante
Máxima en la memoria,
Que está harto acreditada por la historia.

Rara vez el malvado se corrije
Aunque trate con buenos; y es constante
Que siempre el bueno se pervierte y daña
Cuando con los malvados se acompaña.

No me cansaré de exhortarte á que te acuerdes á menudo de este suceso. Ningun simil hay mas propio para darte á conocer el peligro de las malas compañías; pero con todo, aun hay alguna diferencia entre las frutas pasadas y los amigos viciosos, pues aquellas á lo menos manifiestan claramente su mal estado. Las manchas lívidas de que las vemos cubiertas, nos dan á conocer fácilmente su interior podredumbre, en lugar de que los amigos viciosos parecen muchas veces muy distintos de lo que son. Ocultan los desórdenes de su corazón bajo el velo de la modestia y de la honradez. Son lobos hambrientos, que se cubren con pieles de oveja para poder devorar con mas facilidad los tiernos corderillos. No te fies, pues, de su exterior engañoso: no juzgues por sus modales de sus costumbres;

antes bien atente al concepto de los que les conocen y te avisan que evites su trato. La fábula siguiente te dará á conocer cuán peligroso es escoger sin precaucion un amigo.

FABULA IV.

EL RATON Y EL GATO.



Un ratoncillo jóven é inexperto
En las cosas del mundo,
Cansado de vivir en un profundo
Abismo con sus padres encerrado,
Se escapó una mañana, y muy despierto
Comenzó á corretear con alegría
El campo dilatado
Que á su admirable vista se ofrecia,
Descubrió no muy lejos casualmente
Otro animal de venerable gesto;
Su mirada inocente,
Y grato su magnífico ropaje,
Y aun su modo de andar grave y modesto,
Dejaron al bobillo embebecido,
Y deseoso de amistad y trato
Con tan benigno y santo personaje,
Y era no menos que un famoso gato,
Por nombre Ratizampa, conocido
Por el Neron de ratas y ratones,

Que á pesar de su santa catadura
 Sin piedad á docenas se mataba.
 Mas nuestro ratoncillo, que ignoraba
 Sus tretas y perversas intenciones,
 Totalmente fiado en su dulzura
 Y humildad aparente,
 En su lengua ratona interiormente,
 Decia: «¡Qué señor tan apreciable!
 ¡Qué trato será el suyo tan amable,
 Por feliz me tendria
 En gozar su amistad y compañía.»
 Se acerca al decir esto reverente
 Al santo, que dejando de repente,
 La mansedumbre á un lado,
 Fiero sobre él se arroja, y al cuitado,
 Sin mascararlo en el vientre lo sepulta.

Jamás fíemos solo en la apariencia,
 Que muchas veces la maldad se oculta
 Con capa de virtud y de inocencia.

Imprime cuidadosamente en el fondo de tu
 corazon estas saludables máximas, y procura
 conformarte á ellas. De este cuidado depende
 principalmente la conservacion ó la ruina de
 tu inocencia; porque segun el oráculo infali-
 ble del Espíritu Santo, *serás bueno con los bue-
 nos, y malo con los malos.* Por mas virtuoso
 que hayas sido hasta aqui, una mala compa-
 ñía bastaria para perderte. La esperiencia nos
 enseña todos los dias, que la mayor parte de

los jóvenes naufragan en este escollo: yo mismo he visto perecer en él á infinitos; y si no te hace fuerza mi testimonio, mira lo que dice Gerson del tráfico fin de un joven ilustre por su nacimiento.

Habia sido dicho joven por mucho tiempo un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya contrajo estrecha amistad con un sugeto vicioso y entregado á la mayor disolucion. Las conversaciones y los malos ejemplos del perjudicial amigo, tardaron poco en contagiar su entendimiento y su corazon. En lugar de aquella moderacion, y de aquella modestia que hasta entonces le habian hecho admirar, se notó en él un total abandono á los mas vergonzosos desórdenes. No anhelaba otra cosa que juegos, diversiones y deleites. Todos los esfuerzos de sus padres, amigos y maestros para apartarle del camino del vicio fueron vanos; los mismos obstáculos que hallaba servian de nuevo incentivo á sus pasiones; y en fin perseveró impenitente hasta la muerte. Sobrecogido de una violenta enfermedad, habiéndose presentado un sacerdote para exhortarle á reconciliarse con Dios, se negó totalmente á oírle, y avivando el caritativo eclesiástico sus exhortaciones, al paso que le veia mas endurecido, el desgraciado joven, atormentado de los remordimien-

tos mas crueles, se volvió al fin á mirarle con semblante furioso, y le dijo estas terribles palabras: *¡Infeliz del que me ha seducido! Son demasiado grandes mis delitos para esperar su perdon. Veo ya el infierno abierto para recibirme.* Despues de haber pronunciado estas palabras, se volvió del otro lado para no oir las voces del Sacerdote; y al cabo de un instante espiró lleno de la mas horrible desesperación.

Vé aqui, amado Teótimo, el fruto de las malas compañías. Así se cumple el oráculo del Espíritu Santo que dice: *que el que anda con la pez se manchará los dedos*, esto es, que el que trate con amigos viciosos contraerá sus vicios y defectos. No estrañes, pues, que me haya detenido tanto en un asunto de tanta importancia. Me lisonjearia de haber asegurado tu inocencia, si supiera de fijo que te habia inspirado un eficaz horror á las malas compañías. Con todo, queda aun otro escollo que debes evitar con igual cuidado: este es el de leer malos libros, de lo que ahora te voy á hablar.



CAPITULO V.

DE LOS MALOS LIBROS.

Son los libros para el alma, lo que los alimentos para el cuerpo. La sustentan y fortalecen; pero así como hay alimentos que en lugar de contribuir á la salud del cuerpo, solo sirven para debilitarla y arruinarla, del mismo modo, amado Teótimo, hay libros que en lugar de ilustrar y perfeccionar nuestra alma, no son del caso sino para corromperla y cegarla. Tales son las novelas, las poesías amorosas, y generalmente, todos los escritos perjudiciales á la religion y á las costumbres. Sí, amado hijo, todos los libros de esta clase contienen un veneno sutil, que se insinúa insensiblemente en los corazones de los que los leen, y produce en ellos el mayor fastidio para todos los actos de piedad, y el amor á los deleites que destruye todas sus buenas inclinaciones. Pudiera citarte muchos ejemplos en confirmacion de esta triste verdad. Conozco muchos jóvenes que la han experimentado á costa suya. Me acuerdo en particular de uno á quien los malos libros pervirtieron totalmen-

te. Estaba lleno de la mas sincera piedad; pero al mismo tiempo era aficionadísimo á leer, y leía sin discernimiento cuantos libros caian en sus manos: tropezó lastimosamente con algunos de aquellos que parecen haber sido vomitados por el infierno para pervertir la juventud. Al principio los manejaba sin conocer el peligro; pero poco á poco se aficionó á ellos, y comenzó, digámoslo asi, á tomarles el gusto. Desde esta época empezó á enfriarse en la piedad; dejó de acudir á los Sacramentos con aquella frecuencia que solia, y al cabo abandonó todas sus devociones y mudó enteramente de conducta. Los que velaban sobre su educacion no sabian á que atribuir tan repentina mudanza, y mucho mas viendo que no andaba con malas compañías; hasta que un dia él mismo declaró impensadamente el motivo, propalando en la conversacion una perniciosa máxima que habia leído en un libro malo que citó. El superior del colegio que le oyó, fué inmediatamente á registrar su estante, en el que halló varias novelas y escritos escandalosos. Reprendióle severamente, y le hizo presentes las funestas consecuencias de semejantes lecturas; convino en ello el jóven, y aun confesó con sinceridad, que la lectura de estos libros perniciosos era el origen de su depravacion; pero como somos mas inclina-

dos al mal que al bien, se habian impreso tan profundamente en su ánimo las malas ideas que habia bebido en aquellos libros, que le costó muchísimo trabajo borrarlas de él, ó quizá jamás lo consiguió.

Me lisonjeo, amado Teótimo que no te sucederá lo que á este infeliz jóven; pero no respondo de tu virtud, sino con tal que evites cuidadosamente la lectura de todo libro vicioso, porque producirá en tí los mismos efectos que ha producido en tantos jóvenes cuya perdition ha ocasionado.

La fábula nos cuenta, que habia en otro tiempo una fuente que volvía frenéticos á los que bebían sus aguas: esta fuente representa á lo vivo los malos libros, cuya lectura corrompe nuestro entendimiento y nuestro corazon.

Huye, pues, de ellos con el mismo horror que de un vaso emponzoñado. Míralos como otros tantos lazos armados contra tu inocencia, y si alguna vez llegase alguno á tus manos, imita la conducta de aquel santo jóven, que habiendo un dia hallado una novela, apenas leyó su título cuando la arrojó al fuego y corrió á lavarse las manos, solo por haberla tocado por el forro, dando á entender con esto, cuán persuadido estaba de que no hay cosa mas perniciosa y mas funesta á la inocencia que los malos libros.

No faltará quien te diga para inclinarte á leerlos que contienen cosas curiosas y bien escritas. Pero el veneno, por agradable que parezca á los sentidos, no deja de ser veneno, y por esta misma circunstancia mas peligroso; así, aunque sean capaces de contentar la curiosidad, debes huir de ellos como del fuego. Mas te valdria permanecer toda tu vida en la mas crasa ignorancia, que comprar la sabiduría á costa de tu inocencia; pero por mejor decir, no hallarás que aprender en esos malos libros, sino cosas que para siempre debieras ignorar. Te sucederia cuando los hubieses leído lo que á nuestros primeros padres despues de comer la fruta vedada. Creian que aquel fatal bocado ilustraria su entendimiento. La infernal serpiente se lo habia persuadido. *Sereis*, les habia dicho, *como dioses, y alcanzareis la ciencia del bien y del mal*. Adán y Eva, fiados en su promesa, cogieron la dañosa fruta; pero apenas la probaron cuando se vieron despojados de su inocencia; y sumergidos en un abismo de ceguedad y miseria.

Tales serian igualmente, oh amado Teótimmo, las consecuencias de tu curiosidad. No te dejes, pues, seducir, como nuestros primeros padres, por las malas promesas del espíritu tentador. Tienes como ellos delante

de tus ojos mil frutas esquisitas; esto es, una infinidad de buenos libros de que puedes lícitamente disfrutar, y que serán para tu alma un excelente alimento. Cíñete á estos: los demas son como la fruta vedada del paraíso terrenal, y puede decirse de ellos lo que Dios dijo á Adán de la tal fruta: *En el instante que la pruebes morirás*. Esto es, perderás la inocencia, que es la vida de tu alma.

Pero como á veces son estos libros perniciosos dificultosos de distinguirse, y está oculto su veneno bajo un título engañoso que disimula su malicia, el partido mas prudente para no engañarte es el de no leer libro alguno sin consultar antes á alguna persona ilustrada y virtuosa, para saber si su lectura te será útil ó dañosa, y conformarte enteramente con su dictámen. Sin esta sabia precaucion te alucinaria fácilmente el falso resplandor de algunos libros que al parecer no pueden contener cosa alguna perniciosa: te aficionarias á ellos sin sospechar el peligro, y experimentarías la misma suerte que el imprudente niño, cuyo suceso voy á contar.





FABULA V.

EL LABRADOR Y EL NIÑO.

Lejos de maestros,
 y libre del aulá,
 Contento un muchacho
 El campo paseaba,
 Viéndolo cubierto
 De bellas y estrañas
 Flores, á cojerlas
 Alegre se baja.
 Llega á echar la mano,
 A una de las plantas,
 Cuya flor hermosa
 Los ojos encanta.
 Un labrador viejo,
 Que al chico miraba,
 Viéndole en peligró
 De alguna desgracia,

Le grita al instante:

«Digo, camarada,

No toques las flores

Que te saldrán caras,

Que hay muchas culebras

Bajo de las matas,

Y á los que las tocan

Dan crueles picadas:

¡Y cuántos muchachos,

Por tenerlo á chanza,

Sacaron las manos

Bien ensangrentadas!»

Al oír estas voces

El niño se espanta,

Y del prado ameno

Muy lejos se aparta;

Mas vuelto del susto,

Cobrando confianza,

Del rústico juzga

Que el dicho es patraña,

Que para burlarse

De su edad temprana,

Inventó el buen tío,

Y así se abalanza

A cojer las flores,

Dando vueltas varias,

Como mariposa

Que de una á otra pasa.

Una violeta

Va á cojer gallarda,

Cuando una culebra

El aguijon le clava.

Llorando se vuelve
El tontuelo á casa,
Dando con su ejemplo
Leccion adaptada

A jóvenes necios,
Que su tiempo gastan
En leer libros llenos
De máximas malas,

Que, como las flores,
A la vista agradan
Con hermoso estilo,
Con frases limadas;

Mas debajo esconden
Sierpes enconadas,
Que á los que se acercan
Muerden y maltratan;

Y al que se descuida,
Y luego no escapa,
Quitan venenosas
La vida del alma.



CAPITULO VI.

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON
SUS PADRES.

Tienes, oh amado Teótimo, un Dios á quien servir, y una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesaria; esta es la de honrar á los padres que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar sin duda para moverte á cumplir con ellas; sé que lo contrario repugna á tu corazón. Por consiguiente no trataré de esta importante materia precisamente para despertar en tí los afectos regulares á todo hijo bien inclinado, sino para animarte á conservarlos durante toda tu vida; porque no es de temer que faltes á esta obligacion por ahora, sino en adelante. Demasiado comunes son los ejemplares de hijos desconocidos que, por su indocilidad y desagradecimiento, han llenado de amargura la vida de aquellos á quienes debian la suya. No quiero citártelos: son mónstruos que horrorizan, y merecen quedar sepultados en perpetuo olvido. Me debes demasiado buen con-

cepto para creerte capaz de imitarlos. ¡Infelices! Mas les valdria haber perecido en el vientre de su madre , que llenar su vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo.

Acuérdate pues , que , despues de Dios, á nadie debes amar y honrar tanto como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligacion por medio de un mandamiento espreso ; pero aun cuando no lo hubiera mandado de este modo, bastaba para ejecutarlo saber que despues de Dios les debes la vida, que te han cuidado en la niñez , que te han llevado en sus brazos, han enjugado tus lágrimas, te han alimentado y criado , y que continúan en velar sobre tu educacion , destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras que te dan á entender que no puedes escederte en amarles , honrarles y obedecerles. Jesucristo mismo nos ha dado este ejemplo de filial obediencia. Siendo dueño de cielos y tierra, estando todo sujeto á su imperio, lo estaba él mismo, como nos dice el Evangelio , á José y á María su Madre , habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía , y únicamente ocupado en obedecerles.

Isaac habia dado ya en la antigua ley un ejemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre Abraham á un monte para sacrificarle, conforme á la orden que Dios le habia dado, el virtuoso hijo, luego que lo supo, se sujetó humildemente á su voluntad, y se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazón, hizo oír su voz á Abraham en el instante en que levantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla: y en premio de su fidelidad le prometió que derramaria sus bendiciones sobre Isaac; que le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serian bendecidas en uno de sus descendientes.

Así se complace Dios en recompensar la sumision de los hijos obedientes á sus padres; cuando al contrario, hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligacion. El ejemplo de Absalon, prueba demasiado esta verdad. Este ingrato hijo llegó á tal extremo de indocilidad y de rebelion, que tomó las armas contra su padre con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designios con las tropas que le

quedaron fieles, recomendando con todo al general de su ejército que cuidase de conservar la vida á Absalon, en caso que se consiguiese alguna ventaja contra él; chocaron ambos ejércitos y el de Absalon, aunque mas numeroso, fue derrotado enteramente: el mismo jóven Príncipe se vió obligado á ponerse en salvo; pero al pasar montado en una velocísima mula por debajo de un roble muy frondoso, su cabello, que era sumamente largo, se enredó en las ramas: y siguiendo la mula adelante quedó colgado de ellas, hasta que Joab, á pesar de las órdenes de David, le atravesó con tres dardos el corazon, habiendo sin duda permitido Dios esta desobediencia del general para castigar la rebelion y la ingratitud del malvado hijo.

Por aqui podrás conocer, amado Teótimo, cuan culpado es el hijo que desobedece á sus padres, y con cuánto horror has de mirar semejante conducta; pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que puede ser contrario al respeto que merecen; tal fué el delito de Cham, y el origen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del ejemplo de sus hermanos, que se portaron con el mas profundo respeto; pero no quedó impune su delito, porque habiendo sabido Noé, luego que

despertó, lo que había sucedido, fulminó las mas terribles maldiciones contra el temerario Cham, pronosticando que arrastraría siempre á los pies de sus hermanos; y por el contrario bendijo para siempre á Sem y á Japhet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noé. Cham arrastró una vida miserable, oprimido de desgracias, que se extendieron á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida, y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Parece que Dios continúa en el dia en guardar la misma conducta con los hombres. Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios, al contrario, parece que se complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura, pues, conseguir la por medio de una conducta digna de un buen hijo, y ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algun modo al que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Pero no basta obedecerlos y respetarlos, ademas es preciso amarlos tierna y sinceramente, evitar en consecuencia lo que puede desagradarlos, tirar á complacerlos, consolarlos en sus aflicciones y asistirlos en sus necesidades siempre que hayan menester socorro. Los gentiles mismos nos han dado los mas admirables ejemplos de este amor filial. Podrás conocerlo por este rasgo que se halla en la historia del Japon, en el cual, prescindiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una muger quedó viuda con tres hijos varones, y no tenia otro socorro que el que ellos la suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras, y viendo estos jóvenes que, ó por falta de ocasion, ó por no haberse hecho desde pequeños al trabajo, no ganaban lo suficiente, tomaron la mas estraña resolucion. Se habia publicado poco hacia un edicto, declarando que cualquiera que prendiese á un ladron, y lo presentase al Magistrado, se le daría una suma considerable. Los tres hermanos, aun mas afligidos de la miseria de su madre, que de la suya propia, convinieron entre sí que uno de los tres haria el papel de ladron, y que los otros dos le presentarian al Juez. Echan suertes para ver cual de ellos ha de ser víctima del amor filial; cae sobre el

mas jóven, que se deja atar y llevar como un delincuente; tómasese declaracion; confiesa que ha robado; condúcese inmediatamente á la cárcel, y reciben sus hermanos la prometida suma: éstos, antes de volver á su casa, hallan medio para entrar á verle en la prision, y creyendo estar solos comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de separarse de él. El Magistrado, que por casualidad estaba en paraje de donde sin ser visto era testigo del lance, se admira estraordinariamente de ver á un delincuente tan estrechamente unido con los que le habian entregado á la justicia; llama inmediatamente á uno de sus dependientes; le dá orden de que siga á los dos delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no los pierda de vista hasta que esté completamente instruido de todo lo necesario para descifrar un suceso tan estraordinario como el que acababa de presenciar. El ministro obedece puntualmente; y hechas todas las diligencias que se le habian mandado, vuelve á decir á su superior, que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa, y acercándose á escuchar les habia oido contar á su madre todo lo que acabo de decir, que la pobre muger al oír esta noticia, prorumpiendo en las mas lastimosas quejas, habia dicho á sus

hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido, porque mas queria morirse de hambre que conservar la vida á costa de la de su hijo. El Juez mas admirado al oír esta narracion, manda venir al preso, le toma nueva declaracion sobre los supuestos robos, y le hace varias preguntas, para ver si se corta en alguna. Viendo en fin que todas sus respuestas concordaban perfectamente, y que era inútil su industria, le declara lo que sabe y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas le oye la verdad, cuando pasa á hacer relacion de todo al Emperador, que, admirado de tan heróica accion, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al mas jóven mil y quinientos escudos de renta anual, y quinientos á cada uno de los otros.

El pasaje que voy á contar no es menos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil que dividió á los romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio, y el hijo se declaró por Augusto; habiendo vencido este al primero en la batalla de Actium, Metelo fue hecho prisionero con otros muchos y presentado con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas

de la guerra y con las incomodidades de su prision, que apenas parecia el mismo; pero su hijo no le desconoció: apenas le vió, se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro; y temiendo que Augusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: *Señor, aqui teneis mi padre á vuestros pies; convengo desde luego en que ha merecido vuestra indignacion por haber tomado las armas contra vos; pero tambien sabeis que por mi parte merezco algun premio por haber seguido fielmente vuestras banderas; dignaos, pues, de concederme la gracia que voy á pedir. No pretendo que dejeis de satisfacer vuestra venganza, ni que quede impune su delito, lo único que os suplico es que deis á mi padre el premio que á mi se me debe, y que me hagais sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que habia de padecer.* No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo; porque Augusto enternecido del amor que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Meleto, inmediatamente le perdonó y le concedió la libertad.

Podiera traer aqui otros muchos sucesos semejantes de que hace mencion la historia; pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que seria cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cum-

plimiento de tan sagrada obligacion; pues que ademas de la voz de la naturaleza que nos habla como á ellos, tenemos el mandamiento espreso de Dios, que nos obliga á honrar á los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias que te veas precisado á esponer tu vida para conservar la de tus padres, como los generosos hijos de que acabamos de hablar, y por lo mismo no trato de esto; lo que quiero de tí es que les obedezcas prontamente; que oigas sus consejos con entera docilidad; que jamás les hables sino con un profundo respeto; que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del jóven Príncipe que perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamás llorará bastantemente. Se resistia un dia á hacer una cosa que se le mandaba; y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaria quizá al Delfin su padre, bastó esto solo para que venciese su repugnancia y exclamase al instante, *que papá no se enfude, que no se enfude, que yo haré todo lo que quieran.*

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falta al respeto, á la obediencia y al amor que debe á los que le

han dado el ser, no merece el título de cristiano ni el de hombre, debe ser mirado como un aborrecible mónstruo, indigno de vivir entre los hombres.

CAPITULO VII.

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON
AQUELLOS QUE ESTAN ENCARGADOS DE SU
EDUCACION.

Las obligaciones de un discípulo para con los que están encargados de su educacion, son, á poca diferencia las mismas que las de un hijo respecto de sus padres, pues el maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenia Alejandro á su preceptor Aristóteles: decia muchas veces que no debía menos á este que á Filipo su padre; pues que si este le habia dado la vida, Aristóteles le habia enseñado á usar bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Ciceron de su maestro Cratipo. *Sabe, escribia á uno de sus amigos, que profeso á Cratipo el mi-mo amor que un hijo á su padre: no solo tengo el mayor gusto de oirle hablar*

en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él, y paso muchas veces dias y noches en su compañía.

Con esta misma disposicion debes, oh amado Teótimo, mirar á tus maestros. Has de considerarlos como tus bienhechores, y profesarlos el amor mas sincero y el mas vivo reconocimiento: sería preciso no tener corazon, ó tenerle perverso, para faltar á esta obligacion. La educacion es el mayor de todos los beneficios. Cuando salimos de manos de la naturaleza somos como un pedazo de jaspe en bruto y sin forma alguna; para hacernos tales cuales debemos ser, es menester que nos dirijan, que nos instruyan y que nos ilustren; del mismo modo que para hacer una hermosa estatua es preciso que trabajen y pulan el jaspe; y siendo asi que nuestros maestros son los que nos hacen esta buena obra, inspirándonos virtudes que dan forma á nuestro corazon, y comunicándonos conocimientos que ilustran nuestro entendimiento, ¿qué amor, qué reconocimiento no les debemos por tan importante beneficio? (El Emperador Marco Aurelio estaba tan penetrado de este agradecimiento, que se dejó llevar de él hasta un extremo muy reprehensible, como el de hacer colocar las estatuas de sus preceptores entre las de sus dioses, y sacrificar todos los

años víctimas sobre sus sepulcros. Hasta los mismos animales nos han dado muchas veces ejemplos del amor y del agradecimiento que debemos á nuestros maestros. Vióse en otro tiempo en Roma un leon hambriento acariciar y defender en el anfiteatro á un esclavo que habia sido sentenciado á ser devorado por las fieras. Preguntada por el Emperador, que estaba presente, la causa de un suceso tan extraordinario, declaró el esclavo que habiendo encontrado algunos años antes en un bosque de Africa á aquel leon, que entonces era jóven, estropeado, y que no podia andar sino arrastrando, á causa de tener una espina clavada en el pie, se determinó á sacársela, de cuyas resultas el animal le hizo mil caricias, y con ellas le obligó, hallándose como estaba fugitivo y sin recurso, á acompañarle á su cueva, en donde se alimentó algun tiempo con la caza que el leon traia: que despues cansado de aquella vida silvestre, se separó del animal y vino á parar al estado en que se hallaba: que el leon le habia conocido; y que esta era la razon de las caricias que le habia hecho y del amor con que le miraba. El Emperador enternecido dió vida y libertad al esclavo, y le regaló el leon.

¿Y qué es el beneficio hecho al leon en comparacion de los que recibes de tus maestros?

¿cuántas espinas y abrojos no arrancan de tu corazón? ¿qué diligencia omiten para alimentar tu entendimiento y tu voluntad con las mas saludables máximas? ¿no serías, pues, mas insensible que los mismos animales si correspondieses á sus beneficios con la indiferencia y la ingratitud? ¿si siguieses el ejemplo de tantos jóvenes, que apenas han acabado sus estudios cuando se precian de desconocer y muchas veces de despreciar á aquellos que no han perdonado cuidado ni fatiga para educarlos? ¿si hicieses, como ellos, uso de la lengua, que, por decirlo asi ellos han desatado para zaherirlos y despedazarlos? ¡Ah! si yo te creyera capaz de semejante vileza, no te miraria ya sino como á un infame, pues que no hay cosa mas indigna del hombre que la ingratitud, y sobre todo respecto de aquellos de quienes ha recibido un beneficio tan grande como el de la educacion.

Pero no: tengo demasiado buen concepto de tí para dar entrada á una sospecha tan injuriosa á tu corazón. Me contento solamente con precaverte contra una cosa que podria entibiar el amor y reconocimiento que debes profesar á tus maestros: esta es la severidad de que quizá se verán precisados á usar contigo, porque no hay cosa mas comun que el que una ligera reprension haga olvidar á los

niños los mayores favores, y que irritados de la justa severidad de sus maestros, los miren mas como á enemigos que como á bienhechores. Vé aqui una fábula que te dará á conocer cómo debes pensar en este punto, si alguna vez te hallas en semejante situacion.





FABULA VI.

LA VIÑA Y EL LABRADOR-



Cierto dia una viña se quejaba.
 Al labrador que en ella trabajaba,
 De que cortase sin reparo alguno
 Los vástagos que, lejos de servirla,
 Solo crecian para destruirla
 Y ocupar el terreno inútilmente.
 Llorábalos la pobre uno por uno
 Como á hijos malogrados; é impaciente
 Al labrador, volviéndose, decia:
 «¿Por qué conmigo usar tal tiranía?
 Si me estimas, si yo de tus sudores
 Soy objeto, ¿por qué de los mejores
 Renuevos de mis vástagos lozanos

Me despojan tus brazos inhumanos?
 Tú sin duda no me amas,
 Pues no haces de mis lágrimas aprecio.»
 El rústico prudente le responde:
 «¡Qué mal tu amarga queja corresponde
 A mi bondad! tú juzgas que esas ramas
 Corto yo por malicia ó por desprecio:
 Pues á esta operacion tan dolorosa
 Tú interés solo mi cuchillo guía:
 Si ese ramage inútil no cortase,
 Quedando al parecer bella y pomposa,
 Te hallarias extéril algun dia
 Sin poder producir frutos ni flores,
 Y expuesta á que tu dueño te arrancase;
 Cuando por el contrario, padeciendo
 Esos breves dolores
 Te encontrarás tan sana,
 Tan fértil y tan lozana,
 Que juzgarán que Baco por su mano
 A cuidarte y labrarte está atendiendo.»

En este símil tan sencillo y llano
 Ved, jóvenes, lo que hacen los maestros
 Que cuidan de educaros santamente:
 Si alguna vez, cual labradores diestros,
 Al parecer os tratan duramente,
 Sabed, si teneis juicio,
 Que es solo por haceros beneficio.

Sí, amado Teótimo: está siempre seguro
 de que la severidad de tus maestros no tiene
 otro origen que el celo con que miran tus

intereses. No se irritan contra ti, sino contra tus defectos; desean precaver los daños que esta mala semilla puede causarte en adelante si se deja arraigar en tu alma. Llegará día en que conozcas cuánta razón tenían para obrar de este modo; en lugar de estar enconado con ellos, no podrás menos de manifestarles tu agradecimiento del mismo modo que el enfermo cuyo suceso voy á contar.

FABULA VII.

EL ENFERMO Y EL CIRUJANO.

Un sugeto tenia

Una úlcera cruel que le causaba
Los mas vivos dolores: cada dia
Emplastos á montones se aplicaba,
Ya el blanco, ya el rosado y amarillo:
No hubo por fin unguento
Que no experimentase, mas en vano:
El mal de cada instante iba en aumento;
Se vió al cabo obligado el pobrecillo
A llamar á un famoso cirujano
Para que, como en viña vendimiada,
Se metiese á cortar carne dañada,

Y le apartase de la Estigia (1) orilla:
Llega nuestro hombre armado de cuchilla
Corba, de bisturís y de tigras;
Hace atar al paciente
Para que no se mueva; y preparado,
Cual si mondase peras,
Empieza á mondar carne á cada lado:
Al principio resiste firmemente
Al dolor; mas despues que hubo llegado
A cortar en lo vivo se enfurece;
Y mirando con vista encarnizada
Al maestro, le llena de baldones
Llamándole verdugo carnicero
Y asesino cruel; jura y ofrece
Tenerle ódio mortal: la comenzada
Curacion, despreciando sus razones
Sigue el buen operario muy lijero:
Acaba en fin, le venda: y ordenado
El método á que habia de arreglarse
Hasta estar totalmente mejorado,
Se despide, el enfermo brevemente
Cobra mas fuerzas, y al octavo dia
Se ve en estado ya de levantarse:
Pónesele su bienhechor en frente;
Y le dice: «aquí tiene usted al tirano

(1) *Los poetas suponian que habia en los infiernos una negra laguna llamada Estigia, á cuyas orillas pasaban las almas de los que morian; y asi esta frase de nuestra fábula equivale á decir le apartase de la muerte.*

Asesino que tanto aborrecía.
 Esta es la impía mano
 Que á usted atormentó tan duramente;
 Ahora puede vengarse fácilmente.»
 «¡Qué venganza! Por mucho que yo hiciera,
 Dice el convaleciente agradecido,
 No era posible que correspondiera
 Al singular favor que á usted he debido,
 Usted es mi tierno amigo, y solo siento
 Los injustos baldotes
 Que dije en fuerza del dolor violento
 Que delirar me hacía:
 Si atendiendo á mis quejas infundadas
 Se hubiera usted andado en compases,
 En este instante ya pasado habria
 De Acheronte (1) las aguas enlutadas.
 Debo á usted en fin la vida,
 Y esta deuda preciosa en mi memoria
 Eternamente quedará exculpida.»
 Le abraza al decir esto cariñoso,
 Y premia sus fatigas generoso.

Jóvenes, aprender en esta historia
 Lo que debeis vosotros á un celoso
 Maestro. Si cumpliendo con su oficio
 Vuestros deseos corta, y os maltrata,

(1) *Acheronte, rio tambien del infierno segun los poetas. La expresion en que se nombra, quiere decir, que se hubiera muerto á no ser por la firmeza del cirujano.*

Os llenais de furor; mas algun dia
 Del prudente rigor con que ahora os trata,
 Como del mas insigne beneficio,
 Le dareis gracias llenos de alegría.

No creas, amado Teótimo, que te engaño con suposiciones. La experiencia demuestra todos los dias lo que te acabo de decir. Vemos regularmente que aquellos que han sido tratados con mas rigor durante su niñez, son los que manifiestan mas agradecimiento á sus maestros, porque conocen que les deben tanto mas amor, quanto con mas severidad han corregido sus defectos. Preguntándole un dia al jóven duque de Borgoña á cual de sus tres ayudas de cámara queria mas, respondió: *á Fulano, porque nada me disimulaba durante mi niñez, é inmediatamente daba cuenta de qualquiera falta mia para que me corrigiesen.* Acostúmbrate, pues, á ejemplo de este príncipe, á amar á los que procuran tu enmienda, aunque algunas veces te incomoden. Por lo regular son mas saludables las correcciones que las caricias y lisonjas. La condescendencia solo sirve para fomentar y perpetuar defectos que una prudente severidad destruiria. Esta verdad nos enseña la siguiente fábula.

FABULA VIII.

EL NIÑO ENFERMO.

Un chico de su madre idolatrado,
 Y por tanto un si es no es voluntarioso,
 Con motivo de fiesta salió un día
 Del encierro en que Apolo (1) le tenia.
 Pasólo con su madre tan mimado,
 Que al remolon se le hizo muy penoso
 El volverse tan pronto á su colegio.
 Faltábale pretesto, y al instante
 Se halló en la faltriquera
 Una de aquellas indisposiciones
 Que suele padecer por privilegio,
 Para no trabajar Juan Estudiante.
 De marchar llega la hora lastimera;
 Pierde el color, pondera desazones
 En todo el cuerpo; muelas y costado
 Le duelen, y aun se siente incomodado
 Del bazo. ¿El bazo á mas? ¡Ay pobrecito!
 Aunque traga los platos con la vista
 Se queja que ha perdido el apetito:
 La pobre madre acongojada y lista

(1) Apolo, segun la fábula, era el dios de las ciencias, y así quiere decir esta espresion, que salió del colegio en que estudiaba.

Sus lágrimas enjuga y prontamente
 Manda venir los médicos á pares:
 Cada Galeno (1) acude diligente,
 Armado de recetas singulares,
 Para el lance cruel, la madre tierna
 Les hace una patética pintura
 De aquella horrible enfermedad interna;
 Le pulsan, y aunque no hallan calentura,
 Fruncen las cejas, hílanse los sesos.
 Hablando largamente
 Del mal, de sus principios y progresos;
 Y despues de un exámen diligente,
 Convienen en que debe manejarse
 Con tiento, y que el enfermo ha de purgarse:
 Nuestro tuno al oler la fastidiosa
 Diabólica pocion que le revuelve
 Las tripas, de otro lado se les vuelve,
 Grita, se desespera y se lamenta:
 La madre á que la tóme cuidadosa
 Le persuade y alienta:
 Mas viendo que el bribon se niega á todo,
 Hace traer de dulces y vizcochos
 Un azafate, á ver si de este modo
 Puede vencerle del pillo al ver los chochos
 Se anima un poco; se los va zampando,
 Y al paso que los come mejorando:

(1) Galeno fué un famoso médico romano; y se dá aqui por ironía su nombre á los médicos; cuya imprudente conducta y ninguna ciencia resultan del contesto de la fábula.

Se lo dice á su madre que orgullosa
Al ver de esta receta prodigiosa
La eficacia divina,
Luego envia á escardar la medicina:
Arroja alegre la bebida amarga,
Y al chiquillo de dulces lo rellena;
El picaron se rió á boca llena
De la buena mamá tan engañada;
Y la sabrosa enfermedad alargá;
Nunca hubiera llegado á ser curada,
Si el padre que era un viejo marrullero,
Y con sus hijos nada zalamero,
No hubiera por fortuna aparecido,
Vé, examina al paciente, y en la cara
Conoce luego la enfermedad rara,
Que en español se llama picardía:
De semejantes chanzas mal sufrido:
»Señorito, le dice, salga usía
De esa cama al instante, y á la escuela
Marche sin detenerse, si no quiere
Que le quede señal mientras viviere.»
El señorito calla y obedece,
Aunque allá dentro se condena y vuela,
Al ver que á lo mejor se desvanece
Su sistema tambien imaginado:
No tardó mucho el holgazan taimado
En cansarse de temas y lecciones,
Y en suspirar los dulces y roscónes:
Vuélvele á dar el accidente fiero;
Toma el padre el partido
De apartar á la madre de la cama
De nuestro enfermo, y en su lugar llama

Un preceptor austéro,
Que haga dar á aquel hijo tan querido,
No dulces, sino caldo fastidioso,
Y alguna lavativa
Para que no ande el vientre perezoso:
En fin le hace guardar dieta severa.
Viendo el enfermo que de veras iba
La fiesta, hace mudanza, se remedia
El terrible accidente, salta fuera
De la cama molido y fastidiado
De verse muerto de hambre y jaropeado,
Y dá fin renegando á la comedia.
Quedó la madre muy bien enterada
De que, si la bondad es demasiada,
Del ánimo los males acrecienta,
Y que un rigor prudente los ahuyenta.



CAPITULO VIII.

DE LA DOCILIDAD.

No basta, amado Teótimo, tener respeto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educacion; es preciso además ser dócil á sus consejos é instrucciones; la docilidad debe considerarse como la principal obligacion de los discípulos para con sus maestros: estos son tus guías, y así te has de dejar gobernar por ellos. Sus luces son superiores á las tuyas; por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado, ha sido para que les obedezcas en un todo; y así faltarias á la sumision que debes á aquellos si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuán justa y razonable es tu docilidad para con los que están encargados de tu enseñanza. El jóven duque de Borgoña estaba bien persuadido de esta verdad, aunque elevado por su nacimiento á una clase que parece le dispensaba de la regular docilidad que deben

tener los demas niños con sus maestros. Sucedió un dia, que en el calor de una disputa contradijo á su ayó, y aun se le escapó decirle: *veremos quién de los dos tendrá razon; pero reflexionando en el instante que esta espresion era contraria á la obediencia y docilidad que le debia, añadió inmediatamente: sin duda será usted; porque es usted mas racional que yo.*

Los discipulos de Pitágoras no se preciaban menos de su docilidad: Miraban todas sus palabras como oráculos de que no les era lícito dudar; y cuando alguno queria oponerse á sus máximas, no le daban otra respuesta que esta: *El maestro lo ha dicho: Magister dixit.* Sería de desear que todos los niños usasen en el dia de la misma espresion; pero están muy lejos de tal docilidad para con sus maestros. En lugar de este racional obsequio, no se vé en la mayor parte de ellos sino murmuraciones, desobediencias y rebeldías. Basta muchas veces que se les mande una cosa para que se empeñen en no hacerla. ¿Y nos admiraremos despues de que adelanten tan poco en las ciencias y en la virtud?

¿Qué dirias de un caminante que, tomando un guia para dirigirle en su viaje, se obstinase en no tomar el camino que se le señalaba, y se metiese siguiendo su propio capricho por sendas desconocidas? Sin duda le tendrias por

un insensato, que precisamente se habia de perder sin poder llegar jamás al término que se proponia. Pues este caminante es viva imágen de un niño indócil, que sin atender á los prudentes consejos de sus maestros, quiere guiarse solo por su capricho, y seguir en todo su propia voluntad. ¿Y se podrá esperar de tales antecedentes que consiga una buena educacion? El por sí es incapaz de gobernarse á sí mismo, por otra parte no quiere dejarse dirigir por los que tienen mas conocimientos y esperiencia que él; con que precisamente se ha de perder y ha de experimentar la funesta suerte de una mariposilla jóven, cuyo suceso te servirá de instruccion y te dará á conocer las tristes consecuencias de la indocilidad.





FABULA IX.

LA MARIPOSA JOVEN Y LA VIEJA.



Una mariposa vieja,
En el mundo muy curtida,
Porque no muriese asada,
A su hija la repetía:
»Huye esa engañosa llama,
Que parece que convida
Con su belleza, y destruye
A todo el que se le arrima:
Yo misma, por ser curiosa,
Acercándome atrevida,
Saqué, y aun fue gran fortuna
Estas alas consumidas.
Y si como otras, sin juicio,
Me descuidara en huirla,
Seguramente como ellas
Perdido hubiera la vida.»

Obedecerla promete
Amedrentada la niña;
Mas dentro de poco rato,
Hablando consigo misma,
Decía: »¿por qué mi madre
De tal modo me intimida
Para que esa luz no vea,
Cuyo brillo al mundo hechiza?
¡Qué resplandor tan hermoso!
¡Vaya que es cosa muy linda!
¿En verdad que son los viejos
Estremos de cobardía?
Les parece un elefante
Cualquier mosca pequeña,
Y un gigante todo enano,
Si fiamos en su vista.
¿Qué mal puede resultarme,
Por mas que cante la tia,
De acercarme con cautela?
¿Qué, soy yo alguna bobilla?
Con eso daré razon
A todas las demas chicas,
Sin aventurarme mucho,
De esas luces tan bonitas.»
Decir esto y acercarse
Fué todo una cosa misma:
Al rededor de la luz
La tonta mariposilla
Comenzó á revoletear;
Al principio no sentía
Mas que un calor agradable,
Esto mismo la incita

A que se fie, y gozosa
Cada vez mas se aproxima;
Hasta que al fin deslumbrada
Al dar una vuelta lista,
De aquella pérfida llama
Al centro se precipita,
Y sin poderse valer
Acaba su triste vida.

Tal pena el desobediente
Tiene muy bien merecida.

Acuérdate bien de esta leccion, amado Teótimo; y jamás dudes de que la indocilidad es siempre funesta á los niños que se niegan á las luces de sus guias para arreglar su conducta. Si no les arrastra en todas ocasiones á los mayores desórdenes, les impide cuando menos adelantar en las ciencias y cultivar su ingenio. Porque un niño que se está educando é instruyendo, es como un fogoso potro que se está domando. Aunque se ponga un animal de esta especie en manos del mas hábil picador, si se obstina en sacudir el freno, en empinarse, en retirarse y negarse á andar á la cuerda y hacer las demas evoluciones á que se le quiere sujetar, á pesar de todos los sudores del picador, jamás servirá para cosa alguna. Espárzase la mejor simiente en un campo fértil; si la tierra no la recibe en su

interior; si no se pone cuidado en cubrirla para que fermente y nazca será eternamente inútil, y el campo no producirá fruto alguno. Puede, pues, aplicarse lo que digo de este campo á cualquier niño indócil. En vano se esparcen en su ánimo las semillas de la ciencia y de la virtud; en vano se le dan las mas saludables instrucciones; si no coopera con su docilidad á los cuidados de sus maestros, serán vanas é inútiles sus fatigas, y totalmente infructuosa su enseñanza. ¿Quiéres ver otro simil que te dé á conocer mejor la importancia de la docilidad? Toma un pedazo de hierro, mira si lo puedes ablandar; y verás como no lo consigues: su dureza superior á tus fuerzas, opondrá un obstáculo invencible á tus deseos. Toma al contrario un poco de barro ó de cera, verás con qué facilidad lo ablandas y formas cualquiera figura. ¿Y en qué consiste esta diferencia? En que ha de consistir, sino en que la cera es dócil á todas las impresiones que se la dan, y el hierro al contrario inflexible: por esta razon con este metal nada podrás hacer, y con la cera harás todo lo que te ocurra. Es tan clara la aplicacion de este simil que no necesita de indicarse. Ya conocerás que el hierro representa al muchacho indócil, y la cera al que es obediente. De esta misma comparacion se valió

en otro tiempo un prudente maestro para re-
prender la desobediencia de su discípulo. Vé
aquí el suceso.

FABULA X.

EL MAESTRO Y EL DISCIPULO.



Cierto chiquillo indócil y travieso
Del griego y del latin poco cuidaba,
Pero sí de enredar, cuando se hallaba
En el aula, en lugar de estar atento
A la leccion, formando con gran seso,
Para no estar ocioso,
Mil figuras, mil titeres con cera,
Nota el divertimiento
El maestro, que en la escuela un Argos era;
Le riñe ásperamente: él con reposo
Oye el sermon, que le entra por un oido,
Y por el otro sale en el instante;
Vuelve á su cera el inmediato dia,
Y vuelta á predicar; mas él constante
Su fábrica de monos proseguía
A pesar de castigos y sermones:
Viendo el maestro que arrojaba al viento
Sus zurras y razones,
De otro modo pensó tomar el tiento
Al tozudo muchacho: unas barritas

De hierro recogió, y cierta mañana
Cuando el tuno labraba con mas gana
De cera las famosas figuritas:

»Vaya, le dice, que eres industrioso,
Lástima es que no seas mas juicioso;
Siquiera, si esos títeres hicieras
Con este hierro, en mi concepto fueras
Hombre útil, y jamás te reñiria
Por malgastar el tiempo inútilmente,
Como en la cera, que éso es niñería.»

»¿No vé usted, le responde prontamente,
Que eso me es imposible?

La cera es blanda y á las manos cede,
Cuando al contrario, el hierro es inflexible;
Ablándemele usted si acaso puede
Como la cera, y quedará servido.»

»Muy bien te esplicas, replicó el maestro,
Deseoso de verle corregido;

Hablas como hombre en la materia diestro:
Pues con todo, á pesar de la dureza
Que el hierro tiene por naturaleza,

Se labra, mas no hay fuerza que consiga
Dar forma alguna al ánimo obstinado

De un niño á sus violentos
Caprichos entregado;

Y asi, si quieres que útilmente siga
En pulir tus costumbres y talentos,

En adelante sé para conmigo
Blando como la cera lo es contigo.

No menos que al tal niño se dirige á tí esta
lección, oh amado Teótimo: aprovéchate de

ella, y guárdate de imitar la conducta de aquellos muchachos indóciles, que parece que no tienen mayor gusto que el de oponerse en todo á la voluntad de sus maestros, sin que las amonestaciones y castigos puedan hacerles ceder. No hay cosa mas odiosa que esta especie de rebeldía, pues es señal característica de un entendimiento zurdo, de un mal corazon y de un carácter obstinado é inflexible. Debe perdonarse fácilmente una inadvertencia, un pronto, un primer movimiento; pero no una indocilidad continuada. Cualquiera niño que persevera en su rebeldía, es reputado por indigno de todo cuidado y abandonado á su perverso carácter: cuando al contrario, nadie puede dejar de querer á un niño dócil; todo el mundo se deleita en instruirle y se esmera en atenderle; porque vé que las lecciones que se le dan, semejantes á la simiente que cae en buena tierra, producirán ciento por uno.

Mira, pues, como una de tus principales obligaciones el acomodarte al dictámen de tus maestros en todo lo tocante á tus estudios y conducta. Ponte en sus manos como el barro en las del artifice que le hace tomar las figuras que quiere. A los principios te costará dificultad; pero quedarás bien pagado de la violencia que te hagas por las ventajas que saca-

rás de tu docilidad; esto es, por el amor y la estimacion de tus maestros; por la satisfaccion de tus padres, y por los progresos que harás en las ciencias y en el camino de la virtud; ademas que esta sujecion no ha de durar siempre. Llegará tiempo en que gozarás de la libertad, sin estar espuesto á abusar de ella. Pero por ahora es absolutamente preciso que estés sujeto á la autoridad de las sabias personas que están encargadas de tu educacion. Si estuvieses entregado á tí mismo, te dejarias arrastrar infaliblemente de tus deseos, y llegarías á conocer, aunque tarde, que la libertad era para tí mil veces mas funesta que la suave sujecion en que vives. Te daré á conocer mejor esta verdad por medio de la siguiente fábula que dará fin al capítulo.

FABULA XI.

EL CANARIO.

Prisionero se hallaba
 Un canario pulido,
 Y aunque en dorada cárcel,
 Lloraba el pobrecito

Su libertad perdida
Sin servirle de alivio,
De su ama enamorada
Las fiestas y los mimos.

En vano le repite,
Que en aquel dulce nido
Está libre del fiero
Gavilan enemigo;

Le fastidia el azucar;
Le cansa el organillo
Destinado á enseñarle,
Emulo de sus trinos:

Las olorosas flores,
Romeros y tomillos
Con que su jaula adornan
Por verle divertido,

Sirven solo de cebo
A su corazoncito,
Para tener del campo
Deseos aun mas vivos.

En su lengua decía
El simple pajarillo:
¿Qué aprovechan adornos
A un infeliz cautivo?

La libertad deseo,
La realidad suspiro,
No apariencias, que sirven
Solo á dorar los grillos.

Cuando así discurría,
Le trae un bizcochito
Su cariñosa dueña;
Mas, por fatal olvido,

De la prision la puerta
 Deja sin el pestillo:
 Apenas la ve ausente
 El pájaro atrevido,
 Cuando sin acordarse
 De los tiernos cariños
 Y regalos de su ama,
 Ni de sus beneficios,
 Sin despedirse vuela
 Por los aires muy listo
 Muy gozoso de verse
 Dueño de su alvedrío.
 Sobre un tejado forma
 Proyectos los mas lindos,
 Cuenta vivir dichoso
 Lleno de regocijo;
 Mas cuenta sin un gato
 Que le acecha escondido,
 Y con uñas crueles
 Da fin á sus delirios.

Desconfiemos siempre
 Del gustoso atractivo
 Con que suele la falsa
 Libertad seducirnos.
 La sujecion prudente,
 Lejos de hacer perjuicio
 Al hombre, le liberta
 De riesgos infinitos.

CAPITULO IX.

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON
SUS IGUALES.

Despues de tus padres y maestros, tus compañeros é iguales son los que tienen mas conexion contigo, y te importa mucho lograr su amor y estimacion, pues de esto depende tu quietud y la felicidad de tu vida. Es cosa muy desagradable el verse continuamente expuesto á las burlas y desprecios de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; y esto te sucederia si no tuvieses cuidado de arreglar tu conducta para con tus iguales; y de evitar ciertos defectos que te atraerian su aborrecimiento y desprecio. Todos estos defectos pueden reducirse á tres puntos principales, que son, por decirlo asi, las fuentes de donde nacen todas las enemistades y disensiones que reinan entre los niños.

El primero es la soberbia, que hace que nos estimemos mas que á los otros, y que los miremos con desprecio; y por lo regular se funda en atribuirnos ó mas talento, ó mas ilustre cuna. No puedo ponderarte, amado

Teótimo, cuán contrario es semejante modo de pensar á los principios de nuestra sagrada Religion, que no nos encarga otra cosa con mas cuidado, que el que nos miremos todos como hermanos, y no puedes concebir cuán aborrecibles nos hace para con nuestros compañeros. Yo mismo fui testigo de un lance bien extraordinario, acaecido por esta causa en un colegio en que me hallaba. Entre los demás niños habia allí uno tanpreciado de su noble nacimiento, que no sabia hablar de otra cosa. Esta vanidad empezó á indisponer contra él á todos los que le trataban; con todo, á los principios se atribuia á atolondramiento y á tontería mas que á soberbia, y no se le hacia caso; pero llegó á esplicarse en cierta ocasion con tal altanería, que alborotó contra él todos los compañeros. Estando en la hora de recreacion con uno de sus condiscípulos de nacimiento inferior, contándose éste por igual suyo, cuando menos en la calidad de colegial, que les era á todos comun, le habló y le trató con la misma familiaridad que á los demás; pero nuestro altivo niño, creyendo que le faltaba al respeto debido, se puso muy serio, y en tono soberbio é imperioso se volvió á él y le dijo: *¿Cómo te atreves á hablarme asi? ¿no sabes que soy Marqués?* No fué menester mas para hacerle la fábula del colegio. Inmediata-

mente le rodearon todos, y haciéndole por burla las mas profundas cortesías, le molieron con los títulos de noble y de Marqués. No acabó con esto la escena. Cualquiera de ellos que le encontraba, repetía á cada paso la misma ceremonia. No le trataban sino de señor Marqués. Llegó en fin la cosa á tal estremo, que no pudiendo ya sufrir las malignas y saladas burlas que llovian sobre él, se vió obligado á salir del colegio, y á aprender á costa suya, que la soberbia y la vanidad, al paso que nos hacen desear mas la estimacion, nos atraen el desprecio y el vilipendio.

Huye, pues, cuidadosamente de insultar á los demas con la menor apariencia de vanidad ó desprecio. Por mas que le seas superior en nacimiento y en talento, jamás des á conocer en tus conversaciones ni en tus modales que te prefieres á ellos. Sé con todos afable, humano y amigo de complacer. Esmerate en servirles cuándo llegue la ocasion, y evita cuidadosamente cualquiera cosa que pueda darles que sentir. Por este medio conseguirás su estimacion y afecto; por el contrario, si no ven en tí otra cosa que indiferencia y desprecio, te pagarán infaliblemente en la misma moneda, y no tendrán otro gusto que el de abultar malignamente tus faltas y humillar tu vanidad con las mas amargas burlas.

FABULA XII.

LA ABEJA Y LA MARIPOSA.



La vanidad de todos es odiosa,
Pero principalmente
En el humano trato es enfadosa.
Cierta especie de gente,
Que aunque de humildes padres procreada,
Viéndose con carrozas y dineros
Mira á todos con ceño y con desprecio,
Y en la calle no cabe á puro hinchada;
El mundo malicioso al ver tal necio,
Se acuerda que algun tiempo andubo en cueros.
Y á carcajadas rie
A las barbas del mismo que se engríe.
Asi le sucedió á una mariposa
De un oscuro capullo prisionera,
Que apenas se vió fuera,
Y el mundo nuevo examinó curiosa,
Cuando todos los otros animales
Que á su vista se ofrecen,
En gracia y en belleza le parecen
A su linda persona desiguales;
Y asi pondera ufana sus primores:
»No siendo ciego, ¿Quién compararía
Su hermosura á la mia?
¡Estos vivos colores,
Estas alas soberbias, afelpadas,

De azul celeste y oro matizadas!
¡Vaya que soy prodigio de belleza!
A esa abeja preciada de industriosa
¿Qué adorno concedió naturaleza?
Pues la mosca tan negra y asquerosa....
Y este animal tan lánguido y tan fiero,
Ese mosquito.... ¿pueden compararse
De cien leguas á mí? ¡Talle grosero,
Mal color, estrambótica figura!
Vaya, grima me dan: fuera locura
Que conmigo pensaran igualarse,
Las flores mismas quedan muy distantes;
De mis colores vivos y brillantes;
Y si á ellas llego, llenas de alegría
Sus perfumes me ofrecen á porfía.»
Así hablaba madama ventolera,
Cuando una buena abeja
Le dice estas razones á la oreja:
«Todos reconocemos, señorita,
Que es usted la primera
En belleza: mas deje usted ese vano
Orgullo: acuérdesese que era gusano
Poco hace, y no tendrá tanta pepita.
Antes de tomar vuelo,
Al meterse en el sucio cucurucho
Era usted un avechucho
Como éste que ahora arrastra por el suelo....»

El segundo defecto que debes evitar es, el de hacer el oficio de delator y soplón de las faltas de la conducta de tus condiscípulos.

Acostumbra á pintarse la discordia bajo del emblema de una furia, con un tizon encendido en la mano y la cabeza poblada, en lugar de cabellos, de una multitud de culebras que vomitan á todos lados el veneno del ódio. No hay retrato mas propio de un soplón. Solo sirve para sembrar en todos los corazones la disension y la enemistad. Sus delaciones son un abundante manantial de desazones y quimeras; y lo que mas particular es, que dañando á los otros se daña á sí mismo, porque no hay cosa que haga mas odioso á un niño que semejante oficio. Todos los demas le miran como á un embrollon, y á porfia huyen de él y le desprecian. No quiero decir con esto, que cuando los que tienen autoridad sobre tí te examinen secretamente acerca de algunas faltas que puedas haber observado en los otros, y sean capaces de contagiar el aula ó el colegio, dejes de declararles la verdad; pues en tal caso estás obligado á hablar, aun antes que te se pregunte, para precaver en cuanto esté de tu parte el daño; pero aun en estas mismas ocasiones has de ser sumamente circunspecto, y no has de decir mas que lo que sepas con entera certidumbre. Evita cuidadosamente el escudriñar los defectos ajenos, contentándote con conocer y corregir los tuyos.

Como al prógimo nunca nos miramos:
Dos alforjas nos dió naturaleza
A todos los que de hombres nos preciamos;
Y es tal nuestra destreza,
Que las faltas del prógimo llevamos
A la vista en la alforja delantera,
Pero las nuestras siempre en la trasera.

Esto es, que muchas veces notamos y reprehendemos en los otros faltas que no vemos en nosotros mismos, aunque nos afeen igualmente que á ellos. El pasaje siguiente de que me acuerdo, servirá de confirmacion á esta verdad.

FABULA XIII.

pa
ya **LOS DOS HOMBRES FEOS.**

Cierto dia en un corrillo
Con teson se disputaba
Sobre prendas corporales
Sobre presencia bizarra:
Alli por casualidad
Dos hombres feos se hallaban,
Cuyas faltas en la historia
Nos han quedado archivadas;
Color de tabaco de hoja,

Narices grandes y chatas,
El pelo rojo y muy claro,
Las bocas desaforadas;
A estos rasgos de belleza,
Ojos de gato agregaban
Y unas barbillas de vieja;
Tales eran las dos fachas.
El uno de ellos juicioso
Reconocía sus faltas
Buenamente: mas el otro
De buen mozo se preciaba;
Por hermoso se tenía,
(En nuestros tiempos no es rara
Esta escasez de razon)
Aunque un Esopo (1) en la traza;
Pero era lo mas gracioso,
Que á su pobre camarada,
Como si él fuera un Adonis,
Sin cesar se le burlaba:
»¡Qué semblante tan gracioso!
Le decia, ¡qué gallarda
Presencia! Es lástima, cierto,
Que no le lleven en andas:
Si alguno le recogiera
Y al público le enseñara
Por dinero, como el oso,

(1) *Esopo fué un hombre muy feo, pero muy entendido y discreto, que escribió varias fábulas muy ingeniosas muchos siglos antes de la venida de Cristo.*

Presto se hiciera de plata,
Asi sin vergüenza alguna
Nuestro buen fisgon zumbaba
Al otro, que sin decirle
La mas mínima palabra,
Marcha á traerle un espejo,
Y delante se lo planta,
Obligándole á mirarse
Aquella espantosa cara,
Diciendo: »Aquí tiene usted
Respuesta á todas sus chanzas:
Mírese usted sin pasion,
Y sabrá esta verdad clara;
Que si sus propios defectos
Viera usted al poner tachas
A los demas, para siempre
De conversacion mudára.»

El tercer defecto de que debo precaverte es el de impaciencia y la cólera. A cada paso se hacen niños que nada pueden sufrir. La menor palabra los irrita y les hace prorumpir en quejas y disensiones. Semejantes al pedernal, al menor encuentro, á la menor disputa se encienden, y en lugar de chispas despiden injurias y desvergüenzas. El que se porta de este modo no conoce bien su propio interés. Esta conducta daña mas á un muchacho, que cualquiera otra cosa que pudiese hacerse ó decirse contra él. Con ella desacredita su genio, é induce mas y mas á sus com-

pañeros para que le inquieten. Ya habrás reparado que por lo regular todo el mundo se divierte en burlarse con mas empeño de aquellos que tienen poco sufrimiento, ó como suele decirse, poca correa; y que basta muchas veces que un niño se resienta de algunos mo-
 tes ó zumbas, para que los otros le hostiguen continuamente con ellos. Ten, pues, mucho cuidado, amado Teótimo, en este particular; aguanta las zumbas y chocarrerías de los demas con semblante risuño que dé á conocer que entiendes de chanzas. Si lo haces así, en breve impondrás silencio á los burlones, y serás el objeto de su estimacion y cariño; y por el contrario, si te impacientas y enfadas, les darás pie para que te persigan de muerte.





FABULA XIV.

EL PERRITO Y SUS COMPAÑEROS.

Un perrito de lanas adornado
Blancas y negras, fino, acariciado
De un amo noble y sabio, en quien se unia
El trato amable á la filosofía,
De tamaña fortuna envanecido,
Turquillo, que así el perro se llamaba,
Segun cuenta el autor de nuestra historia,
Un dia que hizo cierta escapatoria,
Se presentó en la calle tan erguido
Y tan hueco, que toda la ocupaba.
Los otros perros viendo á aquel ufano
Forastero que andaba á lo prusiano,
Se empiezan á burlar de su figura;
Poco á poco la turba le rodea;
Uno de ellos, con grande compostura,
La pata alza, y encima se le mea;
Otro muy grave se le pone al lado,
Le huele y le registra lentamente;
Aquel le empuja y gruñe, éste le ladra,
Alguno mas audaz le clava el diente.

A nuestro turco, poco acostumbrado
 A estas chanzas, ninguna de ellas cuadra,
 Y en lugar de soltar la carcajada,
 Les pone una carilla renegada;
 Hace en fin el tremendo desatino
 De querer resistir; mas el pobrete
 Entre todos le ponen en un brete;
 Sabe Dios como escapa, y á su casa
 A toda prisa vuelve muy mohino:
 Reflexiona despues lo que le pasa;
 Vé que ha estado imprudente,
 Y que entre aquella gente
 Era el mejor remedio acomodarse
 A las burlas, y nunca impacientarse:
 Lo hace asi, la primera vez que sale
 Los insultos aguanta con paciencia,
 Se rie, y no les hace resistencia,
 Esta conducta á los burlones todos
 Los pone de su parte; eso le vale,
 Dice Almanzor, que á todos gobernaba,
 Y en perruna prudencia aventajaba
 Cual digno presidente, «buenos modos
 Son los que aqui le sacarán ileso;
 Pero si nos viniese á hacer el tieso,
 De esas ligeras chanzas mal sufrido,
 Saldria bravamente corregido.»

Esta leccion confirma la esperiencia:
 Se han de llevar las burlas con paciencia;
 El que hace lo contrario es despreciado
 Y del racional trato desterrado.

Lo que se acaba de decir es mas importan.

te de lo que te parece, no solamente para ahora, sino para lo sucesivo. Te hallarás en mil ocasiones en que sea por divertirse, sea por experimentar tu genio, te darán zumba sobre algunos defectos reales ó supuestos: si no correspondes á estas chanzas con aquel tono risueño y aquella política que pide la buena crianza, te mirarán todos como un hombre mal educado; habrás de sufrir mil desaires en la sociedad, y quizá tu descortesía tendrá consecuencias mas funestas. No serás tu el primer jóven que se ha precipitado en las mayores desgracias por no haber sabido llevar la inocente chanza. Asi se perdió un jóven ilustre recien llegado á un regimiento. Envanecido de su nobleza y satisfecho de su pretendido mérito, no podia sufrir que se riesen ^{pa} él, y creía que todo el mundo debia resp^{ta}arle. Esto mismo alborotó mas y mas á los otros oficiales jóvenes contra él; cuanto mas sensible le veían á las zumbas, tanto mas le apretaban. El recien llegado no pudo contenerse; rompió al fin, sacó la espada, y fue muerto en un desafio, que ciertamente se hubiera ahorrado si hubiera sabido dominar su genio inflexible, y divertirse con los que le zumbaban. Este ejemplo te dará á conocer cuánto importa acostumbrarse con tiempo á reprimir los ímpetus de la impaciencia, y á

llevar sin resentimiento cualquiera chanza inocente.

CAPITULO X.

DE LA CIENCIA.

Son pocos los niños que conocen la importancia de la ciencia, y son pocos por consiguiente los que se aplican á adquirirla; porque si todos supiesen las grandes ventajas que trae consigo, no podrian menos de anhelarla con el mayor ardor.

La ciencia es para nuestra alma, lo que la luz para nuestros ojos. Nos ilumina y dirige en todos nuestros pasos. Nos dá á conocer los atractivos de la verdad, la hermosura de la naturaleza y la grandeza de su Criador. Cualquier hombre rodeado de oscuridad no distinguirá objeto alguno, no sabrá de donde viene ni á donde vá, y estará continuamente espuesto á dar las mas crueles caidas. Lo mismo sucede á un ignorante. Semejante de algun modo á aquellos ídolos sin alma, de los que dice el Profeta, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, ignoran las cosas mas senc-

llas, que para él son oscurísimos enigmas. Su ignorancia, como una espesa nube, ofusca y apaga todas las luces de su entendimiento, dejándole al nivel de los brutos que se gobiernan por un ciego instinto. Tal es á lo menos la idea que han tenido de la ignorancia la mayor parte de los filósofos.

Vino cierto día un padre de familias á verse con Aristipo, que era uno de los mayores filósofos de la Grecia, y le suplicó que admitiese á un hijo suyo en el número de sus discípulos, y le enseñase la filosofía y las letras humanas. Condescendió el filósofo; pero con la circunstancia de que le diesen por su trabajo cien talentos. El buen padre espantado de semejante suma, y demasiado avariento para pagar á tal precio la educación de su hijo, cuya importancia no conocía como debiera, le respondió: *menos me costaría comprar un esclavo. Pues cómpralo, le replicó Aristipo, y con eso tendrás dos.*

Otro sugeto que se hallaba en igual caso, preguntó al mismo filósofo, qué ventajas conseguiría su hijo del estudio de las ciencias. *El fruto que sacará, respondió Aristipo, será, que cuando asista á los juegos públicos no se verá en el puesto que ocupe una piedra sentada sobre otra piedra. ¿Y qué te parece que pretendió darnos á entender con estas dos respues-*

tas el sábio filósofo? Quiso darnos á conocer que un ignorante debe compararse á un vil esclavo, ó á una piedra. Hacia él mismo tanto aprecio de la ciencia, que habiéndosele preguntado qué diferencia hallaba entre los sábios y los ignorantes: *La misma*, respondió, *que entre los caballos domados y los indómitos.*

Del mismo dictámen era el famoso Diógenes. Diciéndole un dia que los habitantes de Megara no ponian cuidado alguno en la instruccion de sus hijos, al paso que se esmeraban en la cria de sus ganados: *Si eso es cierto*, respondió sonriéndose, *mas quisiera ser carnero de cualquier megarenses, que hijo suyo.* Palabras espresivas que dan á conocer que en el sentir de aquel filósofo, cualquier animal bien enseñado merecia preferirse á un hombre ignorante. Esta idea no solo es de Diógenes, sino de todos los hombres instruidos; lo que habrás conocido sin duda, si has reparado, que los ignorantes son el objeto del desprecio de las gentes, y que se les señala con los mas indecorosos apodos. Pero al paso que la ignorancia ha sido en todos tiempos vilipendiada, ha merecido siempre la ciencia la estimacion y el respeto de los hombres. Cualquier sugeto culto puede presentarse en todas partes, y en todas ellas es recibido con distincion. Todo el mundo se apresura por verle y

gozar su conversacion, colmándole de honras y de elogios. Pudiera citarte aqui el ejemplo de Platon, al cual Dionisio, tirano de Siracusa, salió á recibir hasta la orilla del mar, y haciéndole sentar á su lado en su carro, le condujo en triunfo á su palacio. Pudiera decirte tambien, que habiéndose apoderado Alejandro de la ciudad de Tebas, y habiendo mandado incendiarla, dió orden de que no se tocáse á la casa ni á la descendencia de Píndaro, para dar á entender la estimacion y veneracion que profesaba á este célebre poeta.

! Pero para proponerte un ejemplo mas adoptado á tu edad, te contaré los aplausos que consiguió un niño de ocho á nueve años, que poco hace defendió unas conclusiones públicas de gramática, de geografía, de historia y de lengua latina. Me hubiera alegrado infinito de que hubieses presenciado los honores que se le hicieron, ninguna cosa te hubiera dado mejor á conocer el valor de la ciencia y el aprecio que de ella se hace: apenas habia satisfecho á una pregunta, cuando por todas partes se oia un palmoteo general acompañado de estas exclamaciones: ¡qué admiracion! ¡qué pasmo! ¡dichoso el padre de tal hijo! Pero cuando todos se escudieron en manifestar su satisfaccion, fue cuando se

acabaron las conclusiones. Todos los concurrentes le rodean; se lo arrancan, digámoslo así, unos á otros para abrazarle, no se cansan de mirarle y llenarle de agasajos y enhorabuenas: de resultados de este suceso fue el objeto de todas las conversaciones, y sus brillantes progresos, trasladados á los papeles públicos, llenaron á toda la Francia de admiración.

El célebre Pico de la Mirándula había dado ya igual ejemplo al universo. Fueron tales sus progresos en el estudio desde sus primeros años, que algunas personas, espantadas de su prodigiosa ciencia, quisieron hacerle pasar por mago; pero se descubrió bien pronto, que no debía su erudición sino á la basta capacidad de su entendimiento y á su extraordinaria viveza. De edad de veinte y cuatro años defendió conclusiones públicas sobre todas las ciencias sin escepción, y aunque murió muy jóven, dejó varias obras que han admirado á todos los sabios.

El jóven Peirese, natural de Aix en Provenza, no brilló menos por su ciencia desde la niñez. De edad de siete años reconoció en sí mismo la capacidad suficiente para encargarse de dirigir los estudios de un hermano menor que tenia. Su padre oyó la proposición que sobre esto le hizo como una ocur-

rencia pueril; pero con todo condescendió por algunos dias, mas con deseo de satisfacerle, que con esperanza de que pudiese ejecutarlo; pero viendo con admiracion suya que desempeñaba perfectamente su encargo, le dejó continuar, y se ahorró para siempre el preceptor. En efecto, el dicho Peirese fué el Mentor de su hermano; cultivó sus talentos, y dirigió su conducta como lo hubiera podido hacer el mas hábil maestro.

No pretendo con esto, amado Teótimo, que iguales a estos extraordinarios modelos: quizá la naturaleza no te ha dotado de tan grandes talentos como a ellos; pero su ejemplo, cuando menos debe animarte á que no omitas diligencia alguna para adornar tu alma con todos aquellos conocimientos de que es capaz; pues te da á conocer que no hay cosa que nos haga mas estimables á los ojos de los hombres que la ciencia.

Pero una de las cosas que debe moverte mas á conseguirla es, que no hay estado alguno ni clase en que no sea de la mayor utilidad para los que la poseen. Un hombre instruido en cualquier estado que se halle, es como un caminante que, conociendo perfectamente la senda que debe seguir, llega con seguridad al término que desea; al paso que el ignorante se asemeja á un ciego, que anda

al tiento, que tropieza á cada paso y que se pierde continuamente. En vano se gloria cualquiera de ser rico y poderoso: las riquezas y las honras sin el mérito, no son mas que un vano adorno.

**Si un juez es ignorante, el vulgo atento.
Hace solo á su toga acatamiento.**

El mismo aprecio se hace de un estúpido Creso, que de una hermosa estatua que esteriormente agrada, pero que interiormente está privada de entendimiento y de sensación. Al contrario, siempre se respeta la ciencia aunque esté sumergida en la pobreza, y aun muchas veces es un recurso contra este trabajo. La Fontaine demuestra muy bien esta verdad en la siguiente fábula.



FABULA XV.

LAS VENTAJAS DE LA CIENCIA.



Armóse en tiempo antiguo una contienda
Entre dos ciudadanos, que habitaban
El mismo pueblo: el uno era ignorante,
Pero provisto de copiosa hacienda,
El otro pobre, pero en él brillaban
Las ciencias á porfia:
El rico, satisfecho y arrogante,
Del pobre se reía,
Y si acaso de oírle se dignaba,
Pretendiendo ser siempre preferido,
En tono magistral así le hablaba:
«Buen hombre, no se canse, es muy debido
Que el rico sea del mundo respetado:
Cualquier hombre prudente
Tendrá á usted por un grande majadero:
¿Qué mérito se encierra en ser letrado?
Con leer cuatro sandeces fácilmente
Cualquier pelon consigue
La borbola: ¿y qué provecho se le sigue
Al pueblo de su ciencia sin dinero?
Un pedante se encuentra en cada esquina;
Pero hombres como yo, cuya cocina
Mantiene medio pueblo, cuyo lujo
Al mercader, al sastre, al zapatero
Da trabajo y doblones

No se hallan, señor mio, á dos tirones,

Me dirá usted ¿qué influjo

En el público logra el que no cuenta

Cuatro cuartos de renta?

No tiene mesa, sale muy ufano

En invierno vestido de verano;

Vive siempre en boardilla;

Para acallar su estómago quejoso

Con librotos fastidia al poderoso,

Y no dá de comer ni á la polilla.»

¿Qué habia de decir el literato?

Calló, mas presto se encontró vengado.

Marte (1) destruyó al pueblo en que vivia,

Quedó el rico en la calle despreciado,

Al paso que, hechizado de su trato,

Al sabio todo el mundo le asistia.

Asi se decidió la competencia,

Por mas que sus riquezas exageren

Los tontos y su dicha nos ponderen,

Mas sólido valor tiene la ciencia.

No te admires, pues, de que se ponga tanto cuidado en instruirte, y de que tantas veces te se exhorte á que estudies. En esto no se busca otra cosa que tu propio interés. No

(1) *Marte, deidad de la guerra, segun la fábula, que aqui quiere decir metafóricamente la guerra misma.*

estás aun en estado de conocerlo; pero con el tiempo lo comprenderás, y darás mil gracias á tus padres por haberte dejado en herencia la sabiduría. Es la mas preciosa alhaja que puedes recibir de su mano. No hay otra cosa que ricos ignorantes, que darian la mitad de sus rentas por tener la ventaja de poseer mil conocimientos, cuya utilidad reconocen, y de que por desgracia suya se hallan privados. Pero su intento es vano. Todo el dinero del mundo no es bastante para comprar la ciencia; serán siempre inútiles sus deseos, y llorarán toda su vida la irreparable pérdida que han hecho desdeñando instruirse durante su juventud.

Precave, oh amado Teótimo, precave con tiempo semejante arrepentimiento. Imita la prudente conducta de la abeja, que hace sus provisiones durante el buen tiempo, para tener con qué alimentarse cuando los crueles frios del invierno la impiden salir á buscarlas. Ahora estás tú tambien en el buen tiempo, esto es, en la edad mas propia para adquirir los conocimientos de que has de necesitar en adelante. Si dejas pasar esta sazon oportuna, jamás la verás volver: impedido por otras ocupaciones, te será imposible decir los primeros elementos de las ciencias, que siempre son espinosos, y quedarás toda tu vida sepul-

tado en las tinieblas de la ignorancia. Es menester, pues, esforzarte en la feliz primavera de la edad para adquirir un bien que mas adelante buscarías inútilmente.

No puedes concebir ahora cuánto te alegrarás algun dia de haber seguido mis consejos sobre este punto tan esencial.

CAPITULO XI.

DE LA INSTRUCCION QUE DEBEN ADQUIRIR LOS NIÑOS.

La ciencia es un tesoro que no se adquiere sino poco á poco y por grados. Querer aprenderlo todo á un tiempo, es esponerse á no saber jamás cosa alguna. Es menester, pues, observar cierto orden en los estudios, y aplicarte lo primero á adornar tu entendimiento con aquellos conocimientos mas adecuados á tu edad, y que pueden serte mas ventajosos. Te diré brevemente cuáles son, y te haré tocar con las manos su importancia para que puedas gobernarte por este plan.

Es inútil decirte que la religion debe ocupar el primer lugar en tus estudios. Ya sabes

que no estás en el mundo sino para conocer y amar á Dios; y tampoco ignoras, que no podemos conocerle como corresponde, ni por consiguiente amarle, sino es por medio de la religion que nos instruye de sus perfecciones, de sus misterios y de su voluntad. Nuestra razon es demasiado limitada para poder dirimirnos en este asunto, y asi los que no se han valido de la luz de la religion han incurrido en los mas monstruosos errores: unos han adorado al sol, á la luna y á los demas astros, y otros han prostituido su culto á las plantas y á los animales teniéndolos por dioses. Todos ellos, en fin, han juzgado virtudes los vicios mas vergonzosos, por haberse forjado dioses á quienes atribuían los mismos escesos. Nosotros mismos hubiéramos caído como ellos en tan lamentables desórdenes si hubiéramos estado entregados á nuestra sola razon. Pero por dicha nuestra Dios mismo se ha dignado bajar á la tierra para alumbrarnos.

La doctrina que nos ha enseñado es al mismo tiempo la luz que ha de guiar nuestros pasos, y el camino que hemos de seguir para lograr la suprema felicidad. Estúdiala, pues, oh amado Teótimo, con la mayor aplicacion que te sea posible. Las demas ciencias no te son absolutamente necesarias; pero de ningun modo puedes omitir el estudio de las verda-

des de la religion, y seria delito el ignorarlas. Oye, pues, con la mayor atencion las instrucciones que te se den en este punto, procura aprenderlas por tí mismo, estudiando con la mayor aplicacion el catecismo y los demas libros piadosos que te pongan en las manos; y acuérdate que el niño que se descuida en enterarse de las verdades y de las obligaciones de la religion cristiana, precisamente ha de ser con el tiempo un mal cristiano.

Despues del estudio de la religion, debes considerar el de la lengua latina como uno de los mas útiles y mas importantes. El latin es la llave de las ciencias. Las obras mas excelentes que han salido á luz están escritas en este idioma. Y así, ¿cómo has de leerlas y comprenderlas si lo ignoras? Oirás hablar infinitas veces de Horacio, de Virgilio, de Ciceron y de otros muchos autores conocidos de todo el mundo; ¿y podrás tú acaso hablar de ellos sin entender siquiera su lengua? ¿Qué avergonzado te verias si hubieras de confesar tu ignorancia, guardando un forzoso silencio, mientras que los demas que tratases diesen á conocer su erudicion?

Ademas de esto, la lengua latina puede ser te precisa en mil ocasiones. Supongo v. gr. que quisieras seguir la carrera eclesiástica ó la de la toga; en tal caso ¿cómo has de conseguir

tu deseo sin saberla? Ignorándola, ni puedes cumplir con las obligaciones anejas á estos dos estados, ni aun introducirte en ellos, pues que la mayor parte de las cosas que deben saber los eclesiásticos y togados están escritas en dicho idioma, y por esta razon el no aprenderle seria cerrarte enteramente la puerta de estas dos carreras, para las cuales sucederá quizás que tengas vocacion; ademas de verte privado de otras mil utilidades que puede producirte su posesion.

¿Cuántas veces, pongo por ejemplo, puedes hallarte precisado á viajar á países estrangeros, especialmente si sigues la carrera militar? Ni tú entenderás su lengua, ni ellos la tuya; y por consiguiente ¿qué comodidad no será para tí el saber latin, que es la lengua general de todos los pueblos y de todas las naciones? No hay intérprete mejor para todos los países. A mi mismo me sucedió últimamente encontrar un inglés en una posada; se me acercó con un semblante melancólico y distraido, y pronunció algunas voces que no entendí. Viendo que no las comprendia empezó á explicarse por señas, y no logrando tampoco que le entendiese, le hallé tan embarazado, que deseoso de sacarle de su apuro eché mano del latin, y le dije algunas palabras á ver si las entendia. Vile al ins-

tante lleno de serenidad y de alegría. Me abrazó tiernamente, celebró infinito haberme encontrado, habló en aquel idioma, y me dió á conocer lo que deseaba. Satisfice á lo que me preguntó, le proporcioné varias cosas que necesitaba, y quedó tan agradecido á este corto favor, que si yo hubiera sido hombre de aprovecharme de su liberalidad me hubiera llenado de dádivas.

Por aqui conocerás, amado Teótimo, cuán útil, ó por mejor decir, cuán indispensable es muchas veces la lengua latina. Ya ves que si desean que te apliques á ella es por tu propio interés, al que perjudicarías infinito si no te aplicases. Hazlo, pues, con el mayor conato mientras estás en la edad propia para aprenderla. Cuida sobre todo de saber muy bien sus elementos, sin los cuales jamás la poseerás perfectamente. Los que se descuidaron en estos primeros principios, dice un autor célebre, se parecen á aquellos niños que estan siempre enfermos por no haber mamado buena leche.

No te fastidies de este estudio, aunque al principio lo halles árido y escabroso. Cuanto mas adelantes le encontrarás mas fácil. Caminarás ahora entre espinas y abrojos; pero esta senda te llevará á un jardin delicioso, en donde encontrarás hermosas flores y frutas

preciosas, que te recompensarán abundantemente de los trabajos que hubieres padecido para llegar á él. La siguiente fábula te hará ver palpablemente esto mismo.

FABULA XVI.

(1) FLORA Y EL NIÑO.

Entró un niño en un jardín todo poblado
De las mas bellas flores;
Hallábanse de todos los colores,
Rosas, claveles, violetas y azucenas;
Flora misma lo habia cultivado:
El niño las vé apenas
Cuando á un tiempo las quiere coger todas;
Pero la diosa no le dá licencia
Sino para elegir una á su antojo:
Corre el muchacho cual si fuera á bodas;
La rosa entre las otras le dá enojo,
Decide á su favor la competencia;
Llega á cogerla ufano,
Y al simple se le clavan en la mano
Las punzas de que estaba resguardada;
De la traicion llorando se lamenta:

(1) *Flora, deidad fabulosa, que suponen los poetas cuidaba de los jardines.*

«Queda, dice, en tu zarza, infame rosa,
Para siempre entre abrojos encerrada;
Jamás de tí haré cuenta,
Que otra hallaré sin punzas mas hermosa.»
Bien registró, mas no encontró otra alguna
Que no estuviese de ellas erizada,
Aunque las fue mirando una por una,
Echa el tonto á llorar amargamente,
De llevarse tal chasco resentido:
Flora se rie al ver el inocente
Llanto, y le dice: «No estés afligido,
Hijo mio, ¿no ves que desatinas
En querer hallar rosa sin espinas?
Si quieres fácilmente
Cojer cualquiera rosa sin punzarte,
Las espinas primero vé con tiento
Quitando.» Ejecutólo, y sin mas arte
Se salió á poco rato con su intento.

Lo mismo digo al niño que estudiando
Desmaya al ver que al paso que camina,
En las ciencias encuentra alguna espina,
Algun trabajo. Aplíquese este cuento,
Vénzalo con valor y con paciencia,
Y el fruto cojerá sin resistencia.

Ademas del estudio de la lengua latina te
es preciso el de tu propia lengua; ambas de-
ben, por decirlo asi, darse las manos, de
modo que al salir del colegio puedas usar
igualmente de ellas, y aun me atreveré á de-
cir que debe en caso de duda ser preferida la

propia lengua, porque todos los días te verás precisado á hablar ó escribir en ella. Y ¿qué vergüenza no seria para tí el ignorar despues de siete ú ocho años de estudios tu propio idioma, de manera que no pudieses seguir una conversacion, ó escribir correctamente una carta? No hace mucho tiempo que cayó en mis manos una, escrita por un estudiante á su padre con motivo de año nuevo. No puede darse cosa mas ridícula. Parecia que el niño se habia empeñado en acumular en ella todas las faltas de gramática y ortografía. Su padre indignado quiso sacarle del colegio persuadido de que era incapaz de adelantarse, pues con tres años de estudio incurria en solecismos tan garrafales. Opúseme á su resolucion, dándole á enterder que los disparates de que estaba sembrada la carta de su hijo, mas procedian de su descuido en estudiar su propio idioma, que de falta de capacidad, y que no era menester mas para corregirle que hacerle leer durante algun tiempo la gramática de su idioma pátrio, y copiar exactamente algunos renglones de cualquier libro bien escrito para que aprendiese la ortografía. Siguió mi consejo, y aprovechó tanto el muchacho con este método, que en menos de un año se vió en estado de escribir con la mayor exactitud y correccion. Sigue

tú este mismo método, amado Teótimo, y no dudes que observándolo con cuidado, antes que acabes tus estudios sabrás perfectamente tu lengua, sin que te haya costado mucho aprenderla.

No te es menos necesario el estudio de la geografía que el de los idiomas expresados. Como esta ciencia nos enseña la situación de las varias regiones de la tierra, que á cada paso salen á conversacion, si no tuvieses algun conocimiento de ella, te verias continuamente expuesto á decir los mayores disparates. Colocarías en Europa las provincias de América ó de Asia; cambiarías las situaciones de mar y tierra, y darías que reir á todos con tu ignorancia. Jamás olvidaré el apuro y la confusion en que poco hace se halló un jóven en una tertulia á que yo asistia. Tratóse casualmente de un viajero que habia llegado de Calais á Douvres en dos horas, aunque hay siete leguas de distancia de una ciudad á otra. Oyendo esto nuestro jóven, y no sabiendo que semejante viaje no podia hacerse sino por mar, saltó al instante: *buen caballo habia de tener ese sugeto para hacer tan fuerte jornada. Nada de eso*, le respondió un fisgon, *no tenia mas que un caballo de madera.* ¿Cómo, replicó el otro, *andar siete leguas en dos horas sobre un caballo de madera? Eso es imposible.*

Es un disparate; pues no dude usted que ha sido así, respondió el otro muy serio, *aunque á la verdad con la circunstancia de que el caballo tenia alas y andaba sobre el agua.* Comprendió entonces el jóven que hablaba de un navio; se inmutó, se avergonzó, y se fué indignado consigo mismo por haberse hecho con su ignorancia el objeto de la risa de todos los concurrentes. Aprendió, pues, á costa suya á no descuidarse de saber una ciencia que á cada paso es necesaria. Podrás tomar una tintura suficiente de ella leyendo un libro titulado la geografía de los niños, y estudiando con cuidado los diferentes mapas que representan las cuatro partes del mundo.

Al estudio de la geografía has de añadir el de la cronología, que nos enseña el orden de los tiempos que han pasado desde la creacion del mundo hasta nuestros dias. Esta ciencia servirá para que no confundas los sucesos, y para que no incurras en los desatinados anacronismos en que acostumbran caer los que la ignoran. Tal fué el de un muchacho que en presencia de muchas gentes preguntó con gran serenidad á su padre, si Luis XIV habia conseguido alguna victoria contra Alejandro Magno. *No le faltaba valor para ello,* respondió su padre, *pero habia que vencer una corta dificultad, esto es; era necesario para verificarse,*

que Alejandro Magno hubiese resucitado, porque habia muerto muchos siglos antes que Luis XIV viniese al mundo.

Pero el estudio á que debes aplicarte con mas cuidado es al de la historia, como el mas propio para adornar tu entendimiento y formar tu corazon. Es la historia un espejo que nos pone á la vista los sucesos mas notables que han acaecido sobre el teatro del mundo. En ella se ven brillar los rasgos de las virtudes mas heróicas, y se aprenden las revoluciones de los imperios y las costumbres de los diferentes pueblos que han habitado la tierra. El hombre que posee la historia es hombre de todos los tiempos y de todos los paises, al paso que el que la ignora es como un estúpido, que solo conoce los objetos que le rodean y lo que tiene delante de los ojos. Pero como el campo de la historia es inmenso, y necesita mucho tiempo para recorrerse, puedes ceñirte por ahora á la historia sagrada, á la de tu patria y á la romana, que son las que mas á menudo ocurren en la conversacion y no debe ignorar un muchacho bien educado. Si no tienes tiempo para leer los numerosos volúmenes que contienen estas historias, conténtate con leer sus compendios, en donde hallarás recogido todo lo mas importante.

Y no creas, amado Teótimo que sea este estudio difícil y fastidioso. Antes no hay otro mas divertido ni mas agradable al entendimiento. A cada paso vemos gentes que lo prefieren á cualquiera otro entretenimiento, y que llegan aun á privarse del sueño para gozar del deleite que trae consigo. Haz tú mismo la esperiencia, y hallarás seguramente el mismo atractivo. ¿Te gusta el oír casos raros? ¿te deleitas mucho cuando te cuentan sucesos memorables? Pues nada en esta parte podrá satisfacer mejor tus deseos y curiosidad que la lectura de la historia. En ella encontrarás los sucesos mas interesantes y mas curiosos que han pasado entre todas las naciones del universo. Léela, pues, con atencion. No puedes hacer mejor uso del tiempo que te queda despues de haber satisfecho á las obligaciones del aula, que son primero. Encontrarás juntos en aquella ocupacion el provecho y el deleite; y al paso que ilustre tu entendimiento con los conocimientos que te dé, inclinará tu corazon al amor de la virtud con los admirables ejemplos que te presente.



CAPITULO XII.

DE LA APLICACION AL TRABAJO.

No pongo duda, amado Teótimo, que desearás con ansia adornar tu entendimiento con todos los conocimientos de que acabo de hablar; pero querrás quizá saber cuáles son los medios de que te has de valer para adquirirlos. No hay otros que el estudio y el trabajo. Porque así como el campo por mas fértil que sea, no produce fruto alguno sino á fuerza del cultivo, así el entendimiento mas despejado queda estéril y enteramente inútil, si no se le ayuda por medio de un trabajo prolijo y constante. La siguiente fábula confirmará esta verdad.

FABULA XVII.

EL DIAMANTE Y EL LAPIDARIO.

Cierto diamante, que en bruto
De tierra aun cubierto estaba,

Resistia al pulimento,
Y daba quejas amargas
Al lapidario, que diestro
Le iba lavando la cara:
Y á proporcion que sus cortes
Le cercenaban las barbas,
Desazonado y furioso
De este modo le gritaba:
«¿Qué haces, hombre desalmado?
¿Acaso de obra ó palabra
Te he ofendido alguna vez?
¿Pues por qué así me maltratas?
Dicen los naturalistas
Que es mi dureza estremada;
Pero tú sin duda alguna
Mas dura tienes el alma:
Líbrame, te lo suplico,
De esa rueda condenada,
Que cada vez que da vuelta
El cuerpo me despedaza.»
«Amigo, replica el hombre,
Es cierto que con tirana
Violencia te atormento;
Pero si no te se labra,
Si el arte en tí no se ocupa,
Serás siempre piedra basta,
Sin valor, llena de polvo
Y en un rincón olvidada;
Y así solo por tu bien
Te doy esta fuerte carda.»
Prudente fue la respuesta,
Mas no le sirvió de nada.

Siguió el tozudo diamante
Sus quejas y su algazara,
Hasta que al fin el artista
Con sus lamentos se ablanda,
Y en un rincon lo abandona
Al polvo y las telarañas:
Alli sin luz y sin moscas
Durmió nuestro camarada
Largo tiempo, y aun durmiera,
Si su amo no se acordara
Un día de él; condolido
De ver alli despreciada
Alhaja de tal valor
Me le vuelve á echar la garra,
Diciendo: «¿Piedra tan rica
Ha de estar abandonada?
No señor. La pone al punto,
A pesar de su matraca,
Al taller, y sin piedad
A puros golpes la labra:
Cada vez se vé el diamante
Con figura mas bizarra,
Conforme se va puliendo
Arroja luces mas claras;
Queda al fin abillantado
Y deslumbra con las llamas
Que arroja á los que le miran.
Todos á una voz lo alaban;
La fama de su hermosura
Llega á oídos del Monarca,
Que ordena que á su presencia
Se lo traigan sin tardanza;

Apenas lo vé le admira,
Y que se coloque manda
Sobre la corona Real
Para darla nueva gracia.
Desde allí con su belleza
Y con sus fuegos encanta
El mismo diamante, que antes
Que su dueño lo labrara
Sin dar resplandor alguno,
Cubierto de tierra y manchas,
A la vista parecía
La piedra mas ordinaria.

En vano naturaleza
Nos da las prendas mas raras;
Jamás producirán fruto
Si el trabajo no las labra.

Aunque tuvieras el talento mas sublime,
de nada te serviria si no tuvieses cuidado de
labrarlo; y por el contrario, aunque la na-
turalaleza se hubiese contentado con darte una
mediana disposicion para las ciencias, po-
drias hacer en ellas los mayores progresos
con tal que suplieses lo que faltaba por par-
te de talento con una aplicacion infatigable
al estudio. Asi vemos todos los dias que los
campos mas estériles á fuerza de cultivo pro-
ducen abundantisimos frutos; porque el tra-
bajo vence todas las dificultades y sobrepuja
todos los obstáculos.

Cuéntase que Demóstenes halló en su natural disposicion tales impedimentos, que parecian imposibilitarle de poder hablar jamás en público. Tenia un defecto en la lengua que le estorbaba el pronunciar muchas palabras seguidas; su voz era desagradable, y su pecho sumamente débil; pero sabiendo que con el trabajo se consigue todo, lejos de ceder á estas dificultades se animó mas á vencerlas. Ya para corregir la torpeza de su lengua se llenaba la boca de piedrecitas, y recitaba en alta voz muchos versos seguidos. Ya para fortalecer su pecho declamaba violentamente, trepando al mismo tiempo á toda prisa por lugares escarpados. Aun hay quien diga, que estuvo metido tres meses en un paraje subterráneo, sin otra ocupacion que la de arreglar su tono y sus movimientos, teniendo un espejo delante para corregir mejor sus faltas. No fueron inútiles estas fatigas; pues á fuerza de luchar con su naturaleza, triunfó de ella con tal felicidad que llegó á ser el mayor orador de la Grecia.

No te desanimes, pues, aunque no tengas uno de aquellos extraordinarios talentos que tanto suele escasear la naturaleza; antes bien á ejemplo de Demóstenes, procura como te he dicho, suplir la esterilidad de tus talentos con mayor aplicacion al estudio. El famoso filósofo

fo Cleanto era de entendimiento muy limitado; pero durante su juventud asistió con tal empeño y atención á las lecciones de Cenon su maestro, que en breve se adelantó á todos sus condiscipulos, y llegó á ser la lumbrera de su siglo. No son por lo regular los entendimientos mas vivos los que hacen mas progresos en las ciencias, sino los que mas se aplican al trabajo. Pretenden algunos autores que Boileau no tenia mas que un talento regular; pero nadie trabajó sus obras con mas proligidad que él. Gastaba á veces dias enteros en pulir y limar un solo verso, y asi no hay obras mas exactas ni mas concluidas que las suyas. *no e sib in obi obcedat oop y*

¶ Pero sean los que se fueren tus talentos, tengas mucha ó poca facilidad en comprender, acuérdate siempre que el trabajo es absolutamente preciso para prosperar. Los mayores ingenios han tenido que echar mano de este medio para adquirir la ilustracion y la ciencia que admiramos en sus obras. Plinio el mayor tenía tanto cuidado en aprovechar el tiempo, que aun cuando salia á la calle, salia siempre en litera para poder leer sin que le estorbasen las gentes. Mientras siguió la abogacia, jamás iba al tribunal sin llevar consigo un libro, para poder emplear en leer el corto tiempo que pasaba desde su llegada.

hasta que comenzaba la sesion. Su sobrino Plinio el menor, habia heredado su aficion al estudio. El mismo cuenta en una de sus cartas, que aun cuando iba á cazar llevaba consigo su libro de memorias para poder traer, á falta de caza, alguna especie útil y nueva. Ademas de estos ejemplares pudiera citarte el de un antiguo filósofo llamado Carneades, tan embebido en sus libros, que muchas veces se olvidaba de que era hora de comer; de modo que su criada tenia que sacarle por fuerza de su estudio para hacerle tomar algun alimento. De Diógenes se cuenta tambien que desde su niñez fué aficionadísimo al estudio, y que habiendo ido un dia á oír las lecciones de Antístenes, su maestro, éste le envió á pasear, diciéndole que no tenia que enseñarle. No bastó semejante desaire para desanimar á Diógenes, antes bien sirvió para que le importunase con ruegos y con instancias. Pero Antístenes, que queria desembarazarse de él, ó quizá experimentar su constancia, le replicó con mas dureza, y aun le amenazó darle un golpe. Pégueme usted, dijo Diógenes, todo lo que quiera, con tal que deje usted que le oiga.

Pero vé aqui otros dos casos tanto mas extraordinarios, quanto sucedidos con dos niños de tu edad. El primero es el de un mu-

chacho griego llamado Eúclides que , á pesar de la prohibicion hecha á sus compatriotas los de Megara de tratar á los atenienses , iba todas las noches á Atenas , favorecido de la oscuridad , para tener la dicha de oír las lecciones de Sócrates , y volvía todas las mañanas á Megara , vistiéndose para esto de muger , con un mantó de diferentes colores como se estilaba , y cubierta la cara con un velo para no ser reconocido. El segundo ejemplo es , el del jóven duque de Borgoña , que durante la larga enfermedad que privó de él á la Francia , no echaba menos otra cosa que sus libros. Sintiéndose un dia algo aliviado hizo las mayores instancias á su ayo para que se los trajese ; y preguntándole éste la razon de esta pasion estraordinaria al estudio , respondió el niño , *es que temo olvidar lo que sé , y hay ademas mil cosas que deseo aprender*. Con tales disposiciones no hay que estrañar que antes de cumplir los nueve años tuviese el entendimiento adornado de tantas noticias.

Ya te he dicho , amado Teótimo , y no me cansaré de repetírtelo , que el amor al trabajo es la mejor disposicion para adquirir las ciencias , y que ningun jóven que se aplique con empeño puede dejar de hacer en ellas progresos rápidos. Acostúmbrate , pues , con tiempo á amar el trabajo. Si no lo cobras afi-

cion durante tu juventud, jamás se la tendrás, y serás inútil para todo. Al principio quizá te costará alguna mortificacion; pero luego que te habitúes, se trocará en deleite. Además de que los frutos que consigas, recompensarán sobradamente los malos ratos que te hubiere causado. ¿Qué mayor satisfaccion puedes lograr que la de verte al frente de un aula, aventajarte á todos tus émulos, ser el objeto de la complacencia de tus padres y gozar la estimacion y amistad de tus maestros? Pues todo esto conseguirás si te dedicas con esmero al estudio; pero si lo abandonas quedarás entregado á la ignorancia y al desprecio, y tendrás que sufrir mil mortificaciones por parte de tus maestros, de tus padres, y aun de tus condiscípulos. Esto mismo dió á entender un gusano de seda á un jóven estudiante en la siguiente fábula.

FABULA XVIII.

EL ESTUDIANTE Y EL GUSANO DE SEDA.

En un colegio un estudiante habia
 A Nebrija muy poco aficionado
 Y menos aun á estar tan encerrado.

Mirando como hilaba cierto día
Un gusano de seda, que tenía
Por gusto, dijo: “¿á qué tan afanado
Trabajas por quedar encarcelado?.,
Esta respuesta la sabiduría
Dictó al gusano; es claro su sentido:
“Si yo de encarcelarme estoy ansioso,
Después que esté algún tiempo recluso,
Mariposa saldré del tenebroso
Sepulcro, y si no estoy en él metido,
Seré siempre un gusano fastidioso.

CAPITULO XIII.

DE LA PEREZA Y OCIOSIDAD.

La pereza ha sido siempre el defecto mas comun en los niños; por mas que se les predique contra este vergonzoso vicio, como no prevenen sus funestas consecuencias, miran todas las advertencias que se les hacen como vanas declamaciones, y se entregan con la mayor facilidad á él, por lo mismo que se les presenta con apariéncia agradable, y que parece prometerles la mayor felicidad. Quizá será esta la idea que tú mismo, oh amado Teótimo, tienes de la pereza. ¡No lo quiera

Dios! Pero si lo es, desengáñate y aprende á conocerla mejor. Así la retrata uno de nuestros poetas latinos.

Al pie del monte Parnaso, dice, hay una profunda cueva, obra de la naturaleza sin el socorro del arte. Al frente de esta gruta informe, hay un campo dilatado y estéril, al cual jamás llegó el arado ni surcó el labrador. En lugar de doradas espigas, solo produce espigas y abrojos. Reina al rededor de esta morada una quietud profunda. Jamás en ella se interrumpe el silencio, ni aun por el canto de las aves. Solamente se oye la voz del mas vil de los cuadrúpedos, cuando con sus gruñidos anuncia á los habitantes de aquel lugar, sepultados en un profundo sueño, que ha llegado el sol á la mitad de su carrera. En lo interior de la cueva se descubre un lecho de grama, rodeado de adormideras. En él descansa dulcemente una indolente diosa, á la que se le ha dado el nombre de Pereza, diosa amada de los niños, y de la juventud, y aun muchas veces de los mas adelantados en edad. Esta diosa desidiosa sale algunas veces de su lóbrega mansion, y se presenta á la luz del dia; pero aunque apoyada sobre un cómodo cayado, apenas puede dar un paso. Semejante á la tortuga, en lugar de andar, parece que arrastra, titubeando y tropezando á

cada paso. Inútilmente se esfuerza en abrir sus ojos á la luz; el sueño cierra inmediatamente sus párpados, y su cabeza, cayendo por su propio peso, á cada instante se une con su pecho. Apenas anda algunos pasos, cuando se detiene para descansar en una silla prevenida por la poltronería. Está siempre á su lado la ignorancia, su hija, que se dá á conocer por sus largas orejas que sobrepujan en altura á su cabeza, y por la venda espesa que cubre sus ojos.

Tal es el fiel retrato de la pereza, ó por mejor decir, la imágen adecuada de un niño perezoso. El mas perspicaz talento se inutiliza en sus manos, y no produce fruto alguno. Ocupado únicamente en satisfacer sus sentidos, pasa los dias entregado á la desidia y á una especie de letargo. Cualquiera libro es para él un peso intolerable. Si alguna vez lo toma, á pesar suyo, inmediatamente se le cae de la mano. Mas quiere fastidiarse que ocuparse, y prefiere la ignorancia á todos los conocimientos que necesiten de trabajo para adquirirse; pero tambien le acompaña por todas partes el desprecio. En cualquier aula que esté, ocupa siempre el último lugar, y no experimenta otra cosa de sus maestros que reprensiones y castigos.

Pero lo mas deplorable es que á la pereza

se siguen las mas funestas consecuencias, y que de ella recibe mortales golpes la inocencia. Porque dejando á un lado la irreparable pérdida de la juventud, que por sí sola es un mal de la mayor consideracion, la ociosidad, que es madre de todos los vicios, no puede menos de precipitar al infeliz jóven en toda clase de desórdenes. No empleando bien el tiempo, precisamente lo empleará mal, se unirá con otros que se le parezcan; gastará el tiempo del estudio en paseos peligrosos; ó en conversaciones sospechosas; y de aqui pasará regularmente, lo que Dios no quiera, á cosas peores. Esta no es una pintura imaginaria. La esperiencia nos enseña que rara vez habita la virtud en el corazon de un niño perezoso; y asi puedo asegurarte que en general siempre sigue el vicio á la ociosidad. Por esta razon se ha considerado siempre el trabajo como uno de los mejores preservativos contra el desórden de las costumbres. Cuéntase en la vida de los padres del desierto, que el superior de una de aquellas casas solitarias, despues de haber tenido toda la mañana á sus súbditos ocupados en hacer cestas de mimbres, les obligaba por la tarde á deshacerlas, de modo que nunca salian del principio de su trabajo. Entre dichos solitarios hubo uno que, cansado de esta insulsa tarea,

que le parecia enteramente inútil, se presentó á dicho superior, y le dijo sencillamente, que estaba admirado de que se les hiciese malgastar el tiempo de aquel modo, y que hacer y deshacer en buenos términos, era no hacer cosa alguna. *Te engañas, hermano, replicó el Abad: vive persuadido de que no pierdes el tiempo, y acuérdate que no debe tenerse en poco el evitar la ociosidad.*

Esta idea no era privativa de aquel solitario. Todos los sabios igualmente han mirado la pereza y la ociosidad como el mas pernicioso vicio, y no falta quien diga que entre las leyes que dió Dracon á los atenienses, habia una que condenaba á muerte á cualquiera que fuese convencido de haberse abandonado á dicho vicio. Sin duda te parecerá esta ley demasiado severa, pero á lo menos te dará á conocer el concepto que se ha hecho siempre del hombre perezoso.

Huye, pues, oh amado Teótimo, de la pereza como de un mónstruo que no te halaga, sino para sacrificarte á todos los vicios. La fábula nos cuenta, que las sirenas con el sonido de sus voces melodiosas, atraian á su isla los navegantes, y despues de tenerlos en ella les sumergian en la ociosidad y en el deleite, y les trasformaban al cabo en brutos. Ulises enterado de esto, y viéndose obligado

á pasar cerca de la isla de estas pérfidas ninfas, se hizo tapar los oídos para no percibir su canto, y con esta precaucion evitó el caer en sus manos. Haz cuenta que la pereza es para tí una de estas engañosas sirenas, que procura atraerte con sus hechizos, para hacerte semejante á los animales sumergiéndote en la ignorancia y en los vicios. Imita la conducta del prudente Ulises. Huye de sus funestos atractivos, y esmérate en consagrar tu juventud al trabajo. La ociosidad te gustaría á los principios, pero causaría tu perdicion; y el trabajo, aunque te cueste algun esfuerzo, será para tí el manantial de mil preciosos bienes. El labrador que cultiva y siembra su campo, tiene que pasar muchas fatigas, que ahorra el que deja el suyo incul-to; pero tambien recoje una abundante mies; y este otro se vé reducido á la mayor pobreza. Tal es la diferencia entre el trabajador y el perezoso. La fábula siguiente contribuirá á que juzgues de ambos como debes.



FABULA XIX.

EL PADRE DE FAMILIAS Y SUS DOS HIJOS.



Por el ameno campo
Paseaba cierto dia
De fiesta, con dos hijos,
Un padre de familias.
Ambos eran dotados
De comprension muy viva,
Mas sus inclinaciones
En nada parecidas.

El uno era estudioso
Y dócil; preferia
El otro hermano el juego
A Vives y Nebrija.

Comun entre estudiantes
Suele ser tal desidia,
Pero en grado mas alto
El nuestro la tenia.

Bien sus distintos genios
El padre conocia,
Y para el perezoso
Buscaba medicina.

Como esto le ocupaba,
En la hermosa campiña
Vió volar dos insectos
De prendas muy distintas,
La infatigable abeja,

Y la mariposilla
Liviana; el padre atento
A su prole querida,
El caso aprovechando,
Esta leccion les dicta,
Señalando los bichos
Que el aire discurrían:
«¿Veis estos dos insectos
Que entre las flores giran?
Pues son de vuestros genios
Imágenes cumplidas:
Tú que con tal cuidado
Al estudio te aplicas,
En la prudente abeja
Tu fiel retrato mira.
Como á ella su trabajo
Da mieles esquisitas,
Así honor, ciencia y bienes
Te darán tus fatigas;
Mas, hijo, tú que ocioso
(Vuelto al otro seguía)
El estudio abandonas
Y á jugar te dedicas,
En esta mariposa,
Lijera y aturdida,
Hallas bien retratada
Tu inquietud y desidia.
De flor en flor volando
Corre la pradería,
Sin que del vano juego
Fruto alguno consiga:
Y despues de mil vueltas

Inútiles y listas,
Al fin, sin hacer nada,
Viene á acabar su vida.
¿Y esperas otra suerte
Si como ella deliras?»
Lo mismo digo á todos
Los niños que la imitan.

CAPITULO XIV.

DE LAS DIVERSIONES Y JUEGOS.

Aunque te he encargado con tanto empeño que huyas de la pereza y ociosidad, no pretendo con esto, amado Teótimo, que se estiende esta prohibicion á privarte totalmente de las diversiones y juegos. El entendimiento no puede estar siempre ocupado: necesita descansar de cuando en cuando y tomar algun alimento. De S. Juan Evangelista se dice, que despues de haber satisfecho á las penosas obligaciones de su apostolado, se divertia en domesticar una perdiz; y que habiéndole manifestado alguno su admiracion de verle con este entretenimiento, le respondió, que del mismo modo que un arco no podia siempre estar tendido, no sufría la flaqueza

del hombre que estuviese sin interrupcion entregado al trabajo. En este supuesto no desapruero yo que te diviertas, ni que interpoles el trabajo con el descanso, lo que quiero únicamente es darte algunos consejos para que en las diversiones que te tomes evites todo lo que pueda hacértelas funestas y volvértelas veneno.

Has de saber, pues, que no todos los entretenimientos son lícitos. Hay algunos peligrosos y culpables, pongo por ejemplo, los espectáculos, las conversaciones libres, las leyendas sospechosas &c.; y por consiguiente debes totalmente privarte de ellos. Es cierto que divierten el corto tiempo que duran; pero á este deleite momentáneo se le siguen los remordimientos, la inquietud y los latidos de la conciencia, que causan mucho mayor dolor que gusto la diversion precedente. Esau se deleitó en comer el plato de legumbres que compró á su hermano Jacob; pero cuando despues de haberlas comido comenzó á reflexionar que habia cedido por ellas su primogenitura, se puso á rugir como un Leon, y no podia consolarse de haber sacrificado los mayores bienes á un placer instantáneo. Esto mismo pasa á todos aquellos que por disfrutar una satisfaccion transitoria, pierden su inocencia, que es el bien mas precioso que

poseemos. Quiera Dios, amado Teótimo, que jamás te suceda otro tanto. Bien te guardarías de beber ponzoña, aunque estuviese mezclada con miel; pues haz lo mismo con las diversiones ilícitas. Considéralas como un veneno sutil, que al paso que agrada al paladar, da muerte al alma. La sagrada Escritura presenta una viva imágen de esta verdad en la persona de Jonatás.

Habiendo ido un dia este jóven Príncipe acompañado de su escudero á acometer á los filisteos, infundió tal temor en su campo y tal confusion, que volvieron las armas unos contra otros, y comenzaron á matarse entre sí. La noticia de este desórden llegó en breve al campo de los israelitas, y Saul, enterado de la ausencia de Jonatás, conjeturando lo que había sucedido, resolvió marchar inmediatamente á perseguir á los enemigos para completar la victoria principiada con tanta felicidad por su hijo. Pero antes de ponerse en marcha juró quitar la vida á cualquiera que tomase el menor alimento, mientras no acabase el dia. Observaron exactamente sus órdenes todos los soldados, aunque hallaron muchísima abundancia de miel en el camino; pero Jonatás, que ignoraba el juramento de su padre, viéndose desfallecido por la fatiga que habia sufrido en el combate, cogió un

poco de miel con la punta de una varita, y se la puso en la boca. En esto, llegada la noche, hizo alto el ejército para descansar un poco, y queriendo volver á marchar para continuar el alcance de los filisteos, consultó Saul al Señor para saber cuál sería el éxito de esta nueva empresa. Pero viendo que Dios no le daba respuesta, sospechó que alguno de los individuos de su ejército le habria irritado, desobedeciendo á la prohibicion que habia hecho, y juró que, aunque fuese el mismo Jonatás le haria pagar su desobediencia. Mandó en efecto que se echasen suertes para ver si el Señor descubria el culpado, y cayó la suerte sobre Jonatás. ¿Qué has hecho? le dijo entonces Saul su padre. ¡Ay de mí! respondió el jóven Príncipe, yo, señor, me ví muerto de hambre; tomé al pasar con la punta de una varita un poco de miel: ¿y he de perder por eso la vida? Sí, respondió Saul, morirás: iba en efecto á cumplir su juramento; pero el pueblo, movido de compasion, desarmó su cólera, y consiguió á fuerza de ruegos que perdonase á Jonatás.

Ve aquí, amado hijo un ligero bosquejo de lo que te sucederia, si, á pesar de las órdenes de Dios, verdadero padre y Rey tuyo, te atrevieses á probar algunos de esos deleites

que te ha prohibido. Llámolo un ligero bosquejo porque Jonatás no murió realmente; y tú, amado Teótimo, padecerías una muerte aun mas funesta, que la que se destinaba á este Principe, y podrías decir con mas razon que él: he probado un poco de miel, esto es, un brevisimo deleite, y ha dado éste la muerte á mi alma. Para que comprendas aun mejor cuáles son las consecuencias de las diversiones peligrosas é ilicitas, lee la siguiente fábula.

FABULA XX.

LA MOSCA Y LA LECHE.

Una mosca holgazana andando á caza,
 Como suelen, de alguna golosina,
 Rondando una cocina,
 Vé colmada de leche una gran taza:
 ¡Bueno! dice, encontré lo que buscaba;
 Dichosa soy: de esta hecha
 Para seis meses quedo satisfecha.
 Asi la tontarrona se engañaba,
 Bien ajena de creer que una bebida
 Tan dulce habia de acabar su vida;
 Se arroja, pues, muy lista y muy gozosa
 En aquel mar de leche: se recrea,
 Y se atraca á su gusto y sin cuidado;

Al fin se cansa ya de andar á nado:
Quiere salir; pero es fatiga ociosa:
Boga por todas partes, y rodea
La taza, mas en vano;
De aquel basto Océano
Toda la costa está tan escarpada,
Que no puede treparla; al fin cansada
Va á beber de las aguas del Letéo. (1)

El jóven que, engañado del deseo,
Se entrega algun deleite peligroso,
Tiene este paradero lastimoso.

Pero no todas las diversiones son de esta naturaleza. Hay muchas lícitas é inocentes, como las conversaciones honestas, el paseo y los juegos moderados; pero aunque estas no son culpables y puedes usar de ellas, debes con todo observar ciertas reglas y condiciones, sin las cuales pudieran causarte perjuicio.

1.ª No debes dedicar al juego mas tiempo que el que te sea permitido, porque si se alarga, y nos ocupa demasiado rato, en lugar de servirnos de remedio nos daña, desperdiciamos en él sin necesidad un tiempo

(1) *Letéo, rio del infierno segun la fábula. La expresion quiere decir que murió.*

cuyos instantes son de infinito precio. Perdemos la afición al estudio, y nos inclinamos á la ociosidad, de modo que en lugar de renovar las fuerzas de nuestra alma, las relaja y las debilita. San Agustín llora amargamente en sus confesiones la demasiada afición que tenía al juego durante su niñez, y el tiempo que en él había malgastado, pudiendo emplearlo en adquirir conocimientos útiles.

2.^a Es menester que el juego sea desinteresado, porque apenas damos entrada al interés y á la codicia de ganar, cuando deja de ser diversion, y se vuelve una ocupacion séria, que fatiga el ánimo, agita el corazón y revuelve las pasiones. De aquí viene, que notemos en los jugadores aquel semblante inflamado, aquellos ojos encendidos, aquellos ímpetus de cólera, que les hacen estender muchas veces su insensata venganza aun á los mismos instrumentos del juego. Este es tambien el origen de aquellas espresiones picantes, y de aquellas violentas disputas que á cada paso se mueven entre ellos y los precipitan muchas veces en los últimos excesos. Verás una imágen sensible de esta verdad en la fábula que te voy á relatar.

FABULA XXI.

EL PERRO FALDERO Y EL GATO.



Pichon, perro faldero, retozaba
 Con fray Meloso, gato que habia sido
 Criado de pequeño en un convento,
 Y habiendo apostatado, se encontraba
 En el siglo sirviendo á un caballero,
 Con el perrito estrechamente unido
 Segun relata el viejo autor del cuento,
 Como hermanos, con juego placentero
 Ambos á dos se urgaban, se cozrian,
 Ya las zarpas, ya el diente
 Manejando, mas siempre blandamente.
 La union reinaba entre ellos: florecia
 La deleitable paz: pero envidiosa
 La discordia arrojó la perniciosa
 Manzana entre los dos. Sucede un dia
 Que el amo, de sus gracias encantado,
 Un sabroso bocado
 Les echa. Pára el juego al momento:
 Los que antes se querian como hermanos,
 Tocan con sus gruñidos á rebato
 Con encono sangriento
 Se muerden y se arañan inhumanos;
 En fin, proceden como perro y gato,
 Y por cojer la deseada presa,
 Sin duda hubierau á la orilla aciaga

De Aqueronte bajado hechos pedazos,
Si el amo al ver que su furor no cesa,
No coje una zurriaga,
Y á los guapos separa á latigazos.

Acaece lo mismo en todo juego;
Si llega el interés á introducirse,
Cesa la diversion, se enciende el fuego
De la discordia, y viene á convertirse
En fuor, en injurias, en quimeras,
Y á veces en desgracias lastimeras.

Pero aun cuando no tuvieras que temer inconveniente alguno de estos, siempre deberias huir de todo juego interesado. No porque sea malo que se atravesie algun dinero en el juego, siendo moderado, sino porque se hace costumbre de esto, se escede de los limites de la moderacion, y vienen á atravesarse tales sumas, que causan gravisimo daño al que las pierde. ¿Pero en qué desórdenes no precipita esta furiosa pasion á la juventud? ¿Cuántos vemos sumergidos en la miseria, tristes víctimas de este vicio, el mas tirano de todos? ¿Cuántos conocemos que han sacrificado en las aras de esta cruel furia sus caudales, sus haciendas, sus esperanzas y aun el amor y la benevolencia de sus padres? Te causaria horror el juego si estuvieras instruido en todas las desgracias que

ha ocasionado aun á las familias mas opulentas.

Desconfia, pues, de todo juego interesado, y jamás pierdas de vista estas juiciosas máximas de Madama Desohullieres.

Amargos son los placeres
Siempre que se abusa de ellos:
Es bueno jugar un poco,
Mas solo por pasatiempo;
Que el que por oficio juega,
De comun consentimiento,
De hombre no tiene otra cosa,
Que la presencia y el gesto,
Ni es fácil como se piensa
Al jugar mucho dinero,
Que conserve la honradez;
Pues de ganar el deseo
Dia y noche le atormenta,
Como un activo veneno,
Por ser el bobo comienza,
Y acaba por ser fullero.

3.ª Es menester portarse siempre en el juego con igualdad y cortesía; lejos de ti toda prontitud, toda impaciencia. No imites á aquellos que siguen con el semblante y los modales las mudanzas del juego, que se entregan á una escesiva alegría cuando les favorece, y se llenan de una negra melancolia

cuando les es contraria. Evita aun con mas cuidado todo movimiento de ira y toda obstinacion en sostener tus derechos. Siempre es mejor ceder al contrario, que ofenderle con palabras amargas. Juega, en una palabra, de tal manera que á nadie ofendas, y no dañes á tu conciencia con las faltas que son tan comunes en el juego.

CAPITULO XV.

DE LA MENTIRA.

La mentira es uno de los defectos mas comunes en los niños. Cuando cometen alguna falta y temen la reprension ó el castigo, procuran ocultarla con el velo de la mentira para librarse de ambas cosas. No creo, amado Teótimo, que jamás hayas echado mano de tan indigna estratagema; pero como puedes hallarte en ocasion en que estés espuesto á usarla, es menester precaverte contra este vicio, y hacértelo mirar con el debido horror.

No hay otra cosa en efecto mas aborrecible que la mentira. Ultraja á Dios, engaña á los hombres y nos hace incurrir en la indigna-

cion de aquel y en el desprecio de éstos. Los gentiles mismos han reconocido y condenado su indignidad. Unos la consideraron como una injusticia, y otros como la señal de un hombre ruin. Llegaron algunos de ellos á tal delicadeza en este punto, que jamás quisieron mentir ni aun en chanza. Cornelio Nepote atribuye á Atico y elogia en él esta delicadeza. Homero cuenta que Aquiles repetia muchas veces que miraba con mas horror á cualquiera embustero que á la misma muerte. Los persas consideraban la mentira como el vicio mas vergonzoso, y desde que sus hijos llegaban á la edad de cinco años, nada les recomendaban con mas ahinco, que el que siempre dijesen la verdad.

No puedo escederme, amado Teótimo, por mas que te repita igual encargo, y quisiera grabar en tu corazon la máxima que un sábio Príncipe escribió con el dedo sobre los labios de su hijo; *antes morir que mentir*. Este es el único medio de conseguir la estimacion y la confianza de aquellos con quienes vivas, porque nadie se fia de un embustero. Como se sabe que habla de un modo, y muchas veces piensa de otro, todo el mundo sospecha de su sinceridad, y no se dá crédito alguno á sus palabras aun cuando diga verdad, por el justo temor de que mienta en aquel caso

como en otros en que se le ha cogido en este fallo. Richer ha aclarado mas y mas esta verdad con la siguiente fábula.

FABULA XXII.

LOS PASTORES.



Pascualillo el pastor hacia el lobo,
 Y el campo por reirse alborotaba,
 Gritando alguna vez, al lobo, al lobo,
 Cuando en venir el lobo no soñaba.
 Al oír de su voz el lastimero
 Eco, los compañeros acudian;
 Mas viendo ya la burla, al embustero
 Dejaban que gritase y le decian:
 «Llegará el tiempo en que de veras llames,
 Y entonces será en vano,
 Pues que por mas que clames,
 Nos estaremos mano sobre mano.»
 Se cumplió. Llegó un lobo carnicero,
 Se metió en el redil, y en un instante,
 A pesar del pastor, del incesante
 Ladrado de los perros,
 No perdonó ni á oveja ni á carnero:
 Huyó Pascual, y por aquellos cerros
 Mil voces dió las mas desaforadas,
 Sus compañeros todos se reian,
 Y de lejos con voces y palmadas,

Sin moverse ni un paso respondian;
De manera que el lobo de mal año
Salió á costa del mísero rebaño.

Nunca se queje el que á otros ha mentido,
Si aunque verdad les diga no es creído.

Acostúmbrate, pues, á mirar siempre con horror la mentira, y á considerarla como un vicio indigno de todo hombre honrado, y principalmente de un cristiano; porque no hay cosa en efecto mas opuesta á la honradez y á la religion que el decir lo contrario de lo que se piensa. No nos ha dado Dios la facultad de hablar sino para manifestar la verdad; y por consiguiente el servirse de ella para mentir y para engañar á los que tratamos es abusar de los dones del Señor, y oponerse á sus intenciones.

Sin duda me replicarás, ¿por qué no ha de ser lícito el mentir cuando la mentira á nadie daña y es útil para nosotros mismos, librándonos de algun mal que nos amenaza? Para responder á tu dificultad me contentaré con citarte el ejemplo y las palabras de Telémaco.

Siendo jóven este Príncipe llegó en compañía de Narbal, su amigo, á Tiro, en donde reinaba Pigmaleon. Habiendo sabido Narbal que el cruel Monarca habia dado orden de

prender á Telémaco, y no ignorando que si llegaba á averiguar que era hijo de Ulises le quitaría la vida, corrió inmediatamente á encontrarle, y le habló en estos términos: *Tengo precision, oh Telémaco, de presentarte al Rey; te hará mil preguntas acerca de quién eres, y has de responder que eres de Chipre, natural de la ciudad de Amatonta é hijo de un estatuario de Venus. Declararé por mi parte que conoci en otro tiempo á tu padre, y quizá el Rey sin mas exámen te dejará ir. No hallo otro medio de salvar tu vida y la mia. Abandona, respondió Telémaco: abandona á este infeliz, contra quien está empeñada la suerte. Yo sé morir, oh Narbal, pero no sé resolverme á mentir. No soy Ciprio, y soy incapaz de decirlo. Los dioses ven mi sinceridad. Poder tienen para conservar mi vida, y ellos dispondrán medio si quieren. Pero yo no me valdré de la mentira para salvarla. Esta mentira, replicó Narbal, es absolutamente inculpable, á nadie daña, salva la vida á dos inocentes, y aun al mismo Rey no le engaña sino para impedir que cometa un atroz delito. Tú eres demasiado nimio en el amor á la virtud, y te escedes hasta el extremo en el temor de ofender la religion. Basta, replicó Telémaco, que la mentira sea mentira para que sea indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El*

que falta á ella ofende á los dioses, y se ofende á si mismo, porque habla contra su conciencia. Cesa, pues, oh Narbal, de proponerme una cosa indigna de ti y de mi. Si los dioses nos miran con piedad, ya sabrán librarnos; y si quieren dejarnos morir, moriremos victimas de la verdad, y dejaremos á los hombres un ejemplo que les enseñe, que debe preferirse la pureza de la virtud á una larga vida.

Tal era el modo de pensar de este jóven Principe, que preferia la muerte á la mentira; y tales deben ser tambien las disposiciones de todo niño que se precia de religion y de virtud. Jamás te hallarás por lo regular en un lance tan apretado como el de Telémaco; pero podrá suceder que te veas en la alternativa de mentir ó de confesar una falta de la que te resulte alguna repension ó castigo; y en tal caso jamás prefieras tu conveniencia á la verdad.

La mentira te dañaria mas que el castigo mas seguro. Ya está medio enmendada la falta cuando hay valor para confesarla, y seria acrecentarla hasta lo sumo el querer negarla. Jamás se gana cosa alguna con mentir, y siempre se pierde mucho. Ademas de ofender nuestra conciencia, incurrimos muchas veces en castigo mas riguroso, porque nadie perdona á la mentira. Al contrario siempre es ven-

tajoso decir la verdad. Damos á conocer con esto, que si hemos tenido la flaqueza de cometer aquella falta, tambien tenemos el valor de confesarla, y esta sinceridad basta muchas veces para conseguir el perdon. Me acuerdo de un pasaje sobre este propio asunto, que al mismo tiempo que te divierta, confirmará la verdad de cuanto he dicho.

FABULA XXIII.

EL PRINCIPE Y LOS FORZADOS.



Tenemos ciertas casas de madera
 En los puertos, que son el paradero
 Regular, donde todos los bribones
 Con un remo en la mano,
 Hacen la penitencia mas severa,
 Bajo un director fuerte y austero,
 De todas sus pasadas sinrazones.
 De las galeras hablo en castellano;
 En esta habitacion tan miserable
 Llegó á entrar cierto dia
 Un Príncipe curioso, que corria
 El mundo, luego que entra, los forzados,
 Viendo aquella ocasion tan favorable
 De salir del colegio, se presentan
 A su Alteza, le imploran humillados,

Y sus causas le cuentan
Cada cual sus razones alegando,
Y la vida anterior santificando.
Ninguno entre ellos se halla delincuente,
El uno echa la culpa al escribano,
O á una calumnia; el otro á la dureza
De su juez: éste culpa su pobreza,
El que menos, en fin, era inocente
Y al parecer humano
Debia alguno ser canonizado.
Entre ellos llega un hombre, ya avanzado
En edad, y con rostro pesaroso
Dice: »Señor, yo he sido muy dichoso
De haber salido de las garras fieras
De la justicia solo con galeras,
Pues que el mayor facineroso he sido,
Asesino, traidor y monedero,
Y mil veces la soga he merecido,
Aunque se han contentado con el susto.»
El Príncipe le mira muy severo,
Y vuelto á los demas dice: »No es justo
Que un sugeto tan vil y tan malvado
Entre tanto hombre honrado
Habite; salga el pícaro al instante
De la galera, porque tal tunante,
Si entre esta buena gente residiese,
Puede que su inocencia corrompiese.»

El se libró, y los otros embusteros,
Como estaban, quedaron prisioneros.
Logra ser perdonado
Quien sincero confiesa su pecado.

CAPITULO XVI.

DE LA CORTESIA.

Siempre se ha considerado la cortesía como prenda necesaria á todo niño bien educado. Ella es la que da al mérito aquel lustre y aquel agrado que le hace amable. Un hombre de mérito sin cortesía, es semejante á una figura bien delineada, pero que aun no tiene colorido, ó por mejor decir, á un precioso diamante sin brillantar. Sus modales eclipsan todas las otras prendas que posee. Su impolítica le hace perder toda la estimacion que pudiera conseguir con sus talentos, y se le considera como á una de aquellas aves nocturnas, criadas precisamente para vivir en la oscuridad, y que no pueden presentarse á la luz del dia sin ofender la vista de los que las miran.

Del mismo modo, á proporcion, se moteja la impolítica de un niño, que la de un hombre hecho: si se presenta atado con cierta rusticidad; si es demasiado tímido ó sobrado atrevido; si no saluda; si no responde; si no da gracias cuando viene al caso, aunque en

lo demas posea las mas estimables partidas, todo el mundo dice: *¡qué niño tan mal criado! parece que le han sacado de una choza ó de algun desierto.* Pero al contrario, si se presenta con gracia; si responde con prudencia y modestia á lo que se le pregunta; si trata con mucho respeto y atencion á sus superiores; si habla ó calla á tiempo en la conversacion, aunque no tenga por otra parte el mayor mérito, es aplaudido, es estimado, y se le colma de los elogios mas lisonjeros.

Esto mismo experimentarás, oh amado Teótimo, á proporcion de la politica que tengas. No juzgará el público de tu mérito y de tu educacion sino por tu conducta exterior. Acostúmbrate, pues, á tratar con modo y cortesia á todo el mundo y en todas ocasiones, porque la politica debe estenderse á todo y manifestarse en todas partes: en el modo de presentarse evitando toda postura dejada y desidiosa, no andando con precipitacion, moderando y midiendo los movimientos del cuerpo; en el semblante, no dejando que se manifieste en él la vanidad, el mal humor, la frialdad y la tristeza; en la conversacion, guardándose de contradecir, disputar con tenacidad, interrumpir á los que hablan y de usar ciertas palabras indecentes propias del populacho; en las concurrencias, tomando

siempre el último asiento, levantándose y saludando como es costumbre á los que llegan, teniendo siempre un semblante decente y risueño y hablando solo para responder; en el juego, manteniéndose de continuo con humor igual y perdiendo con galantería; en el paseo, cediendo la derecha y la acerá á los superiores y saludándolos con respeto antes que ellos saluden; en la mesa y en los convites, portándose con moderacion, sobriedad y limpieza. ¿Pero adónde voy á parar? Sería menester un tomo entero para esplicar individualmente todos los preceptos de la buena crianza; tus maestros suplirán mi silencio en este punto. No tienes mas que hacer que aprovecharte de sus lecciones, y no mirar como fútiles las reglas y los modales que te dictáren para pulirte; y aunque te parezcan poco importantes, son absolutamente necesarias, y ninguno puede presentarse en el mundo con honor y con decencia sin ellas; porque, como antes dije, no hay en el mundo cosa mas despreciable que un hombre sin crianza. Tenga en lo demas todo el mérito que tuviera, desaparece á vista de su impolítica, es como un hombre rico que no sabe honrarse con sus riquezas.

Cuando te exhorto á que seas atento, estoy muy lejos de pretender que incurras en

cierta afectacion que se ha llegado á introducir en los modales, en los movimientos, en el modo de presentarse y en el adorno de algunos jóvenes conocidos en el mundo con el nombre de *petimetres*. Los tales hacen el papel mas despreciable que puede hacer un joven. Cualquiera que dá en esto, ocupado continuamente en su peinado, sus joyas y sus gestos, funda todo su mérito en esta vana esterioridad, se cree digno de estimacion porque sabe algunas fórmulas de cumplimientos, porque habla en tono decisivo y bordea una cortesía; pero la gente sensata que no se deja alucinar de esta engañosa esterioridad, le aplica con razon lo que dijo la zorra á un busto.

No es mas un petimetre que un farsante,
 Su disfraz, su magnífica apariencia
 Pasma al vulgo ignorante;
 El burro siempre á lo exterior se atiende;
 Pero el zorro, sagaz siempre, previene.
 El engaño y dilata la sentencia,
 Hasta dar dos mil vueltas al objeto,
 Y mirándole bajo uno y otro aspecto;
 Asi, cuando en él no halla lo que quiere,
 Repite lo que dijo cierto dia
 A un busto hermoso y grande. »El que tuviere
 Tal busto, tendrá, dijo, una preciosa
 Alhaja, una cabeza primorosa,
 Mas de seso totalmente vacía.»

¡A cuántos pisaverdes vendrá justo,
Lo que el dicho. raposo aplicó al busto!

Sé, pues, político en tus modales, pero jamás afectado: oculta el arte con que los arregles, de modo que parezcan efectos sencillos de la naturaleza. Un hombre de mucho mérito decia un dia de su hijo: *me desesperaria si le viese petimetre*. Lo mismo te repito: mas querria verte falto de crianza que afectado.

El excesivo cuidado en la exterioridad, y el demasiado deseo de agradar encaminan casi siempre á los vicios.



CAPITULO XVII.

DE LA ELECCION DE ESTADO.

Aunque todavía no estás en edad de elegir estado, oh amado Teótimo, con todo, como dentro de algunos años te verás precisado á determinarte en este punto; me parece preciso darte alguna instruccion acerca de él, para que desde ahora puedas tomar las precauciones necesarias, á fin de no engañarte cuando llegue el caso en asunto tan importante.

No hay cosa en efecto que influya tanto en nuestra salvacion, como el acierto en la eleccion de estado. Si tenemos la prudencia necesaria para elegirle bien, y abrazamos aquel á que el cielo nos llama, podemos esperar con fundamento el mas feliz éxito, porque jamás abandona Dios á los que obedecen á su llamamiento; pero al contrario, el que yerra su vocacion tiene muchos motivos de temer acerca de su salvacion, á causa de que regularmente tendrá menos auxilios para cumplir con las obligaciones de un estado abrazado e ontra las órdenes de la Providencia. Los

que no yerran en la eleccion de estado, son como árboles plantados en el terreno y clima que les conviene, que sin necesidad de mucho esmero en su cultivo, crecen con una rapidez increíble, estienden muy lejos sus pobladas ramas y producen los frutos mas esquisitos y abundantes. Cuando al contrario, los que, infieles á la voz del cielo, abrazan distinta profesion de aquella á que les llama, se parecen á los árboles trasplantados á paises y terrenos para los cuales no los hizo la naturaleza. Por mas que los rieguen y cultiven, por mas que se cuide en hacerlos crecer, siempre se mantienen endebles y estériles; y si alguna vez dan algunos frutos, son por lo regular muy pequeños y jamás llegan á madurarse. En una palabra, el estado á que Dios nos llama es el camino por donde quiere conducirnos al puerto de la salvacion. Errar este camino y seguir otro, es esponerse á parar en un término enteramente opuesto al que debemos esperar. No abulto esto para inspirarte un vano terror; esta es una verdad generalmente reconocida. Dios enseñó un dia á santa Teresa el puesto que la tenia destinado en el infierno, si no hubiera seguido con fidelidad su vocacion.

Aplicate, pues, oh amado Teótimo, á discernir el estado á que Dios te llama. No ha-

gas lo que la mayor parte de los jóvenes, que sin tomarse el trabajo de examinar la voluntad de Dios, forman un plan de vida acomodado á su capricho, y no miran á otra cosa en el estado que abrazan, que á lisonjear sus viciosas inclinaciones. Di antes lo que un santo jóven dijo, cuando, para inclinarle á que se quedase en el mundo contra su voluntad, hacian brillar á su vista los honores y los grandes bienes que en él se le destinaban. *¿De qué le sirve al hombre, exclamó, ser dueño del universo, si al cabo pierde su alma?* Aunque estuvieses colocado sobre el primer trono del mundo, si estabas en él contra la voluntad de Dios, debieras lamentarte de tu suerte, y mirarla como el estado mas deplorable. Es menester, pues, ante todas cosas, que consultes al Señor, y no busques en el estado que abracés otro interés que el de tu salvacion; porque el abrazar cualquier estado sin haber consultado á Dios, sería embarcarte en un navio sin piloto, y esponerte por consiguiente á un naufragio inevitable.

Pero para que puedas conocer con mas seguridad la voluntad de Dios, y para que no te engañes en un paso tan importante, has de tomar los siguientes medios y precauciones que nos sugieren la religion y la prudencia.

=1.º Es necesario hacer una vida pura y ar-

reglada, porque Dios regularmente no comunica sino con las almas santas é inocentes. =

2.º Es menester recurrir á Dios por medio de la oracion, y decirle á menudo como Samuel, *Hablad, Señor, y descubridme Vos mismo vuestras intenciones acerca de mi persona;* ó repetir con David: *Enseñadme, Señor, el camino que debo seguir, pues he levantado mi alma hácia Vos.* No dejará Dios de oír tus oraciones, principalmente si á ellas añades algunas particulares devociones y el uso de la sagrada Eucaristía. =

3.º Es preciso consultar á los ministros del Señor, esto es, al director de tu conciencia y á tus padres, pues ellos son los que Dios te ha dado por guías y conductores. No des, pues, paso alguno sin haber tomado su dictámen, y sin esponerles tus razones. No hay cosa mas justa que esta docilidad y este respeto. Con todo, hay ocasiones en que no debemos acomodarnos á los deseos de nuestros padres en lo tocante á la vocacion. Porque si Dios por ejemplo, te diese claramente á entender que te llamaba por el estado eclesiástico ó religioso, y tus padres, por un amor demasiado natural, ó cualquiera otro motivo humano, quisiesen, con peligro de tu salvacion, detenerte en el mundo, debieras entonces oponerte á su voluntad, y sin faltar á la obediencia filial y al debido respeto, respon-

derles, como en otro tiempo los Apóstoles: ¿es acaso justo que os obedezcamos antes que á Dios.

Esto fue lo que practicó San Francisco de Sales cuando conoció el estado á que Dios le llamaba. Por mas que sus padres le representaron que era el primogénito, y por consiguiente que estaba destinado á ser el báculo y apoyo de su familia; por mas que quisieron persuadirle que su deseo de abrazar el estado eclesiástico procedia únicamente de una devocion indiscreta, y que podria salvarse en el mundo tambien como en la Iglesia; por mas que le propusieron los establecimientos mas honoríficos y ventajosos, no pudieron hacerle titubear. Prefirió siempre la voluntad de Dios á la de sus padres; y mas quiso renunciar á todas las ventajas temporales que se le prometian, que á la gracia de su vocacion, que le elevó despues á tan alto grado de santidad.

Tal es, oh amado Teótimo, la conducta que han de tener los niños cuando Dios les llama á un estado contrario á la voluntad de sus padres. Obrar de otro modo seria hacer á Dios la mayor injuria, y ser acreedor á los castigos que padecen regularmente aquellos que resisten á su voluntad y que abrazan un estado á que no han sido llamados. Me con-

tentaré con citarte un solo pasaje que nos refiere San Gregorio, y que da á conocer claramente el rigor con que Dios castiga á los que tienen temeridad de forjarse á su antojo una vocacion contraria á los designios de su Providencia.

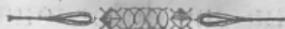
En tiempo que San Benito admiraba al mundo con la fama de sus milagros y de su santidad, acudió á él un jóven iniciado en el estado eclesiástico, suplicando le libertase del demonio que le atormentaba. Empleó el Santo el favor que tenía con Dios en beneficio de aquel mancebo. Tuvo la felicidad de ser atendido, y logró libertarle de la esclavitud del espíritu maligno; pero despues de haberle curado, le encargó espresamente de parte de Dios, que jamás recibiese los sagrados órdenes; añadiéndole, que si tenia tal atrevimiento, volvería el Señor á permitir que el demonio tomase otra vez posesion de su cuerpo en pena de su temeridad. El mancebo, espantado de esta amenaza, se resolvió desde luego á conformarse con el prudente consejo del Santo solitario; pero con el tiempo, ó por culpable olvido, ó por la solicitud de sus padres, ó por el atractivo del interés, se aventuró á pedir á su Obispo que le ordenase. El Prelado, que ignoraba lo que habia pasado, no puso reparo en conceder-

selo, pero apenas acabó de ordenarse; cuando cayó á los pies del Obispo, haciendo las contorsiones mas espantosas, y exclamando con una voz lamentable que estaba poseido del demonio, y que lo tenia bien merecido por haber incurrido en la temeridad de recibir los sagrados órdenes, á pesar de habérselo prohibido el Señor por boca de San Benito.

No castiga Dios por lo regular de un modo tan visible á los que han sido infieles á su vocacion; pero no es por esto menos real ni menos terrible su castigo. ¿A cuántos vemos que en lugar de la dulce vida que esperaban pasar en el estado que abrazaban contra la voluntad del Señor, se ven continuamente rodeados de amarguras, y lloran y se lamentan sin cesar de haberlo tomado? Pero aun cuando gozasen la vana felicidad de que se lisonjearon, siempre serian muy dignos de compasion; porque es muy difícil que se salven, siguiendo un camino opuesto al que Dios les habia señalado. El infierno está lleno de réprobos, que solo han parado en él porque han faltado á su vocacion, y que si hubieran sido dóciles, infaliblemente hubieran conseguido el Cielo. Aprende con su ejemplo á no omitir diligencia alguna para conocer el camino por donde Dios te llama á

si; y luego que valiéndote de los medios que te he explicado, lo hubieres conocido, no dejes por motivo alguno de seguirlo. De este paso depende principalmente tu felicidad en esta vida y en la otra. Si abrazas el estado á que Dios te llama, estás, por decirlo así, seguro de tener una vida feliz y de salvarte; en lugar de que si te apartas del camino que el cielo te ha destinado, te espones á ser desgraciado en el tiempo y en la eternidad.

CONCLUSION.

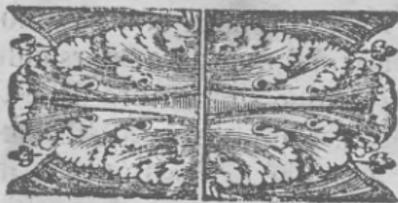


Hasta ahora, amado Teótimo, me he esforzado en delinearte el camino que debes seguir para vivir estimado de los hombres y amado de Dios; pero serian vanas mis fatigas para aficionarte á la virtud, si no tuvieses por tu parte el mayor cuidado en evitar los dos escollos en que regularmente zozobran las buenas máximas que se procuran inspirar á los jóvenes. Estos dos escollos son las conversaciones y los ejemplos de los malvados. Hallarás quizá algunos de ellos que tiren á inspirarte modos de pensar enteramente opuestos á los que he procurado imprimir en tu ánimo. Unos te dirán que la

juventud es el tiempo de los placeres, y que es tontería emplearla en estudios y trabajos. Otros te querrán persuadir que debes evitar la singularidad, y vivir como todos aquellos con quienes tratas; y no faltará quien llegue hasta ridiculizar tu modestia y tu piedad. Ten por seguro que encontrarás estas contradicciones por parte de muchos jóvenes viciosos, que parece que el infierno esparce sobre la tierra para tentar y seducir á los que quieren tener una vida pura y arreglada. Pero no hagas cuenta alguna de sus impías proposiciones. Murmurarán de ti esteriormente, porque tu conducta condena sus desórdenes; pero en lo íntimo de su corazón te estimarán y envidiarán tu felicidad. Mas llegará á sucederte si observan en tí una virtud sólida que no se desmienta, vendrán al cabo á respetarte de tal modo que no se atreverán á proferir indecencias en tu presencia. Esto sucedió en su juventud á San Bernardino de Sena. En su vida se cuenta que le tenían en tanta veneración sus condiscípulos, que si se presentaba delante de ellos cuando tenían alguna mala conversacion, callaban inmediatamente, dando con su silencio un testimonio de respeto á su virtud. Pero aunque los jóvenes licenciosos te tratasen con el mayor desprecio, quedarias sobradamente recom-

pensado con el testimonio de tu conciencia y con la estimacion de los buenos. Mas nos honra el voto de un solo hombre virtuoso, que puede perjudicarnos la censura de todos los viciosos.

El ejemplo de los malos es el segundo escollo que debes guardarte, porque has de estar asegurado de que no todos los jóvenes viven conforme á las prudentes reglas que te he enseñado. Verás muchos que siguen sendas enteramente opuestas; pero su ejemplo no debe hacerte apartar del buen camino. Si vieses una multitud de insensatos que por capricho se arrojasen en un precipicio, lejos de imitarlos y seguirlos, ¿no lamentarias su ceguedad? Pues del mismo modo debes portarte cuando veas los desórdenes en que se precipitan los jóvenes viciosos. Piérdanse, hagan disparates, al fin son locos. Pero tú, en lugar de imitar su locura, escarmienta con su ejemplo y hazte mas prudente.



FABULA XXIV.

EL ZORRO Y EL BURRO.

A la luz de la luna cierta noche
 Un zorro viejo andaba
 A pata, porque no tenia coche,
 Buscando alguna suerte favorable.
 Para llenar su panza venerable.
 Ansioso, campo y bosque registraba,
 Cuando halló en su camino
 Un barranco, un fatal desfiladero,
 De la inocente caza esperadero,
 Puesto propio para un asesinato.
 El tuno, cuyo olfato era muy fino,
 Y que marchaba siempre con recato,
 De lejos olió el queso,
 «¡Oh que paso! exclamó: seguramente
 Aquí hay trampa. Quizá algún penitente
 Que me escucha, me aguarda aquí escondido;
 Mas el chasco es que soy algo travieso
 Y no me precio mucho de inocente;
 Y así, si acaso espera el desayuno
 A expensas del que pase, persuadido
 Puede vivir que su hambre de esta hecha
 No quedará á mi costa satisfecha.”
 Decirlo y volver grupa fue todo uno:
 Al ver esto un borrico que pacía
 En un prado cercano, le decía:

«¿Cómo es eso, señor doctor zorrino?
Usted, que siempre ha sido tan valiente,
¿Por qué tiene á ese estrecho tanto miedo?

A cada instante con gentil denuedo

Lo pasa ya la liebre, ya el conejo:

No tiene usted honra verdaderamente.”

«Admiro su valor, dijo el raposo;

Mas yo no soy de gloria codicioso,

Y como ya estoy viejo,

Huyo á mil leguas de cualquier tramoya;

Guardo como reliquia mi pellejo,

No quiero que se diga aqui fué Troya:

Eso de hacer el guapo es muy ajeno

De un zorro como yo de canas lleno.”

Habló como prudente,

Y paso atrás volvió inmediatamente.

- Con efecto, nos debemos guardar de seguir sin discrecion el ejemplo de los demas. Debemos imitarlos cuando obran bien; pero guardarnos con el mayor cuidado de seguirlos cuando van por el camino del vicio. Tal fue la conducta de los dos Santos jóvenes Gregorio y Basilio, de quienes ya te he hablado. Se hallaban rodeados de una multitud de mancebos sumergidos en los vicios y en los desórdenes; pero *teniamos*, dice San Gregorio, *la fortuna de experimentar en medio de la corrupcion general de costumbres, una cosa semejante á la que cuentan los poetas de un rio que conserva*

la dulzura de sus aguas en medio de la amargura de las del mar; y de un animal que subsiste en medio del fuego sin padecer el menor daño. No teníamos trato alguno con aquellos cuyo ejemplo podia perjudicarnos. No conocíamos en Atenas mas que dos caminos; es á saber, el que iba á la iglesia, y el que nos conducia á la escuela y á las casas de nuestros maestros de literatura. En cuanto á los que guiaban á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las concurrencias y á los festines, los ignorábamos totalmente.

Solo con este esmero y cuidado en huir y resistir el ejemplo de los malos, podrás conservar la inocencia y el amor á la virtud. Jamás imites á aquellos jóvenes que cuando se les reprende de alguna cosa mal hecha, piensan justificarse diciendo: *los demas lo hacen.* Las faltas ajenas no escusan las nuestras. Nunca es lícito obrar mal por muchos que sean los que lo hagan. Lo malo siempre es malo, y por consiguiente siempre debemos aborrecerlo. Bien veía el jóven Tobías que todo el pueblo acudia á ofrecer incienso á los idolos: con todo no creyó que este ejemplo le autorizase á hacer lo mismo; y mientras los demas corrian á las alturas destinadas al culto del becerro de oro para adorarle; este fervoroso Israelita iba solo á presentar sus

adoraciones al Señor en el templo de Jerusalén. Imita, amado hijo, este excelente modelo. Resiste vigorosamente al impetuoso torrente que procura arrebatarte; y aunque veas á todos tus compañeros sepultados en el desorden, observa siempre con inviolable fidelidad las sábias máximas que he procurado inspirarte.

Y no creas que los consejos que te he dado sean impracticables, el plan de vida que te he delineado no es tan difícil como parece, y no hay en él cosa que no hayan ejecutado muchos niños de tu misma edad y circunstancias. Ya puedes haberte hecho cargo de esto por los diferentes ejemplos que te he citado, además de los cuales están llenos los libros de otros infinitos, que podrán servirte de antídoto cuando los leas contra los ejemplos escandalosos de que seas testigo. Quiera Dios que á imitación de aquellos excelentes modelos, vivas de manera que pueda algún día decirse de tí lo que ahora se dice de ellos.



De la urbanidad y cortesía.



La urbanidad y cortesía es mas conocida por el nombre y por el uso, que por su propia y precisa definicion; y es mas fácil enseñar una buena cortesía y reprehender la mala, que el establecer «que cosa sea la buena crianza.» Pero como mi propósito, amado Teótimo, no es buscar una definicion adecuada, y si inculcarte lo mas indispensable para el trato comun de la sociedad, me contentaré con manifestarte lo que no pudieras aprender sino con la esperiencia de algunos años en una escogida reunion, haciendo entre tanto un papel muy ridiculo, lo que quiero evitarte.

Lo primero que debes hacer por la mañana en levantándote, es dar las debidas gracias al Ser Supremo por haberte dejado llegar á este dia; pues hasta las mismas aveci-llas le saludan con sus alegres cánticos. ¿Y qué hubiera sido de tí si te hubiese cojido la muerte sin dejarte el tiempo necesario para arreglar tu conciencia? Por tanto, conviene estar siempre preparado para comparecer ante el Supremo Juez, haciendo cuenta al

despertarte que este dia puede ser el último de tu existencia.

Suponiéndolo así ¿no procurarías cumplir con tus deberes para con Dios y para con tus semejantes? ¿Y quién te asegura que tendrás tiempo para arrepentirte de tus culpas sino lo haces desde el instante en que conozcas que has ofendido al Todopoderoso? Además, no basta que nuestra conciencia se halle tranquila y nuestra alma limpia de pecado: debemos adorar y reverenciar á nuestro Criador, oyendo misa todos los dias que se pueda, sean ó no de precepto, y practicando los ejercicios de piedad á que estamos obligados. Para esto conviene madrugar, y así habrá tiempo para todo. Te lavarás las manos y la cara, y vistiéndote con el mayor aseo, te dirigirás á la iglesia, haciendo cuenta que vas á la casa de Dios. Si para presentarte en un palacio ante un Soberano de la tierra pondrias todo tu conato en observar una compostura decente y humilde ¿cuánto respeto, cuánta veneracion será necesaria para presentarse ante el Rey de los Reyes? No me detendré en manifestarte lo que debes practicar durante el Santo Sacrificio de la Misa; al confesarte y comulgar; porque estas prácticas de devocion están consignadas en los libros que se han compuesto al efecto; los cuales te recomien-

do eficazmente; pero insisto en mi propósito de inculcarte las máximas y preceptos para la vida comun. No cesaré de recomendarte la limpieza del cuerpo: báñate todo él siempre que puedas, por ser muy útil para la salud. Una persona asquerosa no puede presentarse en una reunion sin recibir mil desaires; pues todos huirán de ella lo mas pronto que puedan; asi que, si no nos es posible andar vestidos con lujo, á lo menos procuraremos la limpieza interior y exterior que cuesta poco.

Tus acciones y palabras, amado Teótimo, han de ser ajustadas, decentes é inofensivas, no faltando al respeto con los de la clase superior á la tuya; á la condescendencia con tus iguales, ni á la afabilidad con los inferiores y al agrado con todos; manifestando segun las ocurrencias tanto con obras como con palabras las buenas disposiciones del corazon, donde debe residir, ó de donde ha de tener su origen la verdadera urbanidad. Lo contrario fuera ser hipócrita de la cortesanía de que hay muchos; los cuales con espresiones de rendimiento, reverencias profundas, ofertas obsequiosas, ponderadas atenciones y rostros halagüeños, demuestran una complacencia mentida, engañosa, y afectada que no puede ser virtud; y la urbanidad verdadera debe

serlo. La razon dicta que haya una honesta complacencia de unos hombres á otros, pero ni tan nimia que degenerere en bajeza, ni tan rígida y desabrida que peque de rustiquez. La urbanidad está fundada en la afabilidad, dulzura, y espresiones de benevolencia; pero todo contenido dentro de los términos naturales, y desnudo de afectacion. ¡Qué satisfaccion para un padre y para un maestro ó ayo al ver que un niño se presenta con gracia, que es sencillo en sus modales; que escucha con atencion; que habla con circunspeccion; que se acomoda á las circunstancias de las personas que trata, de los lugares donde está, y de los fines particulares de las visitas que hace! Por el contrario ¡qué disgustos no acarrearán á aquellos los jóvenes que hablan mucho é indiscretamente; los que interrumpen á cada instante, hurtando un pensamiento que otro empezaba á insinuar; los que se apropian una reflexion ó un dicho agudo para amenizar una conversacion! La condescendencia, hijo mio, hace agradables á los jóvenes; y todos desean hablar con ellos y tenerles en su compañía. No obstante hay muchos casos en que importa responder, preguntar, y hasta imponer silencio: y si comunmente se dice que nadie se arrepiente de haber callado, tambien es cierto que nadie se arre-

piente de haber hablado al caso y á tiempo.

Siempre debes tomar por modelo, sino quieres incurrir en falta, á un jóven bien educado y cortés; y este se conoce y distingue de los que no lo son, como se conoce y distingue lo blanco de lo negro. Desde luego notarás en el primero unos modales y conducta que atraerá tus simpatías. Nunca le verás pasear con personas relajadas y de malas costumbres: si le observas cuando se encuentra con un anciano creerás que es de su sangre segun las muestras de deferencia y respeto que le tributa. Sigue los pasos de este jóven, y advierte como saluda sin afectacion á las personas iguales ó inferiores; cómo se descubre delante de las que merecen mayor respeto. Todos quieren pasear con él; todos desean tenerle por amigo: los que consiguen esta honra, forman empeño en cederle la acera si marchan por las calles, ó la derecha si van por el paseo; pero él no lo consiente; siempre prefiere la izquierda; siempre le verás caminar por las piedras, á no ser que vaya solo. Si un amigo está enfermo, alli le hallarás la mayor parte del tiempo á la cabecera de su cama. Si va á hacer una visita tocará suavemente á la puerta, y conseguido el permiso de entrar, saludará con la mayor urbanidad, sombrero en mano, á los dueños de la

casa primero, y despues á las demas personas que se encuentren en ella por el órden de categoría, no tomando asiento hasta que le inviten. Al entrar en la sala procura enterarse con una rápida ojeada de las personas que hay en la reunion para observar su plan de conducta, y despues de un instante de silencio suplica á la sociedad continúe la conversacion interrumpida por su llegada. No le oirás contradecir á nadie, aunque tal vez pudiera hacerlo; pues no quiere herir el amor propio del que dijo acaso una necedad; antes bien le compadece y deseára en aquel momento que nadie la hubiese oido. Este jóven está convidado á comer en casa de un amigo de su padre, y se despide para no faltar á la hora de la cita. Alli es donde debes observarle con cuidado. Hasta que el señor ó señora de la casa no le señalan el puesto que debe ocupar, y hasta que todos estén sentados á la mesa, no verás que lo hace él. Ya tomó asiento: mírale que derecho está sin tocar apenas á la mesa ni menos estorbar con los codos á los que están á su lado. No parece que ha ido á comer, sino á servir á los convidados, y con especialidad á las damas. ¡Con qué finura las hace plato! ¡qué atenciones con las personas de respeto y especialmente con las del bello sexo! De todo se acuerda menos de

servirse á sí mismo. Al fin se aparta un poco de sopa, y dá tiempo á que se enfrie por no soplarla, porque esto seria una gran descortesía, lo mismo que el comer muy de prisa ó muy despacio. Mírale con que disimulo separa un carbon ó un pelo de la comida sin que nadie lo note; como se limpia antes y despucs de beber, sin que se haya manchado los labios. Varios son los platos que se sirven en la mesa, y algunos de su gusto predilecto; mas no creas que aparente ánsia por ellos: cualquiera al verle diria que todos le eran iguales; y á menos que el amo de la casa no le pida su parecer no desplegará sus labios para decir que está bueno ó malo. Cuando era mas pequeño no sabia trincar una ave; mas viendo los apuros de algunos jóvenes en lances de esta naturaleza, procuró aprender lo bastante para no sufrir igual bochorno. Advierte con qué destreza y desembarazo divide en trozos una ave asada sin que parezca tocarla. En fin, repara con qué galantería obsequia á todas las personas que le merecen alguna consideracion, y cómo rinde las gracias por la menor espresion que le hacen. No finje cuándo dá ni cuando recibe, aquellas sonrisas que suelen acompañar á las recíprocas cortesías: todo en él es natural. Su corazon rebosa benevolencia, y

quisiera ser aun mas complaciente: hace esfuerzos por parecer alegre, si los demas lo están; y no turbará con risas indiscretas la formalidad y el silencio en una comida de etiqueta. Cuando se levanta de la mesa lo hace tan ligero como al sentarse, porque tuvo buen cuidado de no comer ni beber en demasia; logrando con esta moderacion encontrarse ágil y libre de las indisposiciones que son consiguientes á los excesos.

Por ventura este jóven ¿no se distingue bien de aquellos que no hacen caso de la ancianidad, que desprecian á todo el que ven mal vestido, y quitan el sombrero hasta arrastrarle por el suelo, al que de ayer acá se hizo millonario sin saber cómo? ¿Podrás equivocarle con estos que llaman calaveras, con esos que toda la política la fundan en esterioridades; que saludan á las damas con mil gestos y rendimientos, y luego se rien de ellas y las critican sin compasion?

No creo, amado hijo, que tengas dificultad en distinguirlos y escoger un modelo que pueda servirte mucho mejor que mis consejos, para que llegando á imitarle consigas un dia no solo el dictado de hombre de bien, sino el de hombre fino en toda la estension de esta palabra; pues se necesita escribir un volumen y quizá mas, para esplicar minucio-

samente todas las reglas de urbanidad y cortesía. Así que, después de leer algunos libros que tratan de esta importante materia, proponte seguir la conducta de los jóvenes bien educados, huyendo la compañía de aquellos de quienes no puedes aprender otra cosa que acciones feas é indecorosas, ó cuando mas una política superficial que nada vale. Hay algunos jóvenes que se presentan en una reunión y al principio con sus exterioridades prometen algo, pero pronto se les concluye la materia; y por no hacer el papel del tonto, recurren á hablar del tiempo que hace, si lloverá, si hace calor, con otras impertinencias que causan mucho mas que el silencio. Si se trata de jugar para matar el tiempo, como se suele decir, no saben mas que los prohibidos: si alguno propone un juego de prendas, todos se escusan, porque no tienen ni talento ni gracia para desempeñarlos; y en fin, no están en su elemento como no se hallen en un baile ó en el café.

El hombre fino debe saber de todo, para no fastidiar y fastidiarse él mismo. Jamás debe hablar del tiempo que hace, porque todo el mundo vé si llueve ó si hace frio; pero tampoco si hay señoritas la echará de erudito. Si se juega, que sea por pasatiempo; mostrándose siempre desinteresado, no alegrán-

dose cuando gana ni incomodándose cuando pierde; porque en esto se conoce mas que en otra cosa el que ha recibido una esmerada educacion.

Este es el comportamiento de todo jóven que quiera tener simpatías. Cuando se halle en una sociedad en que haya damas, tendrá con ellas las mayores atenciones; las cederá siempre el puesto más cómodo y mas honroso, y si se trata de jugar las preguntará á qué y cómo, complaciéndolas en todo lo que no se oponga á su estado, edad ó salud. Si alguna señorita ligera y caprichosa exige cosas irregulares, reusará con firmeza, pero con cortesia, porque sería muy cruel que la política le obligase á ser juguete de una loca. Asi como algunos fátuos creen caer en gracia diciendo palabras poco honestas, aunque disfrazadas, el hombre fino procura que su conversacion sea siempre la mas casta, sencilla y agradable: se muestra alegre, amable y aun galante si se quiere, pero nada mas. Conoce que las relaciones que existen entre los dos sexos, establecen alguna diferencia en el modo de conducirse el uno con el otro: que los hombres deben manifestar á las mugeres el mayor respeto, y la mayor atencion y complacencia, y se guarda muy bien de mostrar poca delicadeza en sus palabras y acciones.

dando una opinion poco ventajosa de sí mismo, hasta el punto que recele admitirle en su casa un padre de familias.

Todo esto, amado Teótimo, te lo he dicho mas bien para lo sucesivo que para la edad en que te hallas; y he anticipado estos consejos, porque creo que nunca se pierde la semilla que se esparce en un buen corazon, aunque no deba brotar hasta despues de algun tiempo.

Mientras que seas niño, tus deberes están reducidos á muy poco: por de pronto te advierto que las prendas mas estimables en los de tu edad son el ser dócil, y obediente con tus mayores. En todo tiempo tienes que obedecer á alguno: hoy á tus padres y maestros; despues á otros superiores, y tal vez á quien menos pensabas: nadie puede hacer su voluntad completa, pues todos los hombres hasta los mas pudientes dependemos unos de otros. Por tanto, debes acostumbrarte á la obediencia desde ahora; pues asi te será mas fácil desempeñar aquello que estés obligado á hacer. El hombre que en su infancia fue porfiado y que nunca obedeció sin murmurar, se hace iracundo, y cuando se halla en el caso de ejecutar alguna orden, lo verifica de mala gana, hace mal su encargo y se aburre á sí mismo, disgustando á los demas. Ya que te-

nemos obligacion de hacer una cosa; ya que nos vemos precisados á obedecer ¿por qué no lo haremos como si fuera de nuestra propia voluntad? Por otra parte el niño dócil y obediente; el niño que con cara risueña ejecuta siempre lo que le ordenan, es querido y apreciado de todos, y con su amabilidad llega hasta suavizar el carácter imperioso de los que le mandan. Pero no son estas solas las ventajas de la docilidad; pues ademas de ser amado el que se esfuerza para seguir los consejos de sus maestros, aprende con facilidad, y sin sufrir castigos, lo que se le enseña; y llegará á ser hábil en cualquier carrera á que se dedique, preparándose un feliz porvenir.

Es muy feo en un niño mezclarse en las conversaciones de las personas de edad, á no ser que le obliguen ó le dirijan la palabra. Oír, ver y callar, es lo mejor que puede hacer, si se halla entre personas mayores; poniendo atencion á lo que dicen, sin manifestar disgusto ó distraccion. Si se le permite hablar, tendrá cuidado de no abusar, dejando tiempo á los demas para decir lo que piensan.

Es preciso hablar á las gentes segun su edad, su condicion y su humor, para no decir cosa que les incomode; respetar la opinion de los demas y manifestar francamente

la propia cuando sea necesario ó cuando se le pregunte. Si alguno te dice una zumba, súfrela sin incomodarte; y si puedes, contéstale con otra zumba; pues en este mundo hay que tratar con mucha clase de personas, y hace muy mal el que se exaspera por una chanza. Sin embargo, hijo mio, te aconsejo que no las uses tú; porque hay hombres de condicion vidriosa, y se necesita mucha discrecion para chancearse. No remedies á otros, ni te ocupes en dar chascos pesados, pues ademas de ser propio de truhanes, suele traer esta clase de diversiones muy malas consecuencias. Tampoco suscites conversaciones sobre cosas asquerosas, especialmente durante la comida. Mientras que los demas hablan no afectes comunicar algun secreto á otro, ni señales con el dedo las personas de que hablas. Ten presente, amado Teótimo, que es insoportable alabarse á sí mismo, y vituperable hablar mal de los demas. Si se censura á alguna persona de buena conducta, debes defenderla; pero sin ofender á quien la agravió, tal vez por imprudencia. Si alguno te alaba, no des á entender que te gustan las alabanzas; antes por el contrario debes tratar de mudar la conversacion, ó cuando mas hacer una inclinacion de cabeza, y bajar la vista sin demostrar alegría.

Por último, mira lo que hacen las personas bien educadas, y toma de ellas lo que sea conforme á tu edad y al lugar que ocupas en la sociedad, pues sería ridiculo imitar el tono y modales de una persona de mas consideracion que tú; defecto en que suelen incurrir los niños muy á menudo, porque les gusta mucho hacer el papel de hombres. Preséntate enhorabuena con aire de desembarazo y despejo en una reunion, y huye del encogimiento y timidez propio de los que se han criado en una oscura aldea; pero no hagas demasiado alarde, ni tengas mucha confianza de tí mismo.

En cuanto á acostarte, si puede ser, no lo hagas muy tarde; porque ya he dicho que es muy conveniente el madrugar, y para esto es preciso acostarse temprano. Antes de retirarte á tu cuarto te despedirás de tus padres y mayores, deseándoles una buena noche; y no te acostarás sin dar gracias á Dios por todos los beneficios que te ha dispensado durante el dia. Te desnudarás como si no estuvieses solo, colocando tu ropa con cuidado y orden, de modo que puedas hallarla junta si ocurriese el tenerte que vestir de prisa durante la noche. Antes de entregarte al sueño, invoca al Angel de tu guarda y demas santos de tu devocion; repasando en la memoria lo que

hayas hecho en todo el dia. Si no has desempeñado bien tus obligaciones, debes proponerte para el siguiente emplearle mejor.

Estas son hijo mio, las principales reglas de la buena crianza: estos los preceptos que deseo se graben en tu memoria; pero te repito que tomes por modelo á un jóven de tu edad y circunstancias que esté bien educado; pues en punto á urbanidad y cortesía es imposible escribir en un corto tratado todo cuanto hay que saber para no incurrir en falta. Si observas los consejos que te he dado y procuras suplir lo demas con un poco de cuidado, seguramente merecerás el aprecio y estimacion de todo el mundo ademas de la satisfaccion interior que experimentarás cuando nada tengas que reprenderte á tí mismo: este es el objeto que me he propuesto, y estos mis deseos; ¡plegue al cielo se vean cumplidos!

INDICE

de lo contenido en esta obra.



I ntroduccion. <i>De cuanta importancia es acostumbrarse desde los primeros años á la virtud.</i>	7
Fábula I. <i>Los dos barqueros.</i>	10
Fábula II. <i>El roble viejo y el arbolito.</i>	16
CAP. I. <i>De la piedad y culto de Dios.</i>	18
CAP. II. <i>De los varios ejercicios de piedad.</i>	24
CAP. III. <i>De la inocencia.</i>	35
CAP. IV. <i>De las malas compañías.</i>	45
Fábula III. <i>Las naranjas.</i>	49
Fábula IV. <i>El raton y el gato.</i>	53
CAP. V. <i>De los malos libros.</i>	57
Fábula V. <i>El labrador y el niño.</i>	62
CAP. VI. <i>De las obligaciones de los niños para con sus padres.</i>	65
CAP. VII. <i>De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educacion.</i>	75
Fábula VI. <i>La viña y el labrador.</i>	80
Fábula VII. <i>El enfermo y el cirujano.</i>	82
Fábula VIII. <i>El niño enfermo.</i>	86
CAP. VIII. <i>De la docilidad.</i>	90
Fábula IX. <i>La mariposa jóven y la vieja.</i>	93
Fábula X. <i>El maestro y el discípulo.</i>	97
Fábula XI. <i>El canario.</i>	100

CAP. IX. <i>De las obligaciones de los niños pa- ra con sus iguales.</i>	103
Fábula XII. <i>La abeja y la mariposa.</i>	106
Fábula XIII. <i>Los dos hombres feos.</i>	109
Fábula XIV. <i>El perrito y sus compañeros.</i>	113
CAP. X. <i>De la ciencia.</i>	116
Fábula XV. <i>Las ventajas de la ciencia.</i>	123
CAP. XI. <i>De la instruccion que deben adqui- rir los niños.</i>	126
Fábula XVI. <i>Flora y el niño.</i>	131
CAP. XII. <i>De la aplicacion al trabajo.</i>	138
Fábula XVII. <i>El diamante y el lapidario.</i>	138
Fábula XVIII. <i>El estudiante y el gusano de seda.</i>	146
CAP. XIII. <i>De la pereza y ociosidad.</i>	147
Fábula XIX. <i>El padre de familias y sus dos hijos.</i>	153
CAP. XIV. <i>De las diversiones y juegos.</i>	155
Fábula XX. <i>La mosca y la leche.</i>	159
Fábula XXI. <i>El perro saldero y el gato.</i>	162
CAP. XV. <i>De la mentira.</i>	165
Fábula XXII. <i>Los pastores.</i>	167
Fábula XXIII. <i>El príncipe y los forzados.</i>	171
CAP. XVI. <i>De la cortesía.</i>	173
CAP. XVII. <i>De la eleccion de estado.</i>	178
Conclusion.	185
Fábula XXIV. <i>El zorro y el burro.</i>	188
Tratado de urbanidad y cortesía.	192





nos

Mermaid

CAP. XIV

Fábula

Fá'

c

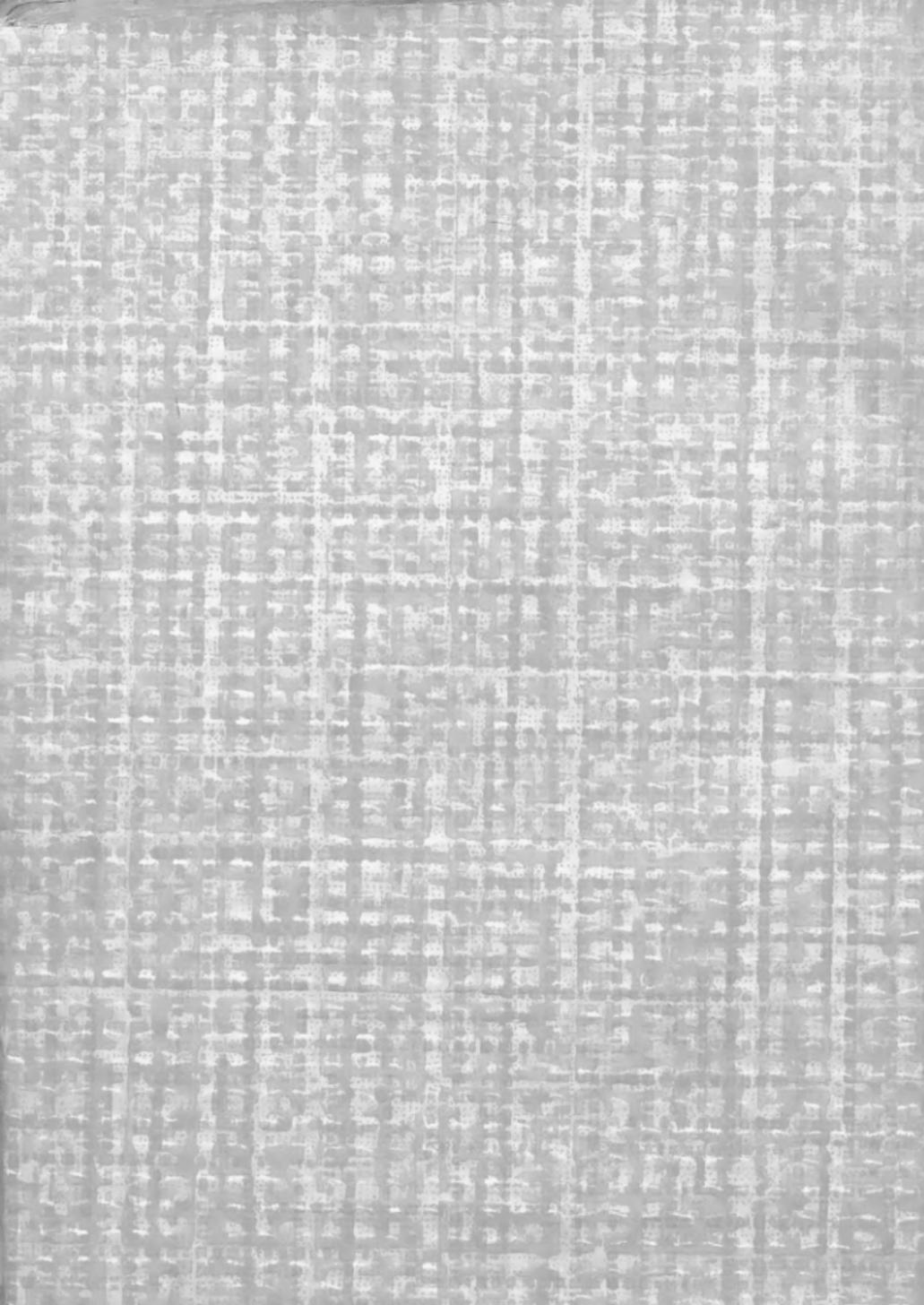
onc



CAP. XLV
Fábula
Fá
C

onc





JT 91

AMIGOS DE LOS NIÑOS